MONSTRUOS AMAESTRADOS

CARLOS MANZANO

Octavo Finalista
"II Alféizar de Novela 2017"



Carlos Manzano

Monstruos Amaestrados



Editado por Ediciones Alféizar
C/Francisco de Borja Pavón 1 - 1º - 2
14002 - Córdoba - España
Telef.: 34 600 792 762
Email: edicionesalfeizar@hotmail.com
Web editorial: www.edicionesalfeizar.com
ISBN: 13-978-84-947009-8-9
Depósito Legal: CO 818-2017

«No nos engañemos, un hombre no es gran cosa.»

En la orilla. Rafael Chirbes

Capítulo 1

Debería empezar diciendo que yo no creo en estas cosas, que nunca he creído. Creo en el azar, la suerte, la casualidad, me da igual cómo se le denomine, en la conjunción de situaciones imprevistas y en la concatenación de circunstancias extraordinarias pero naturales, y desde luego no doy valor a ninguna de esas estúpidas teorías que pontifican acerca del destino, la predestinación, la providencia o el sino. Soy un escéptico declarado e incluso me ofenden las lucubraciones que se empeñan en hallar extrañas relaciones de causalidad o determinación en lo que no son sino simples contingencias, combinaciones aleatorias gobernadas por el azar. Me asusta pensar en cómo hay gente, incluso con cierto nivel educativo, capaz de abrazar credos que aceptan como irrefutable la existencia de un mundo mágico y oculto a nuestro alrededor, inaprensible para la mayor parte de los mortales, regido por poderes supraterrenales y seres invisibles que condicionan nuestras vidas y determinan nuestra existencia. Yo al menos lo tengo claro: conciencia y materia, que decían los viejos marxistas. No hay nada más. Con lo fácil que resulta aceptar lo simple, lo sencillo, lo cómodo, lo elemental, en vez de enredarse en ridículas especulaciones que, por cierto, pueden ser rebatidas con pasmosa facilidad en cualquier momento (un científico de nivel medio tiene miles de argumentos a mano para ello). Y si no creo en nada de eso, si me jacto de despreciar semejante cúmulo de memeces y lo achaco sin más a la imbecilidad humana, aún me interesan menos los discursos inverosímiles que hablan de ese doble que todos tenemos en algún lugar del planeta, un gemelo idéntico a nosotros que pulularía por ahí como un ciudadano más, ignorante de su duplicidad, pero que comparte casi punto por punto nuestros rasgos físicos más distintivos.

Por eso me resulta tan difícil explicar ahora, con la serenidad que proporciona la distancia, lo que pasó por mi cabeza cuando lo descubrí caminando con ese aire descuidado y ausente que tan bien me define al otro lado de la calle. Mi primera reacción fue sin duda de sorpresa, de estupefacción ante un hecho que a simple vista parecía producto de una alucinación o de una torpe traición del subconsciente: alguien idéntico a mí iba caminando tan feliz por la otra acera de la calle. No sé si pensé en un doble o en un todavía más incomprensible desdoblamiento interior, eso que se da en llamar «alma gemela», aunque creo que es más justo decir que no pensé en nada, que todo sucedió con tal rapidez que lo único que se me ocurre

es que sufrí un repentino deslumbramiento. No es nada sencillo tratar de explicar lo absurdo que resulta verte a ti mismo habitando un espacio distinto al que en realidad ocupas, otras coordenadas físicas, como si fueras otra persona a la vez que tú mismo. Confusión, extrañeza, pasmo, incredulidad: todo eso es lo que vino a mí en apenas unas décimas de segundo. Como si me hubiera vuelto idiota de repente.

Pero instantes después la cordura volvió a ocupar su lugar y me dije que aunque se parecía mucho a mí, aunque compartíamos tantos rasgos fenotípicos que no era disparatado vislumbrar incluso una herencia genética común, había suficientes diferencias entre ambos como para que todo fuera empezando a encajar en el universo de la lógica. El parecido entre nuestros físicos era asombroso, fuera de lo común, eso era algo que saltaba a la vista, pero dado que él no era yo ni mi doble, ni siquiera mi duplicado (cosa completamente imposible), estaba claro que aquel tipo no tenía nada que ver conmigo.

Una vez superado, como digo, ese primer instante de conmoción, me dio por pensar que el hecho de que fuéramos tan semejantes, más allá del producto caprichoso de las casualidades, tal vez pudiera tener alguna explicación racional. Podía ser el azar, claro que sí, esa suma de extrañas coincidencias que de vez en cuando se da en la vida y que no obedece a ninguna causa conocida. Recordaba haber visto en algún programa de televisión cómo ciertos individuos, ante su asombroso parecido físico con determinados famosos, se esmeraban en acentuar esas semejanzas llegando en algún momento a suplantar con verosimilitud al personaje real. Era posible, por tanto, que aquel tipo se pareciese asombrosamente a mí por puro azar. Aquella era una explicación fácil y barata, asumible para cualquier mente sensata y, por lo tanto, también para mí.

Más enrevesada, pero igual de factible, sería la teoría que nos conectaría genéticamente bien desde un remoto vínculo ancestral, bien desde secretos y encubiertos lazos fraternales. Una teoría bastante retorcida, más propia de un folletín decimonónico que de una mente ajustada a los patrones de la lógica y el sentido común, pero en absoluto descabellada.

En cualquier caso, me dije por fin, aunque aquel tipo se parecía mucho a mí, tanto que su primera visión había logrado apartarme por unos segundos de las fronteras de la lucidez, lo que resultaba ridículo era empeñarse en encontrar explicaciones disparatadas o enredarse en estúpidas hipótesis sin la menor base racional acerca de un hecho que, en esencia, tampoco era inconcebible. Esta fue, por tanto, mi última conclusión: había visto a un hombre con un parecido extraordinario a

mí, no había otro misterio, eso era todo, más allá de lo cual sobraba toda discusión. De modo que lo dejé ahí, como una anécdota más que contar a mi mujer a mi regreso, y sin mayores complicaciones me dispuse a continuar mi camino a casa.

Todavía lo vi recorrer unos cuantos metros hasta que dobló la calle y desapareció de mi vista. No dejaba de ser un tanto curioso que nunca antes me hubiera topado con él, teniendo en cuenta que aquel era mi barrio y que llevaba viviendo allí desde hacía ya unos cuantos años, cuando me tuve que trasladar para continuar con mis estudios superiores. Esa era quizá la prueba más evidente de que quizá estuviéramos hablando de un visitante ocasional con el que probablemente no volvería a coincidir nunca más. Y fue esta convicción, junto con el deseo de no seguir enredándome en disquisiciones sin fundamento, lo que me impulsó a poner de una vez por todas punto y final al asunto.

Aunque era consciente de que no se trataba de la anécdota más sorprendente de la que pueda uno presumir ante nadie, tenía de ganas de contárselo a mi mujer. Miriam y yo llevábamos tres años casados y nuestra vida de pareja —presumo que como casi todas las vidas de pareja de esta época—, oscilaba aleatoriamente entre la rutina, el empeño, el cariño, la tolerancia mutua y la necesidad de subsistencia (esta, por cierto, no menos importante que las anteriores). En cualquier caso, podía decirse que las cosas iban bien entre nosotros. Había confianza, había respeto, había también sus momentos de pasión, por supuesto, y, de la misma manera, había bastante condescendencia con los defectos y las manías del otro. Habíamos sido novios durante cinco años, lo cual, añadidos a los tres de matrimonio, hacían ocho de conocimiento mutuo. En esas condiciones, como es fácil suponer, las novedades escasean y los temas de conversación se repiten hasta el hartazgo. Por todo ello, quise pensar que el asunto de mi supuesto doble bien podía servirnos de acicate para lo que quedaba de día.

Miriam no trabajaba. Había estado empleada como dependienta en un comercio de lencería hace algún tiempo y luego de cajera en un supermercado, pero desde hacía ya más de dos años figuraba como demandante de empleo en las oficinas del INEM. Por ese motivo casi siempre se encontraba en casa cuando yo volvía de trabajar. Y por eso me sorprendió tanto al abrir la puerta que el cerrojo estuviera echado. Miré el reloj: las dos y media. Solíamos comer siempre a esa hora; luego, a las cuatro de la tarde, yo debía regresar al trabajo, lo que me daba un margen de apenas una hora para comer (el desplazamiento a mi lugar de trabajo me llevaba aproximadamente treinta minutos). A pesar de que parecía obvio que Miriam había salido, aún la llamé por

su nombre varias veces desde el recibidor, como si estuviera llevando a cabo un antiguo ritual pagano consistente en pronunciar el nombre de la persona deseada repetidas veces para convocar su presencia.

Cuando ya no me quedó ninguna duda de su ausencia, pasé a la cocina y vi que todo continuaba en su sitio, tan limpio e inalterado como lo habíamos dejado esa misma mañana. Quiero dejar claro que no soy de ese tipo de hombres que piensa que las tareas domésticas son de exclusiva competencia de la mujer, ni de los que cuando llegan a casa exigen que su plato de sopa esté todavía humeante sobre la mesa. Nada más lejos de la realidad. Lo que sucede es que, dado que Miriam no trabajaba y yo sí, lo normal es que fuera ella quien se encargase de la comida del mediodía. «No pasa nada», me dije, «habrá tenido que salir a hacer algo urgente, igual la ha llamado su madre, a lo mejor ha tenido que acompañarla al médico, aunque lo extraño es que ni siquiera me haya llamado al trabajo para avisarme». De modo que abrí uno de los estantes de la despensa y cogí una lata de guisantes. Los eché en una cazuela con agua y sal y la puse a calentar. Después fui a la nevera y del compartimiento del embutido tomé un poco de jamón. No es que fuera buen cocinero, pero poseía los recursos suficientes para no morirme de hambre. Corté también un poco de cebolla y un diente de ajo y a continuación los eché en una sartén. Esa iba a ser mi comida de hoy: guisantes con jamón, un plato rápido que por lo menos me serviría para saciar mi apetito voraz de aquellas horas.

No estaba enfadado ni molesto con Miriam, eso es completamente cierto, no lo digo ahora para quedar bien. Sí algo extrañado, y tal vez un poco preocupado, pero tampoco demasiado. No tenía ni idea de lo que estaría haciendo fuera de casa a estas horas, pero poseo la suficiente sangre fría como para no desvariar imaginando las desgracias más inverosímiles. La mayor parte de las incidencias que suceden a diario tienen explicaciones sencillas y se mueven dentro de lo previsto. Así que, una vez cocinado el plato, me senté con tranquilidad a la mesa de la cocina y di cuenta de él en apenas unos minutos. Después dejé los restos en el fregadero y me senté a ver la televisión dispuesto a disfrutar con tranquilidad de los pocos minutos de asueto que me quedaban antes de volver al trabajo. En ese momento se abrió la puerta de la calle.

Tengo que decir que ya me había olvidado por completo del incidente del doble, pero aunque no hubiera sido así, tampoco habría tenido la menor oportunidad de sacarlo a colación, porque la noticia que Miriam tenía que darme era, como se verá, de una importancia mucho mayor.

—Me han cogido para un trabajo, Gabriel. Acabo de venir de la entrevista y me han dicho que me cogían. ¡Por fin! Me lo han confirmado en el mismo momento. ¡Ya tengo trabajo!

Si digo que Miriam rebosaba alegría me quedo corto: toda ella era exultación y entusiasmo desbordado. Y yo con ella, cómo no. Después de tanto tiempo esperando en vano, de tantos lamentos a causa de la mala suerte y de sus pobres perspectivas laborales, por fin teníamos algo que rompía esa tendencia depresiva: para ella, por supuesto, en mayor medida, por lo que tenía de reencuentro consigo misma, de asunción de ese papel social más o menos relevante que toda persona necesita ejercer, así como de autoafirmación de la propia identidad; pero también para mí, por lo que suponía de escapatoria del ambiente de decaimiento en que llevábamos presos estos últimos años y quizá también de acicate para reconducir nuestra relación por nuevos derroteros. Casi lo de menos era el tipo de trabajo que había conseguido, el lugar donde iba a pasar a partir de ahora una parte sustancial de su vida. O eso quise pensar yo, porque en realidad la alegría de Miriam era doble: la habían contratado nada más y nada menos que de asesora para una empresa de *consulting*. Se trataba, pues, del primer empleo relacionado con su carrera que desempeñaba en su vida. Nada de atender a viejas malhumoradas que no encuentran bragas de su talla o protestan por el precio abusivo de las blusas ni de aburrirse como una ostra pasando una y otra vez los mismos códigos de barras por el escáner: este empleo le iba a permitir poner en práctica los conocimientos que había adquirido durante sus años de formación como administradora de empresas, o lo que es lo mismo, demostrar al mundo su valía como ejecutiva. Verla tan feliz —y no es ridículo sentimentalismo, yo también tengo mis momentos de emotividad— hizo que me sintiera orgulloso de compartir mi vida con ella.

Ese mismo día, cuando acabé mi jornada laboral, quedamos en una cafetería próxima al trabajo y después nos fuimos a cenar a uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Aunque nuestra situación económica no era lo que se dice boyante, todo iba a cambiar en poco tiempo, y los dos teníamos ganas de celebrarlo. Nos sentíamos terriblemente felices, como si aquella noticia, más allá de lo que suponía contar con una nueva aportación mensual, viniera a representar una forma de renacimiento mutuo, una segunda oportunidad para alcanzar todavía no sé muy bien qué metas ni objetivos, pero que en cualquier caso llevábamos aplazando desde tiempos inmemoriales.

Estábamos felices, de eso no cabía duda. Y aquella misma noche, pletóricos y generosos como nunca, dominados por una irrefrenable

euforia y, al mismo tiempo, llevados por una renacida pasión que algo tenía también de ofrenda de agradecimiento, tuvimos ocasión de demostrárnoslo en nuestras propias carnes.

Capítulo 2

No por esperada la noticia no dejó de causar a partes iguales alarma y consternación: la empresa estaba preparando un expediente de regulación de empleo que iba a afectar al veinticinco por ciento de la plantilla. Todos sabíamos desde hace tiempo que las cosas no iban bien. Las ventas habían caído en picado desde el comienzo de la crisis y, aunque se había aceptado por parte del personal rebajas de salario de un diez y de un quince por ciento consecutivamente, la actividad comercial no acababa de repuntar. La excusa era la de siempre: sacrificar a unos cuantos para facilitar la salvación del resto. El expediente, como es fácil adivinar, solo iba a afectar al personal de rango inferior; la competencia de los gestores estaba fuera de toda sospecha: la empresa se iba a la mierda por motivos externos a la misma, o lo que es lo mismo, por «comportamientos inesperados de los mercados», no a consecuencia de medidas mal tomadas ni de estrategias erróneamente orientadas —y quizás, en todo caso, agravado por el escaso rendimiento de un número no cuantificado de empleados—. Para mí, de todas las maneras, aquello no representaba ninguna novedad que no hubiera visto decenas de veces antes: nadie a quien le se encargue la tarea de adoptar medidas drásticas respecto a determinado problema tomará la más mínima decisión que le perjudique. Lo primero de todo es salvar el propio culo, y en eso los directivos de la compañía no iban a ser una excepción. Era el argumento de una película vista una y mil veces, casi hasta la saciedad. Primero yo, y luego ya veremos.

El caso es que veinticinco de los noventa y siete trabajadores con que contaba la empresa se iban a ir a la calle. Y quizá porque tiendo de manera natural al pesimismo, enseguida me dio por pensar que mi nombre iba a estar en esa lista. No es que mi sueldo fuera de los más altos, pero con la caída vertiginosa de las ventas mi puesto de trabajo —yo estaba asignado a tareas de facturación, control de albaranes y en general todo lo relacionado con la emisión y acuse de recibos, recibís y pagarés varios— parecía uno de los de más sencilla amortización. Tampoco es que sintiera por aquel puesto una afinidad desorbitada, pero, en fin, quedarse en la calle en estos tiempos de crisis y desempleo galopante no es algo que te alegre la vida. De cualquier manera, como todos, me limité a expresar mi disgusto por la medida y a aguardar con resignación el momento en que los directivos decidieran hacer públicos los nombres de los damnificados.

Por la tarde, ya en casa, algo decaído y sin demasiadas ganas de hacer nada, me senté en el sofá frente al televisor con intención de tragarme el primer programa basura que encontrase. Esta clase de problemas, dicen los psicólogos en referencia a situaciones como la mía, es bueno hablarlo con los más próximos, descargar la angustia a través de la comprensión y el apoyo de la pareja. Pero desde que Miriam había comenzado a trabajar, ella solía llegar a casa más tarde que yo. Por ese motivo, y a diferencia de lo que había venido sucediendo a lo largo de estos últimos años, era yo el que aguardaba su presencia mientras hacía tiempo entreteniéndome con algún libro o cualquier otra ocupación intrascendente, o pasaba el rato navegando sin ningún propósito concreto por ese inabarcable universo de insubstancialidad y vacío que es Internet. El horario de Miriam era algo más exigente que el mío y además casi nunca salía a su hora. Pero, aparte de eso, muchas tardes, al término de la jornada, se reunía con los compañeros en algún bar próximo para discutir «fuera de la rigidez del entorno laboral y, por eso mismo, con una frescura renovada que da pie a encontrar perspectivas novedosas y arriesgadas», algunos de los asuntos de más difícil solución que hubieran quedado pendientes. «En este tipo de trabajo las relaciones que estableces con los compañeros son básicas, Gabriel», me decía ella a menudo. «Si me largo a casa nada más terminar, da la sensación de que estoy poco integrada en el grupo, de que soy una simple asalariada a la que le importa una mierda el interés común». En cualquier caso, la mejoría de su estado de ánimo estaba fuera de toda discusión: desde que comenzara en su nueva ocupación, Miriam se había convertido en una mujer dinámica y decidida y, por qué no decirlo, también más activa sexualmente (todo tiene sus ventajas). Por otra parte, un sueldo más en casa siempre resuelve algunos de esos problemas que pueden hacer encallar las relaciones más asentadas. Un televisor de cuarenta y dos pulgadas —quizá demasiado grande para los tres metros de nuestro salón—, un cómodo sofá acolchado con cabecero abatible o una coqueta alfombra de bambú que otorgaba armonía a la habitación principal eran algunas de las mejoras materiales que habíamos introducido en nuestra vida. Eso y las cenas de fin de semana, las nuevas (aunque aburridas) amistades con que me veía obligado a confraternizar a menudo y los desconocidos (y atrevidos) modelos con que Miriam parecía querer aderezar su nuevo estado social, habían llevado nuestro matrimonio a un estado dulce y aquietado que hacía nuestra existencia más llevadera que nunca. Por eso me asustaba pensar en cómo se iba a tomar Miriam la noticia de mi probable despido, y sobre todo me aterraba imaginar que toda esta templanza de la que ahora disfrutábamos pudiera venirse debajo de repente, que aquella *entente cordiale* en la que tan a gusto nos

encontrábamos acabara por irse al garete apenas unas semanas después de haber dado comienzo.

—No te preocupes, Gabriel, nadie te ha dicho todavía que tú vayas a ser uno de los afectados. No sé por qué tienes que ponerte siempre en lo peor. Tienes un setenta y cinco por ciento de posibilidades de quedarte, así que de momento no merece la pena ni pensar en eso. Vamos a vivir el presente, a disfrutar de lo que tenemos, y luego ya veremos. Pero lo que no tiene sentido es amargarnos la vida por algo que, de momento, no ha tenido lugar.

La serenidad con que se tomó la noticia casi me asustó, dada su tendencia al dramatismo desproporcionado. En cualquier caso, no podía dejar de reconocer que tenía razón. No sé por qué me había empeñado en verme antes de tiempo en la lista de despedidos. Todavía nadie había dicho nada al respecto. Era un agorero, desde luego, siempre lo he sido, no puedo evitar esa tendencia a verme en la peor de las situaciones, a asumir la parte más amarga del coste (supongo que se trata de una estrategia bastante infantil para asumir con resignación las desgracias). Y lo más curioso es que no tenía ningún motivo para ello. Mi vida había transcurrido hasta el momento dentro de la más absoluta normalidad: ningún drama realmente grave que hubiera marcado mis días, ningún suceso trágico a mis espaldas, nada que pudiera alimentar ese sentimiento de víctima permanente con el que cargaba a todas horas. Yo era un tipo moderadamente afortunado. Tanto pesimismo y tanta hipocondría no tenían la menor justificación.

Además, aun situándonos en la más desfavorable de las posibilidades, nuestra realidad tampoco era lo que se dice dramática. Al fin y al cabo, ahora Miriam tenía trabajo, de manera que si yo me iba a la calle, siempre seguiría entrando un sueldo en casa. Por otra parte, nuestra hipoteca era bastante baja, apenas trescientos euros al mes —yo ya tenía bastante capital ahorrado cuando compramos el piso—, una minucia si la comparamos con la de muchos otros amigos y compañeros, para quienes podía llegar a suponer la mitad de su salario. Y si necesitaba más evidencias, no tenía más que mirar a mi alrededor para ver un montón de colegas que se encontraban en muchísima peor situación que yo. Para Cañada, por ejemplo, el compañero con el que formaba equipo, con cuatro hijos y otro en camino, perder este empleo supondría una auténtica tragedia. A mí ya me costaba entender cómo con el sueldo que ganábamos en la empresa le daba para mantener a una familia tan extensa. Y se lo dije claramente cuando me anunció que su esposa estaba esperando el quinto: «¿Pero te lo has pensado bien? Joder, que dar de comer a tanto crío sale por un pastón, yo no sé cómo os apañáis solo con un

sueldo, la verdad. Algo oculto tenéis que tener por ahí, si no, no me lo explico». Pero para Cañada cuadrar las cuentas debía de resultar la tarea más fácil del mundo. «La mayor parte de los gastos de una familia se van en cosas superfluas e innecesarias. Tú piensa bien qué es lo verdaderamente necesario, lo imprescindible, y ya verás como de primeras te quedas con la mitad. Educa a tus hijos en la idea de que casi todas las cosas que se desean son inservibles, pura apariencia, y que siempre se puede encontrar lo mismo por mucho menos coste, por no decir que te lo puedes hacer tú mismo. Y luego elige bien dónde compras, qué tiendas te venden marcas, distinción, prestigio, y cuáles simplemente productos, y si vas afinando, te aseguro que te gastas mucho menos de lo que piensas. Yo no hago milagros, Gabriel, simplemente uso la cabeza». Parecía sencillo, desde luego, por lo menos visto así, en la teoría. Y además siempre podría ser un buen argumento para usar ante mi mujer llegado el caso, o eso quise pensar esa misma tarde en previsión de las peores circunstancias, porque hay que ver la ropa que últimamente se compraba la tía. Y es que después de su incorporación al nuevo trabajo le había dado por frecuentar los comercios de moda más caros y selectos. «Aquí no puedo venir vestida con cualquier cosa. La imagen es fundamental, a veces es incluso más importante la sensación que trasmites que las ideas o los proyectos que propones. Qué quieres que te diga, parece estúpido, pero es así. En este mundillo eres lo que aparentas, Gabriel. De esta manera funcionan las cosas». Otro razonamiento para el que yo tampoco tenía demasiados argumentos en contra, aunque no me hiciera demasiada gracia la prodigalidad con que se ponía aquellas minifaldas tan escuetas que convertían sus muslos en algo más que un atractivo reclamo visual. «No vengas ahora con esas», me dijo un día en que se me ocurrió hacer una velada referencia a aquella hasta entonces poco habitual propensión suya a la ostentación física, «no creo que esta forma de vestir tenga nada de especial hoy en día, no tienes más que echar un vistazo a tu alrededor y verás cómo visten algunas por ahí. Además, el estilo y la buena presencia son fundamentales en la vida, Gabriel, y eso lo sabes tú tan bien como yo. No tengo cincuenta años, así que no hay por qué vestirse como las viejas. Y mira, sí, también es lo que estás pensando: cada uno debe jugar las bazas que le han tocado en suerte. De eso se trata precisamente». Bueno, puede que tuviera razón. Y de cualquier manera, si yo nunca antes había interferido en su forma de vestir, tampoco iba a hacerlo ahora. Y qué coño, si mi mujer tiene unas piernas bonitas, pues que las vea todo el mundo. No hay nada malo en presumir de ello. Incluso es algo de lo que yo mismo debía sentirme orgulloso. Más de uno, seguro, hasta me miraría con envidia.

Capítulo 3

Pocos días después lo volví a ver otra vez. A mi doble, quiero decir. O al tipo que se parecía escandalosamente a mí. Estaba sentado a la terraza de un bar con una cerveza sobre la mesa. Me dio la impresión de que no hacía nada, de que se limitaba a dejar pasar el tiempo con la mirada perdida, como si anduviera enfrascado en alguna oscura reflexión, sin importarle lo que sucediera a su alrededor. En esta ocasión ya no me pareció que su semejanza conmigo fuera tan extraordinaria. Además, el hecho de que permaneciera inmóvil allanó el camino para un reconocimiento más exhaustivo. De ese modo, desactivado el efecto sorpresa inicial, puede reparar con calma en algunos rasgos que nos diferenciaban: el pelo sobre todo, o mejor dicho su peinado con raya en un lado, en un estilo ya pasado de moda, casi como de otra época; tal vez un rictus de melancolía más acentuado en sus labios; incluso cierta altivez en el mentón… En fin, cosas así, diferencias sutiles pero indiscutibles. Pero lo más curioso, y lo que nunca he sido capaz de explicarme cabalmente, fue la extraña sensación de que él y yo teníamos algo en común, de que no éramos por completo ajenos el uno al otro, de que existía algo inmaterial, etéreo, inexplicable, que nos conectaba de alguna manera. Se trataba de una sensación ridícula, soy el primero en reconocerlo, pero que tiraba de mí con más fuerza incluso que la evidencia de nuestras semejanzas físicas. Había algo en ese tipo que hacía que me sintiera relacionado con él. Yo lo veía allí solo, como apartado del mundo, convencido de que no tenía nada que ver conmigo, pero al mismo tiempo me invadía una extraña alucinación proyectiva, o por decirlo de una manera más sencilla (aunque no sé si más clara), sentía como si estuviese asistiendo a una nueva perspectiva de mí mismo, como si la imagen que reflejaba aquel individuo fuera una fiel representación de mi propia persona, de mi yo más íntimo.

Lo que más me turbaba de aquella sensación es que respondía no tanto al resultado de un examen objetivo de nuestras semejanzas como a alguna clase de presunción inconsciente que no sabía muy bien de qué manera interpretar. Además, se trataba de una sensación que nunca había experimentado antes, por ejemplo al descubrirme en una fotografía furtiva o en algún video grabado a mis espaldas, es decir, en las ocasiones en las que me había visto a mí mismo tal y como era de verdad. Lo máximo que yo conseguía descubrir en esas imágenes del pasado era otro tipo con mi mismo aspecto, con mi mismo rostro, con mi misma ropa, pero dueño de unos gestos y unos movimientos que no

me pertenecían ni tenían nada que ver conmigo. En cambio, la mirada perdida de aquel individuo sí me parecía la mía, su desaliño vital me era perfectamente reconocible, su languidez se revelaba como una copia exacta de mí mismo. Fue como si de pronto descubriera que esa era la manera en que los demás me veían a mí, que aquel era mi verdadero yo público. Y eso hizo que me sintiera desnudo, desenmascarado, profanado. Y puedo dar fe de que pocas visiones hay más desasosegantes que verse uno a sí mismo tal cual es, sin tapujos ni disfraces, sin autoengaños y sin excusas exculpatorias: tal y como te ven exactamente los demás.

Di media vuelta y me alejé a toda prisa. Necesitaba escapar cuanto antes de aquel laberinto mental, regresar a la sosegada rutina de mi vida, a mi trabajo, a mi casa, reencontrarme con la nueva Miriam cada vez más activa, con mis horas de solaz esparcimiento frente al ordenador, con mi mundo regulado y controlable de siempre. Y fue de camino a casa cuando reparé en que, dado que era la segunda ocasión en pocos días en que coincidía con ese individuo, ya no podía considerar esos encuentros como fruto de la casualidad. Puede que se tratara de un nuevo vecino que acababa de instalarse en el barrio, lo cual quería decir que probablemente volvería a encontrarme con él en un futuro próximo. Y eso al mismo tiempo significaba que o me acostumbraba de una vez por todas a su presencia y aprendía a no caer en la incómoda sensación de verme a mí mismo en exposición pública, o me condenaba a revivirla cada vez que me lo cruzara por la calle. No había más alternativas. Es cierto que aquello no tenía ninguna trascendencia real en mi vida y que con toda probabilidad yo era el único que daba relevancia a aquella supuesta semejanza, pero estar obligado a contemplar continuamente una imagen de ti mismo con la que no te identificas es algo que de ninguna manera recomendaría a nadie.

Por la noche comenté este tema con mi mujer.

—Hay un tipo en el barrio que es clavado a mí —le dije.

—¿Sí? —respondió ella sin prestarme demasiada atención—. No lo he visto nunca. Será que últimamente no salgo mucho por el barrio.

—Debe ser un nuevo vecino —insistí—, porque hasta el otro día tampoco yo lo había visto antes.

Ahí se acabó la conversación. Miriam llegaba muy cansada a casa por las noches, las jornadas de trabajo resultaban agotadoras, decía. Así que lo primero que hacía apenas entraba por la puerta era darse una ducha y ponerse ropa cómoda. A veces todavía tenía tiempo de repasar algunos de los papeles que se había traído de la oficina o, por

el contrario, se ponía a mirar sin más la televisión. Los dos veíamos mucho la tele, eso es cierto, cosa que por otra parte nunca me ha gustado reconocer ante mis amigos, a pesar de que siempre tratábamos de escoger los programas menos alienantes. Luego, cualquiera de los dos preparaba algo rápido para cenar y a continuación volvíamos otra vez a la liturgia televisiva. Por descontado, poníamos buen cuidado en no trastocar demasiado aquella monótona placidez con comentarios inadecuados o fuera de lugar. Pero esa tarde, según pude comprobar, Miriam había decidido por su cuenta y riesgo introducir un elemento nuevo en nuestra rutina diaria.

—Me he apuntado a un gimnasio. Creo que me vendrá bien para compensar el estrés, liberar la mente y esas cosas. Además, físicamente me ayudará bastante, estoy en esa edad en la que si te descuidas un poco empiezas a echar grasas sin que te des cuenta.

—Me parece muy bien —dije yo tratando de aparentar todo el entusiasmo que fui capaz—, hacer deporte nunca es malo. Lo único es que acabarás más cansada aún, pero bueno, si a ti te apetece, por mi parte perfecto.

Entonces ella me miró con cierta sorna (o eso me pareció advertir) y añadió.

—Y a ti tampoco te vendría nada mal apuntarte conmigo, Gabriel. Se te ha puesto una barriga bastante poco estética.

Como es lógico, lo primero que hice fue echar un vistazo a mi barriga. ¿De verdad me estaba poniendo fondón? Nunca me había preocupado demasiado mi aspecto físico, y desde luego no tenía conciencia de haber engordado más de la cuenta. Aunque quizá Miriam tuviera razón y la vida sedentaria estuviera empezando a pasarme factura. Pero de ahí a apuntarme a un gimnasio mediaba un abismo. No, eso no era para mí. No me gusta sudar ni hacer esfuerzos innecesarios, no me gusta el olor a humanidad ni los espacios cerrados, y menos aún las conductas adocenadas sometidas a la norma social. Con mantener una alimentación equilibrada y no abusar de grasas y azúcares es más que suficiente. Miriam me conocía bastante mal si pensaba que iba a lograr convencerme para que me apuntara con ella a hacer ejercicio.

—Eso no va conmigo, Miriam, ya lo sabes. Detesto todo ese mundo de frivolidad y mera fachada, me sentiría más extraño que una cebra en una representación del Bolshói. No sería más que un intruso con todas las de la ley. No pinto nada ahí, en serio. Tú ya me conoces.

Creo que lo que de verdad le molestó fueron aquellos dos sustantivos

que yo había usado con tanta alegría, sin medir bien las consecuencias, como si fuera el tío más campechano del planeta. Entonces aún no era consciente de ello, pero Miriam había cambiado mucho durante las últimas semanas, y su sentido del humor era lo que más se había resentido.

—Si te parece que cuidar de tu salud es una frivolidad, me temo que vas camino de convertirte en un gordo seboso en cuatro días —dijo con una rotundidad a la que yo no estaba acostumbrado. Pero acto seguido debió de pensar que su respuesta había sido demasiado brusca y se esforzó por atemperar un poco sus palabras. Yo se lo agradecí—. Estás lleno de prejuicios sobre casi todo, Gabriel, y así no se puede ir por la vida. Te encierras demasiado en tus cosas, o mejor dicho, en tu forma de ver las cosas, y eso te cierra muchísimas puertas. Y no lo estoy diciendo solo por lo del gimnasio, eso es lo de menos, lo digo por muchas otras cosas más importantes. Por ejemplo, tu negativa a tener coche. Es que no lo entiendo, Gabriel, ¿pero te crees que tú solito vas a salvar el planeta? Todos tienen coche, es normal tener coche hoy en día, no hay nada más estúpido que negarte a tener coche porque estás contribuyendo a llenar el mundo de humos. Es que eso no tiene sentido, qué quieres que te diga. Lo cuento por ahí y la gente no se lo cree. Eso está fuera de toda lógica. Por no hablar de eso que tú llamas estúpidas convenciones y que con tanta firmeza te niegas a seguir, ignorando que en realidad no son más que convenios informales surgidos de la interacción cotidiana que nos sirven para hacernos a todos la vida más fácil y poder actuar de manera adecuada en la mayor parte de las situaciones sin tener que improvisar a cada momento ni sentirnos perdidos en medio del caos. Pero tú solo ves en eso «aborregamiento» y sumisión, Gabriel, y eso es por culpa de tus prejuicios, de tus putos prejuicios y sobre todo de tu increíble inmadurez.

Tuve la sensación de que era un discurso que tenía preparado desde hace mucho y que, aprovechando el momento, había decidido soltarlo de golpe, sin el menor cuidado, como una ventosidad que llevara horas gestándose en sus intestinos. No es que se tratase de algo nuevo, por supuesto, aquello ya lo habíamos hablado ella y yo más de una vez; mi desapego a las convenciones es algo de lo que incluso me gusta presumir ante los amigos. Lo verdaderamente novedoso, lo original de aquella perorata estribaba en la fuerza y el convencimiento con que me la había arrojado a la cara. Era como si en su interior anidara algo parecido a una intensa rabia contra mí que ya no había podido contener por más tiempo. No me estaba dando su opinión, como en otras ocasiones, ni siquiera intentaba convencerme de nada: lo que hacía era echarme en cara mi forma de ser. La última palabra

lo resumía todo: inmadurez. Miriam me consideraba un inmaduro. Y eso me dolió porque yo me tenía a mí mismo por todo lo contrario. Me podía haber calificado de asocial, de autista, incluso de iluso, todo eso lo hubiera comprendido y hasta lo habría encontrado razonable. Pero ¿inmaduro? ¿Realmente yo transmitía la imagen de alguien inmaduro, un ignorante incapaz de ver más allá de la apariencia de las cosas y de penetrar con un mínimo de agudeza la auténtica dimensión de los problemas? ¿De verdad yo era un tonto a los ojos de Miriam?

—¿De verdad te parezco un inmaduro?

Una buena estrategia, sin duda alguna: hacerme la víctima. No es que sus palabras me hubieran dolido hasta ese extremo, pero siempre resulta eficaz hacerle ver al contrario lo desproporcionado de sus medios; como poco, provoca un primer repliegue de sus fuerzas. Además era ya tarde para ponerme a discutir acerca de nada. Y si a algo estaba acostumbrado desde siempre era a retirarme sin presentar batalla.

—En estas cosas sí, me lo pareces. Ya sé que te va la vida sencilla, que careces de ambiciones para casi todo, que evitas las complicaciones innecesarias, y no niego que en parte eso es algo que me gusta de ti. Pero si lo llevas demasiado lejos, al final acabas convirtiéndote en una especie de anacoreta que vive de espaldas a la realidad. A veces no moverte es tan malo como tratar de abarcar demasiado. Y sé perfectamente que entiendes lo que te quiero decir.

Aquella había sido nuestra primera discusión más o menos seria desde su incorporación al nuevo trabajo. Y la cosa quedó ahí porque me retiré a tiempo, no tenía ningún deseo de discutir con ella ni con nadie. Por suerte, en los días siguientes, Miriam no volvió a hacer mención al tema del gimnasio, así que yo tampoco me vi en la necesidad de recordarle mi aversión a aquellos antros de presunción y vanidad. En cualquier caso, y tratando de ser lo más objetivo posible, debo admitir que quizá ella tuviera algo de razón al acusarme de inmadurez: por poner un ejemplo, y a pesar de todo lo que ya había sucedido entre nosotros, yo aún no había sabido ver de qué manera estaban empezando a divergir nuestros caminos, el grado en que nuestras vidas se alejaban inexorablemente, cómo nos íbamos separando en lo más esencial.

Capítulo 4

Por tercera vez en apenas unas semanas, aquel tipo volvía a aparecerse en mi vida. Lo vi nada más entrar. Estaba sentado en las primeras filas, de espaldas a mí, pero lo reconocí al instante: aquella era mi nuca, mi perfil tantas veces insinuado, mi semblante lánguido y apagado. De nuevo yo mismo ante mis ojos. Pero lo más turbador fue que coincidiéramos en la misma película: *Shame*, de Steve McQueen, en la que se cuenta la historia de un hombre obsesionado con el sexo que adolece de graves problemas para mantener relaciones afectivas estables. La película me gustó mucho, es una obra recomendable en todos los sentidos, pero creo que la hubiera disfrutado aún más si aquel tipo que era yo mismo no hubiese estado sentado cuatro filas delante de mí. Cuando en alguna secuencia la luz inundaba con fuerza la pantalla y a resultas de ello su perfil surgía ante mi vista plenamente reconocible, me resultaba imposible dejar de mirarlo; era como si quisiera buscar más indicios, más pruebas de esa conexión inconsciente que nos unía a los dos, o como si las reacciones de aquel tipo ante lo que estaba contemplando equivalieran a las emociones que yo mismo exteriorizaba mientras veía la película. ¿Qué pasaría por su cabeza, por ejemplo, durante la prolongada secuencia en la que el protagonista, al que daba vida el actor Michael Fassbender, inicia una larga carrera nocturna por las calles de la ciudad mientras la cámara lo sigue en un *travelling* larguísimo, casi eterno, tan obsesivo como él, o en aquella otra en la que su hermana, encarnada por la tierna y sensual Carey Mulligan, interpreta con un timbre extremadamente cálido la conocida canción «New York, New York»? ¿Sus sensaciones y las mías serían equiparables, por no decir idénticas? ¿Se sentiría él también fascinado por la imagen de fragilidad tan acusada que es capaz de transmitir la actriz británica? Pueden parecer tonterías, pero no paraba de hacerme preguntas como esas cada vez que su silueta aparecía recortada frente a la pantalla.

A la finalización, fue de los pocos que aguardaron a que los títulos de crédito desaparecieran de la pantalla para levantarse de su asiento. Yo también espero siempre a ese momento para incorporarme, aunque solo en aquellas películas que me han causado una impresión positiva: me gusta desconectar poco a poco, ir tejiendo lentamente una sutil distancia con la historia que me acaban de contar, como si me estuviera alejando de un paisaje maravilloso recién descubierto y a cada pocos pasos girase el cuello para volver a contemplarlo en la distancia, ya cada vez más lejos, ya cada vez más arrinconado en la

memoria. De modo que cuando observé que él hacía lo mismo, el corazón me empezó a latir a velocidad de vértigo: otra coincidencia más entre nosotros, por muy superflua y banal que pareciese a simple vista. Me quedé tan sorprendido que en un primer momento ni siquiera me moví, preferí seguirlo con la mirada, verlo atravesar el pasillo que separa unas filas de otras y cruzar bajo la gruesa cortina que decora la amplia puerta de salida. Pero en ese instante sucedió algo que cambió de arriba abajo la correlación de fuerzas imperante: justo cuando pasaba al lado de donde yo me encontraba, aquel tipo giró levemente la cabeza y me miró, o miró hacia donde yo estaba, pero juraría que me miró a mí, que me vio de la misma manera que yo lo estaba viendo a él, que nos miramos el uno al otro no sé si con curiosidad o con desconfianza, pero si con absoluta consciencia del lugar que ocupábamos cada uno en la vida del otro.

Él sabía de mí al igual que yo sabía de él. Y lo más seguro es que sus pensamientos la primera vez que me vio no difirieran en exceso de los míos: «Un tipo clavado a mí, idéntico a mí», eso es lo que habría pasado por su cabeza con toda probabilidad, no sé si el mismo día que lo descubrí caminando por la calle o incluso antes, quién sabe. Pero seguro que yo también era para él otra incógnita a descifrar; yo era el tipo raro que se le parece como un hermano gemelo, ese extraño ser que comparte con sorprendente similitud sus más destacados rasgos físicos. Yo también era él en ese aspecto.

Salí a la calle, ya de noche, y miré alrededor: la ciudad iluminada, el cielo oscuro, las farolas con su luz estridente y amarillenta, la gente yendo y viniendo de un lado a otro, sus risas desacompasadas, sus ropas de tonos mates, su insignificancia latente. Por unos segundos tuve la sensación de haber subido a un grandísimo escenario donde todo era atrezzo y decorado, falso teatro, una vulgar escenificación preparada para sorprender a los espectadores más crédulos y hacer que ignoren que todo lo que va a suceder a continuación no es más que un torpe simulacro de realidad, simple ficción, pura recreación. Somos máscaras de nosotros mismos, me dije algo sobrepasado por mi propia situación, mera fachada, simple representación para otros. Qué más da cómo seamos en nuestra intimidad, qué más da que nos suceda una cosa u otra, la importancia que tenga para los demás o en qué medida eso les afecte. Uno está en el espacio que le corresponde por nacimiento, ocupa un punto insignificante en el universo por puro azar (de hecho somos producto de un simple accidente cósmico) y apenas representa una micromilésima porción del tiempo total, eso es todo, y solo casualmente abandona ese espacio para incorporarse por unos minutos a la existencia de otros, para ser parte ocasional de las vidas ajenas, y casi siempre de una manera secundaria, sin

transcendencia real. Somos, por tanto, máscaras andantes, espejos vivientes en los que el prójimo, de una manera u otra, trata de buscar su propio reflejo, averiguar quién y cómo es. Los demás nos interesan en la medida en que nos ofrecen el reflejo de lo que somos. Lo que hay dentro de cada uno de ellos, su verdadero contenido, apenas nos preocupa. Solo nos interesa el personaje que representan, no el actor que lo encarna.

Entonces me frené en seco: ahí estaba él otra vez. Se había detenido junto a una de las columnas del paseo como si estuviese esperando a alguien. De modo que allí estábamos ambos, inmóviles, dentro de esa especie de marea interminable que era el paseo a aquellas horas, donde todo el mundo va y viene, donde todos parecen impelidos por la imperiosa necesidad de hacer, de actuar, de moverse, aunque casi nadie sepa realmente hacia dónde. Entre tanto maremágnum, él y yo éramos las únicas figuras que permanecían inmóviles como maniquíes. No hizo falta que ninguno de los dos dijera nada o hiciera el menor gesto: era nuestra inactividad lo que nos otorgaba relevancia frente al resto, lo que nos confería entidad plena. Y fue entonces cuando supe con total seguridad que él me buscaba a mí de la misma manera que yo llevaba semanas buscándolo a él.

—Pensé que no te ibas a decidir nunca —me dijo levantando apenas los ojos del suelo para llevarlos hasta los míos.

Me había aproximado despacio, reclamando con timidez su mirada, buscando en sus ojos la confirmación a todas mis presunciones. Pero solo cuando estuve a un palmo de sus narices se dignó mirarme. Y en efecto, tal como había imaginado, tuve la sensación de que era como si ya lo supiera todo, como si sobrara cualquier explicación.

—¿Nos hemos visto antes en algún lugar? ¿Tenemos alguna conexión tú y yo? —empecé, un poco para probar suerte.

No eran aquellas las preguntas que hubiera debido plantearle, pero me encontraba tan aturdido que no me resultaba nada fácil pensar con claridad.

—Todo el mundo tiene algo en común, claro que sí. Nuestras vidas están mucho más imbricadas de lo que nos imaginamos. Algo que tú puedas hacer dentro de cinco minutos, o que no hagas, me da igual, quizá tenga consecuencias no solo para la gente que te rodea, sino para otros individuos anónimos que sin darse cuenta se van a ver también afectados de manera colateral. No hay un solo gesto o movimiento que sea de verdad insignificante. Acuérdate de la gilipollez esa del aleteo de la mariposa o de los seis grados de separación. Otra cosa es que seamos conscientes de ello.

Tampoco era esa la respuesta que yo requería. Puede que aquel tipo solo quisiera jugar conmigo, tantearme un poco para ver hacia qué lado caía. En esta ocasión, pues, traté de ser más concreto:

—Tú y yo nos parecemos mucho más de lo que suele ser normal entre las personas, casi podríamos pasar por hermanos gemelos. ¿No te has preguntado nunca si hay algún motivo que pueda explicar esta semejanza tan extraordinaria?

Él encogió los hombros y apretó los labios en señal de desconocimiento, pero también de despreocupación. Yo seguía sin encontrar la pregunta adecuada, pero al menos iba por el camino correcto.

—Quién sabe. Pudiera ser que compartamos algún viejo ancestro común, tal vez de varias generaciones atrás, y ahora el material genético haya hecho de las suyas. O sencillamente nos parecemos por puro azar, nada más que por eso. No le veo yo más misterio, ni tampoco creo que sea un asunto para obsesionarse. Hay miles de millones de individuos en este planeta, y los rasgos físicos tampoco pueden presentar infinitas variaciones, así que no debería extrañarnos que de vez en cuando dos tipos que no tienen nada que ver entre sí compartan algunos de ellos. Lo que desde luego descartaría con total seguridad es la posibilidad de que ambos procedamos de un mismo óvulo. Yo al menos no soy adoptado, eso seguro, y tampoco creo que tú lo seas. No, tú historia y la mía no dan para esa clase de juegos folletinescos.

—¿Por qué te has parado a esperarme? ¿De qué quieres hablar conmigo?

Aquella pregunta parecía algo más justificada. Cada vez tenía más claro que nada de lo que estaba pasando ese día se debía a la simple casualidad.

—Tú eras el que querías hablar conmigo. Lo único que he hecho es ponerte las cosas fáciles. Te veo un chico tímido, de esos que necesitan un empujón para avanzar.

Podría decir que en ese instante un súbito escalofrío me subió por la espina dorsal, pero no es cierto. Me quedé algo descolocado, eso sí, y quizá se avivó en mi interior la duda sobre lo que aquel tipo aparentaba ser y lo que en realidad era. Pero lo que no puedo negar de ningún modo es que me sintiera decepcionado. Ver a alguien con mi mismo aspecto, con un rostro casi idéntico al mío, podría decir que incluso con mi misma voz (aunque sé que la voz que uno escucha de sí mismo es diferente de la que oyen los demás), verlo hablarme de ese modo, como si lo supiera todo sobre mí, me removió la curiosidad

hasta niveles difíciles de cuantificar. Necesitaba saber quién era de verdad aquel individuo, qué le unía a mí (si es que le unía algo) y sobre todo por qué me conocía tan bien.

—Si, en efecto, quería hablar contigo. Quiero saber quién eres, de dónde has salido. No consigo acostumbrarme a nuestra semejanza. Necesito saber qué más compartimos. No sé decirte por qué, pero lo necesito.

—Muy bien, de acuerdo —concedió él con la aquiescencia de quien accede a una petición un tanto extravagante—. Por mi parte no hay problema alguno. Tú dirás: ¿seguimos conversando aquí o nos vamos a algún lugar más tranquilo?

Le propuse una cafetería que había cerca de allí y él aceptó de inmediato. Yo me sentía algo intranquilo, con la misma sensación de incomodidad de quien va a entrevistarse con su jefe y todavía no sabe muy bien qué le van a proponer. Tal vez hubiera cierto riesgo en entregarme sin garantías a aquel extraño juego de personalidades y coincidencias, pero mantener la incertidumbre durante más tiempo me pareció peor solución aún. Todavía no había desistido de encontrarle al asunto una explicación lógica.

Los dos nos pedimos una cerveza. Era la bebida que yo tomaba habitualmente, y también la que le había visto tomar a él la segunda vez que me lo encontré sentado a la terraza de un bar con la mirada perdida en el más allá. ¿Otra inocente coincidencia más?

—Supongo que lo que más te asusta es nuestro parecido. ¿Es así?

—No me asusta —le respondí tratando de dar a mis palabras la mayor determinación que pude, quizá porque necesitaba marcar un territorio propio cuanto antes—. Me parece extraño, eso es todo. No es normal que dos personas que no tienen nada que ver se parezcan tanto.

El tipo se sonrió para sí y cerró levemente los ojos. Me alegró no reconocer ese gesto como mío.

—Llamarlo extraño quizá sea exagerado. Puede que no sea muy habitual, pero te aseguro que se dan muchos casos de parecidos sorprendentes entre personas, muchos más de los que puedas imaginar. Además, no me digas que nunca has oído hablar de los dobles de los altos mandatarios. Quizá no todos los casos sean ciertos, pero se cuenta que Hitler, Churchill, Stalin y Fidel Castro tuvieron sus dobles. El caso de Stalin, por cierto, está bastante bien documentado. Se cuenta incluso que llegó a tener hasta cuatro, aunque solo de uno de ellos, el bailarín Felix Dadaev, se tiene constancia cierta. Pero no

voy a aburrirte con historias que seguro que no te interesan. Tu parecido y el mío es una simple cuestión de azar. A mí al menos me vale con eso.

Me molestó la seguridad con que hacia tales afirmaciones, no sé en qué se basaba para ello, salvo que poseyera muchos más elementos de juicio que yo. Así que me vi en la necesidad de insistir.

—Pero también podría ser que, no sé, por poner un ejemplo, como has dicho tú antes, tu tatarabuelo y el mío fueran la misma persona, digo tatarabuelo por decir alguien. O, no sé, y no me quiero poner melodramático, pero, quién sabe, hay muchos hijos tenidos fuera del matrimonio. No digo que sea nuestro caso, pero, en fin, como posibilidad tampoco se puede descartar del todo, ¿no crees?

Otra vez esa sonrisita de autosuficiencia que tanto me desagradaba. Creo que, al menos en ese aspecto, él y yo diferíamos lo suficiente como para no hacerme sentir incómodo.

—No, no lo creo. No creo que seas mi hermanito secreto, y menos aún un gemelo al que separaron a las pocas horas de venir al mundo, eso no tiene ningún sentido. Mis padres vivían en la otra parte del país y nunca salieron de allí ni siquiera de vacaciones. Hay más de mil kilómetros entre tu lugar de nacimiento y el mío. Además, lo último que me imagino es a mi padre tirándose jovencitas licenciosas en algún descuido de su mujer. Claro, que para eso tu madre tendría que haber sido una de esas jovencitas licenciosas —y a continuación lanzó dos carcajadas algo estentóreas, que no supe si reconocer también como mías—. No temas, mi padre era un tío muy cerrado, muy básico, tremendamente insignificante. No poseía ni el intelecto ni la osadía necesarios para eso. Su vida era el trabajo y el fútbol, suponerle esa clase de infidelidades es regalarle una catadura moral que no le corresponde.

—Ya —insistí—, pero podía haber sido al revés, es decir, que tú no seas hijo real de tu padre —aunque él había sido el primero en apuntar aquella posibilidad, yo no tenía intención de provocarlo ni de hacer que se sintiera molesto, así que me vi en la obligación de matizar un poco mis palabras—. Esto lo planteo solo como mera suposición, por supuesto, como una eventualidad remota, nada más.

—No temas, no me ofendo por esas tonterías. ¿Y cuándo se supone que tu padre tenía que haberse tirado a mi madre para engendrarme a mí? Te diré el año: 1976. Puedes preguntarle si quieres dónde estaba en él esa fecha, digamos que para el mes de mayo. Pero yo te puedo asegurar que tu padre y mi madre no se conocieron en toda su vida. No insistas, tú y yo no somos familia, al menos no familia directa, que

es lo que estás buscando.

Yo me negaba a abandonar tan pronto aquella contingencia, por remota que pareciese. Quizá pecaba de cabezonería, pero prefería atar bien todos los cabos antes de descartarla para siempre.

—Sin embargo, tú y yo coincidimos en más cosas que en el físico. Hoy hemos ido a ver la misma película, por ejemplo. Y no te has levantado hasta que han terminado los créditos, y eso es algo que casi nadie hace. Y estoy seguro de que si te cito dos o tres escritores a los que sigo o un par de pintores que me gustan, también coincidiremos en eso. No encuentro ninguna razón para explicarlo, me faltan elementos de juicio, pero me cuesta aceptar que todo esto se deba a una inocente casualidad.

—Puede que tengas razón, quién sabe. Pero eso tampoco prueba nada. ¿Te gusta Coetzee? Eso no tiene nada de especial. Le dieron el premio Nobel hace unos años y hoy es ya mundialmente conocido. Y si me hablas de Kafka, pues tres cuartos de lo mismo: hasta los que no lo leen afirman que les entusiasma. Pero a lo mejor diferimos del que yo considero el más grande de los escritores del siglo XVIII, y al que tú probablemente no has leído nunca: el Marqués de Sade. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí que lo he leído —aduje de inmediato, como un niño que es injustamente acusado de una falta que no ha cometido—. Leí *Justine* hace algunos años. Lo que no comparto contigo es que sea el mejor escritor del siglo XVIII. Era un depravado, eso sí, y buen escritor, pero no era un genio.

Entonces me miró como si yo fuera un ignorante que suelta la primera ocurrencia que se le viene a la cabeza.

—El Marqués de Sade era un libertino y un filósofo, no un depravado, además de un convencido defensor de la libertad. Estuvo encarcelado por defender sus ideas, por expresarse libremente, por no ceder al chantaje y a las amenazas del poder, no sé si sabías eso, o lo que es lo mismo: por adelantarse unos cuantos siglos a su tiempo. Entre otras cosas decía esto: «Una cosa es buena o mala según el punto en que uno se halle, y no por sí misma», algo que a menudo olvidamos. Sade era ajeno a ese mal tan generalizado que asalta las mentes hoy en día: la hipocresía. Sade no ajustaba su comportamiento a las expectativas de los demás, ese fue su principal delito.

Guardé silencio unos segundos. No sé si aquella perorata venía a cuento o no, pero lo que sí me pareció es que él se sentía muy a gusto exponiéndomela.

—Bueno, no sé —dije por fin—, tampoco me preocupa mucho ese tema. De todos modos, y volviendo a lo nuestro, creo que le preguntaré a mi padre dónde estuvo en el año 1976, quizá anduviera de viaje por ahí. Y tampoco vendría nada mal que por tu parte sondearas a los tuyos. Por mucho que creas conocerlos, la vida de nuestros padres antes de nuestro nacimiento nunca dejará de ser un secreto. Lo único que podemos hacer es especular acerca de lo que pasó.

—Puedes hacer lo que quieras, allá tú. Pero en lo que a mí respecta, me temo que ya es demasiado tarde.

Si no recuerdo mal, siempre se había referido a sus padres en pasado, no sé si porque los consideraba por completo ajenos a su vida o sencillamente porque habían muerto.

—¿Han fallecido ya tus padres? ¿Ambos?

Quizá tardó unos segundos en responder, no sabría decirlo con seguridad, e incluso por un instante me pareció que dudaba qué contestar, pero lo que sí puedo afirmar con seguridad es que su voz sonó con una gravedad y una rotundidad incontestables, casi diría que sobrecogedoras.

—Sí, ambos. Los dos han muerto. Yo mismo me los cargué.

Capítulo 5

Estábamos archivando unos albaranes viejos, una de esas tareas que siempre dejamos para esos tiempos muertos en que ninguna otra cosa de importancia nos reclama, cuando Inés, la secretaria del director de recursos humanos, entró en nuestra dependencia laboral:

—Cañada, el «gran jefe» quiere verte.

Ayer mismo habían empezado a llamar uno por uno a los afectados por el expediente de regulación de empleo para comunicarles lo que todos temían: que la empresa había decidido prescindir de sus servicios (ahora no se despide, solo se *prescinde* de los servicios, lo cual por lo visto reviste mucha menor gravedad). La visita de Inés, aunque se esforzara por darle a su tono de voz una tibieza y una naturalidad admirables, nos dejó a Cañada y a mí literalmente congelados. Nos miramos sin decir nada; ambos sabíamos que la sentencia condenatoria acababa de ser dictada, algo que en cualquier caso debíamos tener asumido desde hace tiempo. Se había lanzado la moneda al aire y le había tocado a él. Eso era todo.

Es extraña la sensación que te invade cuando te ves en una situación semejante, de todo o nada, y eres tú el que gana y otros los que pierden. En un primer momento, sobre todo si te sientes unido de algún modo a los que te rodean, continuar un día más con vida, simplemente sobrevivir por azar mientras los otros van cayendo inexorablemente, puede llegar a crear en los supervivientes una inexplicable sensación de culpabilidad, casi de traición, como si les pudiera la responsabilidad de dejar a los caídos en desgracia a su suerte, o de separarse de un destino que, no se sabe muy por qué, debería ser común a todos. Supongo que algo parecido me ocurrió a mí cuando Cañada me miró con esos ojos de corderito degollado y yo no supe hacer otra cosa que devolverle otra mirada más resignada aún, mansa y estoica, casi tan muerta como la suya. Cuando salió del despacho y me quedé solo, tampoco fue de alegría el sentimiento que me sobrevino, sino más bien de lástima, de una absoluta y embriagante pesadumbre. Cuando el despido se hiciera efectivo, aquel hombre iba a quedarse sin el único sustento de que disponía para mantener a su familia. La tragedia más terrible iba a caer sin paliativos sobre su vida. Cuatro hijos y otro en camino. Y lo mandaban a la puta calle.

Miriam, en cambio, encajó la noticia con una actitud muy distinta a

la mía. Para ella lo que había pasado solo podía ser motivo de celebración: yo iba a conservar el empleo y eso era lo importante. Nuestros dos sueldos iban a seguir permitiéndonos sostener el nivel de consumo de los últimos meses. Las cosas seguían yéndonos viento en popa. Nuestro poder adquisitivo se mantenía íntegro.

—Yo creo que ya ha llegado el momento de comprar un coche, Gabriel. Y me da igual todas las bobadas que se te ocurran sobre la contaminación, el ruido y el borreguismo. Es más, si no lo quieres conducir tú, esta misma tarde me apunto a una academia y me saco el carné. Pero lo que no podemos es seguir así, de verdad, como si fuéramos dos excéntricos que viven al margen del mundo. Hoy en día el coche no es un lujo, todo el mundo tiene uno como poco. Y creo que estoy siendo bastante razonable con eso.

¿Qué podía decir yo? Primero, porque tenía la cabeza en otro sitio; y segundo, porque ya no estaba seguro de nada, ni siquiera de lo que significaba dar aquel paso, inocente para casi todos pero crucial para mí. No es que mi negativa a comprar coche fuese algo innegociable; si soy sincero, debo decir que se debía más a mi renuencia a conducir, a mi miedo inconfesable a asumir la carga de llevar un vehículo y aceptar los riesgos y servidumbres que ello implica, que una cuestión de principios inquebrantables. Pero también era cierto que desde hacía años yo juzgaba aquella obsesión generalizada por poseer un medio de transporte propio como el más vivo ejemplo de sometimiento *acrítico* a las exigencias impuestas por comerciantes, negociantes y demás vividores del deseo ajeno, la aceptación inconsciente —pero aceptación al fin y al cabo— de que han de ser ellos, y no nosotros, quienes fijen los márgenes que delimiten y condicionen nuestras pretensiones. Comprar un coche es caro, y mantenerlo aún más. Y se puede vivir de maravilla sin él, o al menos sin poseerlo en propiedad: mi experiencia era un ejemplo excelente de ello. Sin coche podía moverme sin problemas a cualquier parte del país y, de acuerdo con los cálculos que yo mismo había realizado, a un coste mucho menor. Sin coche acudía puntualmente a mi trabajo sin que en todos estos años hubiera acumulado ni un solo minuto de retraso. Sin coche llegaba a los lugares adonde me dirigía en un plazo aceptable, y una vez allí me despreocupaba de buscar parking o de dar cientos de vueltas tratando de encontrar un espacio donde estacionarlo. La vida sin coche estaba exenta de preocupaciones tales como llevar un control riguroso de revisiones mecánicas, asumir el pago anual de un seguro obligatorio cada vez más gravoso, así como de impuestos y demás cargas administrativas, y sobre todo no participar en el beneficio escandaloso de las grandes compañías petrolíferas, es decir, de las organizaciones responsables de parte de

los grandes males del planeta (contaminación, calentamiento global, guerras por los recursos en los países pobres, sobornos sistemáticos a políticos y periodistas, etcétera). En fin, que aquella conjunción de factores también había tenido mucho que ver en mi negativa a comprar coche. Pero, por lo visto, para Miriam lo importante era consolidar nuestra reciente adscripción social: tener coche para dejar de ir andando a los sitios (aunque luego, para compensar el tiempo de sedentarismo al volante, te sientas en la obligación de apuntarte a un gimnasio) y perder no sé cuántas horas de nuestra vida entre atascos, embotellamientos y congestiones varias. Yo no había cambiado de opinión respecto a eso, pero planteada en aquel momento y de aquella forma, fue una exigencia a la no me supe oponer.

A ello contribuyó en buena medida mi estado de ánimo, que estaba lejos de ser envidiable. Me dominaba una especie de tímida amargura por lo que había sucedido esa mañana. Yo había conservado el empleo, y eso es algo de lo que tenía derecho a congratularme. Pero no podía dejar de pensar que la decisión de los jefes había sido injusta. No conocía el motivo por el que habían decidido prescindir de Cañada y no de mí, porque el trabajo que ambos realizábamos era perfectamente intercambiable; no había una función que, llegado el caso, no pudiese desempeñar el otro. Cañada era tan puntal y trabajador como yo, si no más. Él era algo mayor, eso es cierto, pero nunca había ofrecido la menor resistencia a aceptar los cambios laborales y técnicos que se nos habían exigido. No existía, al menos en apariencia, ningún criterio objetivo que les llevase a preferirme a mí sobre él. Y sin embargo, sí había otros aspectos personales y extralaborales que deberían haberse tenido en cuenta: él tenía cuatro hijos y yo ninguno. ¿Es que no se les había ocurrido pensar que si lo echaban a la calle condenaban a aquellos niños a la indigencia? ¿Tan poco les importaba que hubiera otros aspectos que dependían de su decisión más allá de los putos intereses de la empresa? ¿En qué piensa realmente esa gente cuando toma una medida, qué es lo único que tiene en la cabeza? ¿Alguna vez se han planteado que hay vida más allá de los intereses corporativos?

Cuando Cañada volvió de hablar con el jefe, la única frase que salió de su boca fue esta: «Estoy en la lista». Lo que yo dije a continuación tampoco fue para enmarcarlo: «Lo siento». De hecho, sonó tan formal que me sentí obligado a añadir algo más. Así que completé mi brillante exordio con esta otra frase: «Qué hijos de puta».

Cañada no dijo más. Volvió a los albaranes y prosiguió con su tarea como si no hubiera pasado nada. Me hubiera gustado preguntarle cómo se sentía, qué pensaba hacer de ahora en adelante, ofrecerle mi apoyo y mi ayuda para todo lo que necesitara. Pero como he dicho

antes, me sentía maniatado por un sentimiento de traición, o cuando menos de deslealtad, del que no era capaz de liberarme. Él se iba para que yo continuase; de alguna manera, el moría para que yo viviese.

Fue una mañana dura. Hablamos poco entre nosotros dos. Ninguno tenía ganas de darle más vueltas a lo que ya no tenía remedio. Algo más tarde le sugerí que fuera a hablar con los sindicatos para ver qué se podía hacer, tal vez aún quedase tiempo para evitar aquello, pero Cañada no tenía ganas de conversar y se limitó a asentir con un gesto poco resolutivo. Normalmente era un tipo alegre, positivo, de esos que casi nunca te niegan una sonrisa, pero en ese momento se había convertido en un hombre derrotado, hundido y desesperanzado que acaba de tirar la toalla. A pesar de todo, continuó trabajando como siempre, con el esmero habitual, sin dejar escapar un mal gesto o una palabra malsonante. Yo entonces pensé en el mal trago que iba a pasar cuando se lo comunicara a su mujer. Estaban esperando un quinto hijo, no podía haber peor noticia que aquella.

Al día siguiente, a pesar de lo que había sucedido tan solo veinticuatro horas antes, a Miriam no le pareció inoportuno informarme de los planes que estaba haciendo de cara al próximo verano. Había barajado varias alternativas y quería saber mi opinión. «Yo me inclinaría por un crucero», me dijo, «un viaje a cuerpo de rey por el Mediterráneo donde te lo dan todo hecho y además puedes visitar cinco o seis ciudades. Ahora han bajado mucho los precios y no nos saldría demasiado caro reservar un camarote superior. Pero como sé de tu poca atracción por las multitudes y por esa tontería tuya que llamas "borreguismo", había pensando al mismo tiempo en alguna otra opción: Un viaje a Praga y Viena tampoco estaría mal, Gabriel. ¿Cuántas veces me has dicho todo lo que admiras el clasicismo? Pues nada más clásico que Praga y Viena, ¿no? Además, si reservamos ahora nos podemos ahorrar un veinte por ciento. Yo no me lo pensaría demasiado».

No se lo dije porque no quería entrar en discusiones con nadie, y menos aún con mi propia mujer, pero aquella muestra tan impúdica de alegría no solo me pareció inadecuada, sino profundamente indecente. Me molestaba que no entendiera que aquella «victoria» que tanto deseaba celebrar, y que no era más que la noticia de que de momento yo conservaba mi empleo, se había conseguido a costa de la derrota de otra gente, de personas que iban a pasarlo muy mal a partir de entonces y cuyo futuro inmediato se adivinaba terriblemente duro.

Hasta ese momento Miriam jamás había mostrado demasiado entusiasmo por los viajes. Nuestras vacaciones habían consistido

siempre en largos y disolutos periodos de descanso donde el tiempo discurría a nuestro alrededor como la más agradable brisa vespertina: alguna que otra semana en el pueblo, en casa de mis padres, para poder respirar ese ambiente apacible y venial con el que me gusta recrear mis recuerdos de la niñez; también alguna breve estancia en una hermosa localidad de montaña, donde nuestra actividad más salvaje consistía en dar largos paseos que como mucho nos llevaban hasta algún ibón no demasiado exigente; e incluso alguna que otra semanita en la playa, preferiblemente en temporada baja y en apartamento, para escapar de la vorágine del turismo de masas y disfrutar con placidez del aroma del mar. Solo había habido una excepción a aquella displicencia viajera: nuestro viaje de bodas, el cual, ante la insistencia de familiares y amigos para que nos uniéramos a aquel rito social de dispendio y celebración, nos llevó hasta Roma en una estancia de una semana que, sin menospreciar en absoluto las innumerables bellezas que alberga la ciudad, al final se me hizo larga y estresante, por no hablar del cansancio que acumulábamos al cabo de cada jornada. Esa era nuestra vida hasta el momento, una existencia sin prisas ni urgencias innecesarias y de la que yo al menos me negaba a renegar solo porque nuestra situación económica hubiese mejorado un poco.

Pero Miriam quería dar el salto cuanto antes hacia no se sabe muy bien dónde. Aquel nuevo trabajo que tantas expectativas había despertado en nuestra relación al mismo tiempo estaba dando lugar a cambios sustanciales en su manera de ver las cosas. Lo del coche, visto lo visto, me pareció lo menos preocupante. Lo más alarmante era todos esos nuevos deseos por hacer cosas que nunca antes nos habían interesado, por comer en restaurantes a los que jamás se nos hubiera ocurrido entrar, por frecuentar ambientes donde dos meses atrás ni siquiera nos habríamos sentido bien recibidos. Miriam quería ascender socialmente, quería ser otra, quería tratar de igual a igual a sus nuevos colegas, quería bordar la palabra «triunfo» en su recién adquirida lencería de seda. Pero lo peor no era eso, lo peor es que pretendía que aquel cambio me incluyera también a mí. Y eso era algo a lo que no estaba dispuesto a someterme sin más ni más. Ya hacía bastante con aguantar algunos sábados a aquellos tipos estirados y fatuos que Miriam tenía por compañeros y con los que, más allá de ciertos comentarios banales sobre fútbol, climatología y tonterías por el estilo, apenas encontraba temas de conversación. Eso era lo máximo a lo que estaba dispuesto a llegar.

De modo que, en respuesta a su consulta, traté de ser todo lo taxativo que supe:

—No creo que porque de momento conservemos ambos los dos

sueldos haya que tirar la casa por la ventana. Ahora han echado al veinticinco por ciento de la plantilla, pero mañana pueden echar al cincuenta o, si me apuras, cerrar la empresa en un par de meses. Quiero decir que la cosa está todavía bastante jodida y no creo que mejore ni en cinco años. Esto va para largo, Miriam. Y si además quieres que nos compremos coche, nos va a tocar reducir gastos en otras materias. Y qué quieres que te diga, a mí pasar un par de semanas en el pueblo me parece una opción muy aceptable, aparte de que no nos cuesta nada.

Como era de esperar, aquella contrapropuesta no fue lo que se dice de su agrado.

—Qué aguafiestas eres, Gabriel, un cenizo sin remedio, eso es lo que eres. Siempre te pones en lo peor, siempre ves el vaso medio vacío. Y no estamos tan mal, en absoluto estamos tan mal. Además hay que aprovechar estas rachas. No se trata de despilfarrar ni nada parecido, no hablo de eso, pero unas vacaciones un poco más dignas de lo que hacemos habitualmente no hace daño a nadie. Es que a veces quitas las ganas de vivir, de verdad. Todo te parece innecesario, solo piensas en lo que a ti te conviene. Y a mí me apetece salir un poco, cambiar lo que hemos hecho siempre, ver cosas nuevas, y disfrutar, Gabriel, disfrutar un poco de la vida. No hay nada de malo en ello.

Al final había conseguido que se enfadase de veras. Y a mí, solo de pensar en lo que suponía hacer un crucero, se me revolvía el estómago. No podía ceder ante ciertas cosas, y desde luego tampoco podía aceptarlo todo; si ya había accedido a la idea de comprar coche, no podía un día después consentir en pasar mis sagradas vacaciones de verano embutido en una especie de ciudad flotante con no sé cuántos miles de individuos más de apetito voraz y malos modales donde sabía positivamente que nada interesante iba a sucederme: visitas apresuradas a cuatro o cinco sitios para al final no ver casi nada, cenas opíparas en manifiesto homenaje al colesterol y la celulitis, por no hablar del riesgo permanente de indigestión, conversaciones con desconocidos tan insustanciales como prescindibles, y todo ello aderezado con decenas de espectáculos de barrio y actuaciones para la tercera edad tan aburridas como vistas cientos de veces, más los consabidos bailes, recitales, cursos, juegos, etcétera, de rigor. En fin, lo que se dice un muestrario de simpleza y ordinariez solo apto para los más mediocres. Si había que elegir, me quedaba con Viena. Por lo menos tendría la opción de perderme por alguno de sus célebres cafés, visitar alguna galería de arte y esperar en cualquiera de sus parques a que finalmente llegara el día de regreso a la fascinante placidez de nuestro hogar.

Capítulo 6

—Hay un libro que quizá deberías leer. Se trata de *El proceso de civilización*, que escribió un alemán llamado Norbert Elias, aunque la mayor parte de su trabajo de investigación lo desarrolló en Gran Bretaña. ¿No te suena? Bueno, te lo resumiré lo mejor que pueda: en ese libro, lo que Elias pretende es, a través de un análisis concienzudo y riguroso de varios tratados de buenos modales, de comportamiento en la mesa y en el dormitorio, de satisfacción de las necesidades corporales y de relaciones entre hombres y mujeres y tal, escritos en diversas épocas de nuestra historia, lo que pretende, como te decía, es ir desgranando poco a poco el proceso histórico que ha llevado a nuestra especie desde la barbarie medieval hasta este estadio de la evolución en que nos hallamos ahora y que vulgarmente venimos a denominar civilización. Es un libro muy recomendable, te lo aseguro, hay algunos pasajes realmente graciosos, o mejor dicho, que hoy en día, comparados con nuestros hábitos estandarizados, nos parecen graciosos, por mucho que en su momento representaran el súmmum del refinamiento. Pero yendo a lo importante, lo que Elias descubre a través de sus investigaciones es que lo que ahora llamamos avances civilizadores no responden más que a un progresivo proceso de represión y privatización de los sentimientos, es decir, un ocultamiento social de nuestros resortes más íntimos, de nuestra naturaleza más pura, o por decirlo de una manera más culta, de nuestro yo esencial. La civilización representa en realidad la renuncia a todos esos mecanismos que nos permitieron avanzar en nuestra primera etapa evolutiva, el abandono de lo que tenemos de especie animal para convertirnos en mascotas domesticadas y obedientes, absolutamente sumisas a ideas y pensamientos abstractos, o lo que es lo mismo, a ordenamientos simbólicos. Sí, es cierto que eso nos permite vivir sin arrancarnos los ojos unos a otros y compartir espacio con el vecino sin sentir que está invadiendo nuestro hábitat, pero qué quieres que te diga, a lo mejor ahí reside también el origen de esa infelicidad permanente que tanto agobia al hombre contemporáneo. Cuando domesticas a la fiera, en realidad le estás robando su idiosincrasia, su forma de ser; creas un animalillo simpático, dócil, amable pero desnaturalizado. Pues eso ha acabado pasando con el ser humano: tanto forzarlo a renunciar a sus deseos, a sus pretensiones, a sus apetencias, incluso a sus caprichos más descarados, que al final hemos acabado por crear un ser dominado por sus neuras, sus miedos, sus inseguridades, sus complejos y sus carencias y, por tanto, vencido

por cientos de miles de frustraciones. Somos animales frustrados y derrotados, eso es en lo que nos hemos convertido: en monstruos amaestrados.

»Tú echa un vistazo a la naturaleza, al comportamiento del resto de los seres vivos. Tú fíjate tan solo en cómo funciona este planeta. Te pondré un ejemplo: ¿sabes lo peor que le puede pasar a una leona que todavía tenga a su cargo un par de cachorros? Pues cruzarse con un macho a la búsqueda de cohorte propia. ¿Y sabes por qué? Pues porque lo primero que con toda probabilidad hará este macho será matar a las crías de la leona. Y eso simplemente para despertar antes de tiempo su libido, provocar el estado de celo en la hembra y así poder aparearse con más facilidad o, como diríamos en un lenguaje coloquial, para echarle un polvo. Así es la naturaleza, se trata de yo o yo, y no hay mucho más donde buscar.

»¿Quieres más ejemplos? Los cocodrilos, por ejemplo: en determinados momentos también son capaces de matar a sus propias crías para lo mismo, para aparearse con más rapidez. Y si quieres te pongo un ejemplo más próximo a nosotros: los chimpancés. No son extraños los casos en que los machos, en un alarde de agresividad incontenible, llegan a matar a las crías de las hembras con las que no han copulado. ¿Y qué me dices de algunas aves, cuyos polluelos llegan incluso a causar la muerte de sus hermanos para no tener que compartir la comida? ¿O de los cochinillos, que pelean con auténtica fiereza para hacerse con los mejores pezones, los más abundantes en leche, aunque con ello condenen a sus hermanos a la inanición? La lucha por la supervivencia no es más que la lucha por el yo. En fin, podría encontrar cientos de ejemplos parecidos, pero lo que quiero que veas es que la naturaleza está muy lejos, a años luz incluso, de esa visión idílica, casi diría que ridícula, con la que algunos ingenuos pretenden que la identifiquemos, vendiéndonos como un paraíso de armonía lo que no es más que lucha feroz por la propia supervivencia. Sí, ya lo sé, también hay comportamientos generosos, y en ocasiones no solo las hembras, sino también los machos, se encargan de custodiar y de alimentar a las crías, de proveerles de los cuidados necesarios, de instruirlos para que sepan valerse por sí mismos. Pero todos esos comportamientos responden al egoísmo más primario: la perpetuación de uno mismo a través de la herencia genética. No te engañes, no hay otra cosa más allá de eso: egoísmo puro. La vida en la naturaleza es terriblemente cruel, ningún depredador se preocupa de si sus acciones causan o no sufrimiento a sus presas. La lástima no tiene cabida en el orden animal. El sufrimiento es parte sustancial de la vida. El dolor es tan cotidiano como el hambre, el cansancio, el deseo o la muerte. Y todos ellos, víctimas y verdugos, depredadores y

presas, lo asumen con naturalidad y se adaptan como mejor pueden a esa premisa.

»Pero nosotros hemos abdicado de todo eso porque somos “civilizados”, porque no somos bestias, porque tenemos algo de lo que ninguna otra especie puede presumir: tenemos moral, tenemos ética, tenemos integridad. Y sobre todo tenemos capacidad para ponernos en el lugar del otro y entenderlo. Vale, sí, ¿y qué? ¿Acaso el hombre medieval carecía de esa capacidad y por ello no dejaba de solazarse con el sufrimiento y el martirio de sus enemigos? ¿Tal vez los romanos se esforzaron alguna vez por causar el menor daño posible a los pueblos que invadían? ¿Es posible que los soldados rusos cuando entraron en Alemania en los estertores de la Segunda Guerra Mundial estuvieran exentos de todos esos condicionantes morales a la hora de violar sistemáticamente a todas las mujeres con las que se encontraban? ¿Eran ajenos los nazis a alguna de estas cualidades avanzadas del ser humano mientras exterminaban con constancia impasible a millones de judíos indefensos? No, simplemente vivían el presente, el ahora, lo que implica por encima de todo el *yo* sin limitaciones externas, sin restricciones sociales y sin el estorbo de la moral. Solo fuera de cualquier riesgo de reprobación social, investido de total impunidad, el *yo* verdadero renace auténticamente libre, emancipado de viejas ataduras morales, de pactos impuestos por otros y asumidos sin la más mínima reflexión crítica.

»Por el contrario, el hombre moderno reniega continuamente de sus deseos, rechaza sus vicios, esconde sus inclinaciones. El hombre moderno se niega a sí mismo, se acompleja, se inhibe, se ofusca, se subsume en la masa. El hombre moderno es incapaz de realizarse, se pasa la vida anulándose como individuo, rechazando aquello que anhela en lo más profundo de su ser. No tienes más que ver a los niños: son egoísmo en estado puro. Piden lo que les apetece, quieren sencillamente lo que desean y no tienen, y son felices cuando acceden a aquello que ha despertado su interés. Son codiciosos. Son los padres los que, con inútil perseverancia, les van enseñando a renunciar a buena parte de sus deseos. Se trata del primer paso para adiestrarlos en la frustración permanente, para condenarlos al fracaso, a la más pura decadencia vital. La primera fase de su amaestramiento.

»A lo mejor nunca te has planteado esto, a costa de qué hemos logrado crear este falso espacio de convivencia, qué es lo que nos hemos dejado en el camino y, sobre todo, si ha merecido la pena. No espero que me respondas ya. Solo te pido que lo pienses. Piensa en las cosas que has deseado desde niño y a las que has tenido que renunciar simplemente porque te dijeron que no estaba bien. Piensa dónde estás ahora y dónde estarías de haber seguido tus instintos. Piensa en todo

lo que hay a tu alrededor, piensa en lo que de verdad te pertenece; piensa en lo que se siente al descubrir que eres poco más que un pájaro enjaulado, que un león expuesto en un zoológico. ¿De verdad que no echas nada de menos? ¿Esto era con lo que soñabas en tu juventud? ¿No te reconcomen todas tus frustraciones?

Capítulo 7

No son pocas las veces en que decisiones de enorme trascendencia, determinaciones que solo se deberían asumir tras largas y sesudas deliberaciones y una vez que se han sopesado con rigor los pros y los contras y se han valorado todas las consecuencias, acaban siendo tomadas tras una rápida y a menudo inconsciente deliberación o a resultas de una simple reacción emocional, de un pálpito si se quiere, incluso de un vulgar arrebato intuitivo que no responde más que al estado de ánimo que nos domina en ese instante. Si somos sinceros, si indagamos con valentía en nuestro pasado, seguro que recordaremos muchas decisiones difíciles tomadas de esa manera, llamémosle a la ligera, lo cual no significa necesariamente que con malos resultados. Yo mismo recuerdo haber estado dándole vueltas a algún que otro asunto durante horas enteras, devanándome los sesos por encontrar la solución más adecuada o la menos gravosa, invirtiendo tardes enteras en analizar hasta el más mínimo detalle para, llegado el momento, y tal vez borracho de tanta reflexión y tanta divagación especulativa, e incapaz de procesar toda la información acumulada, acabar decantándome por la opción que de pronto me ha parecido más chula, más *guay*, más graciosa o como se le quiera llamar, sin poder ofrecer como explicación más que algo parecido a esto: «al final hice lo que me dictaba el corazón», como si el corazón tuviese alguna posibilidad de expresar voluntades o pareceres propios. Pero creo que con esa frase nos entendemos todos.

Podría justificarme diciendo que la decisión que tomé respondía a esa clase de estímulo y que eso explicaría todo lo que sucedió después. Pero no es verdad. Una noche en vela, siete horas continuas de análisis, cavilación, reflexión y razonamiento dan para mucho. Vaya que si dan. Se ha dicho alguna vez que buena parte de las decisiones importantes de nuestra vida las tomamos durante el estado semiconsciente de la duermevela, en que el cerebro parece despojarse de las limitaciones a que está sometido durante la vigilia y vaga libre por ese infinito mundo de posibilidades que anida en el inconsciente. Pero yo pasé la noche entera sin pegar ojo, mi cerebro se mantuvo tan despierto como lo está a las doce del mediodía. No fue el inconsciente lo que me empujó a hacer lo que hice: fue simple y llanamente la necesidad de ser honesto conmigo mismo, de no traicionarme una vez más, de no venderme a una ridícula ilusión ajena.

Lo primero que hice nada más llegar al trabajo fue pedir una

entrevista con el director de recursos humanos. Cuando uno está decidido a algo, no tiene sentido esperar más tiempo. Llamé a Inés, su secretaria, y le pregunté si el jefe me podía recibir. Me dijo que esos días andaba muy ocupado con todo lo relativo al ERE, la comunicación de las resoluciones adoptadas a los afectados y demás trámites, pero por eso mismo necesitaba hablar con él cuanto antes, insistí yo, para evitar que fuese demasiado tarde. Como es lógico, no le dije nada a Cañada, no quería que se ilusionase antes de tiempo y que luego, por las circunstancias que fueran, mi propuesta no fuese aceptada. Tampoco lo había hablado con Miriam, aunque con ella era con quien menos tenía que hablarlo. Ya habría tiempo de pensar en cómo decírselo llegado el momento. Tocaba empezar de cero y resultaba imprescindible dar cada paso uno detrás de otro, sin precipitarse ni trastabillarse a causa de las prisas.

Giménez me recibió enseguida. Llevaba poco tiempo en la empresa, de hecho lo habían contratado hace unos meses para acometer las reformas que se estaban llevando a cabo en el área de personal. Supongo que a él se debía la decisión última de qué trabajadores eran despedidos y cuáles no. En cualquier caso, era un hombre de una educación exquisita, eso fue lo primero que noté, quizá seis o siete años mayor que yo, uno de esos tipos que caen bien nada más verlo y en los que te cuesta encontrar motivos para desconfiar. Me pareció que no iba a tener demasiados problemas para entender lo yo que tenía que decirle.

—Si no recuerdo mal, es la primera vez que hablamos usted y yo —le dije intentando romper el hielo inicial, inevitable entre superior y subordinado—. Soy Gabriel Bisimbre, encantado de conocerle. Estoy en la misma sección que Jesús Cañada. Creo que a él sí que lo conoce.

No sé si la presentación fue la correcta, no creí percibir en su mirada demasiados signos de confianza. Supongo que las circunstancias que se estaban viviendo en la empresa a resultas de la remodelación de personal le aconsejaban, aunque solo fuese por precaución, ponerse a la defensiva.

—Si, sé quién es usted. Lleva trabajando en esta empresa varios años. Y las referencias que tengo de usted son realmente buenas. Estamos contentos con su trabajo.

Quizá fuera su manera de rebajar posibles tensiones, pero la verdad es que no me tomé en serio aquel halago. En cualquier caso, de lo que yo quería hablarle no era tanto de mí como de Cañada.

—Sí, bueno, se lo agradezco. Pero yo quería hablarle de mi compañero, de Cañada. Es uno de los que van a despedir.

Giménez arrugó el gesto. Sin embargo, su tono distendido y atento de jefe bien dispuesto apenas sufrió merma alguna.

—Esas son siempre decisiones muy difíciles de tomar, señor Bisimbre. —Me sorprendió esa forma tan educada de dirigirse a mí, pero por lo visto era su estilo—. Por mucho que algunos piensen lo contrario, a nadie nos gusta llegar a esta situación, no hay ningún jefe que disfrute aplicando esta clase de medidas. Tenga la seguridad de que hemos tratado reducir al máximo el número de afectados. Pero lo que está en juego es la continuidad de la empresa y, por tanto, también la del resto de trabajadores. La crisis nos lo ha puesto muy difícil a todos. Incluso los representantes sindicales lo entendieron así.

—Sí, no lo dudo. Pero tampoco quiero ir por ahí, no me malinterprete. Lo único que quería preguntarle es si han tenido en cuenta la situación personal de cada uno de los afectados. Es decir, si han mirado de qué manera les va a afectar su decisión.

Giménez era un hombre de recursos, de eso no me cabía ninguna duda. O eso, o tenía muy bien aprendido su papel de padre comprensivo aunque riguroso.

—Un despido es un drama para cualquiera —respondió al instante —. Ya le digo que hemos tratado de limitar todo lo posible el número de afectados. A nadie le gusta tomar esta clase de decisiones, y a mí menos que a nadie, se lo aseguro. Pero no se puede luchar contra las adversidades. La empresa lleva demasiado tiempo en números rojos. Era esto o cerrar definitivamente.

—No lo dudo, en serio, pero es que no voy por ahí, como le digo. Lo que quería decirle es que Cañada, por ejemplo, tiene cuatro hijos y espera otro para dentro de unos meses. Y su mujer no trabaja. Si echan a Cañada, están condenando a esos niños a la indigencia.

Fue a raíz de este último comentario cuando Giménez empezó a mostrar los primeros signos de desagrado. Su rostro se crispó levemente, se movió incómodo en el asiento y pareció tomar aire antes de responderme. Sin embargo, mantuvo las formas de manera ejemplar.

—Mire, una empresa solo puede ser responsable de lo que concierne al mundo del trabajo. Tratamos de retribuir adecuadamente a nuestros empleados, intentamos ser justos con todos, el respeto siempre estará detrás de cada uno de nuestros actos. Pero no podemos responsabilizarnos de la situación personal de cada uno de los trabajadores, eso sería imposible. Mire, se lo diré claro: nosotros no tenemos nada que ver con el número de hijos que decida tener una pareja.

Creo que empezaba a enrocarse, y eso era mala señal. Si quería que aceptara mi propuesta, debía volver a despertar su confianza.

—Estoy de acuerdo con eso, y tiene toda la razón. Pero a la hora de decidir de cuál de dos trabajadores se prescinde, a lo mejor echando un vistazo a su situación familiar se puede tomar una decisión más ajustada. Por ejemplo, si había que despedir a uno de los dos, a Cañada o a mí, quiero decir que si hubieran tenido en cuenta esta circunstancia, la familiar, quizá me habrían despedido a mí. Pienso que hubiera sido lo más acertado, ¿no cree?

Giménez se quedó callado. Tuve la sensación de que en ese momento empezaba a comprender cuál era mi verdadero propósito, y puede también que fuera ese el motivo por el que no supo qué decir.

—Entiendo que llegado el caso haya que prescindir de uno de los dos —proseguí aprovechando aquel lapso—. Es cierto que el trabajo ha disminuido mucho y que con solo una persona tal vez se pueda dar abasto, eso no lo pongo en duda. Lo que sí cuestiono es que el elegido haya sido Cañada y no yo. Eso es lo que no me parece justo.

Por fin se decidió a hablar, aunque todavía no lo vi demasiado convencido de haber entendido bien mis palabras.

—¿No le parece justo que le hayamos despedido a él y no a usted? ¿Eso es lo que quiere decirme?

—En efecto. Soy yo el que debería estar en la calle. Mi situación económica es mucho más desahogada. Mi mujer trabaja y además no tenemos hijos. Nosotros podemos sobrevivir con un sueldo.

—Vamos a ver si le entiendo: ¿qué es lo que ha venido a pedirme exactamente?

Creo que fue una mezcla de estupefacción y desconfianza el gesto con que acompañó aquella pregunta. Supongo que es normal pensar que tras una solicitud así tiene que haber gato encerrado. Pero yo era demasiado joven para plantearme dejar de trabajar tan pronto, ni siquiera tenía a mi alcance la prejubilación más generosa. En cualquier caso, si algo tenía yo absolutamente claro eran las palabras que debía pronunciar a continuación:

—Que admita de Cañadas de nuevo y que prescinda de mí. Quiero ocupar el lugar de mi compañero en la lista de despedidos. Eso es lo que quiero pedirle.

No hubo más preguntas por su parte, pero tampoco me dijo que sí ni que no, simplemente que lo consideraría. Pero la cara de desconcierto con la que me despidió no la olvidaré nunca.

Capítulo 8

—De estas cosas uno va siendo consciente poco a poco, casi sin darte cuenta, por lo que resulta imposible fijar una fecha o una circunstancia clave en todo el proceso. Recuerdo, por ejemplo, un coche que uno de mis vecinos sacaba casi todas las tardes a la calle para jugar con él. Se trataba de un coche algo más grande que los que teníamos los demás, un hermoso coche rojo metalizado a cuyo encanto ningún niño de nuestra edad podía sustraerse; de hecho, desde el primer momento que lo vi tuve claro que yo quería tener uno igual. Claro que hubiera podido pedirles a mis padres que me comprasen uno, no creo que fuera demasiado caro y tampoco se trataba de ningún cacharro sofisticado, pero mi padre era de esa clase de personas que piensan que no debe darse ningún extra a los hijos si estos no han hecho algo para merecérselo. Por eso sabía que si se lo pedía me exigiría a cambio alguna contrapartida, un gesto a modo de compensación, algún sobresaliente, una buena acción o lo que fuera que se le pasase por la cabeza. No tuve que meditarlo mucho para llegar a la conclusión de que lo más fácil para mí y para cualquiera en mi situación era robarlo. Y te puedo decir que, en efecto, hacerme con él fue la cosa más sencilla del mundo. Aproveché unos de los muchos descuidos en que suelen caer los chavales —a esas edades, ya sabes, somos muy olvidadizos y nos despistamos con mucha facilidad— y a continuación subí a casa y lo escondí debajo de mi cama. El coche ya era mío, había dado cumplida satisfacción a mi deseo sin verme forzado a compensar a nadie por ello. Mi estrategia había sido un completo éxito. Que tuviera que jugar con él a escondidas era lo de menos, porque su posesión era ya de por sí razón suficiente para hacerme sentir victorioso. Da lo mismo que dos semanas después mi madre descubriera el escondite y me castigara con una dureza poco habitual en ella: aquella experiencia me había hecho ver que para conseguir lo que yo deseaba no me hacía falta depender de nadie, me bastaba con buscarme los medios por mí mismo y actuar. O dicho de otro modo: yo era el único responsable de que las cosas que quería no me faltaran. Si no lo hacía yo, nadie lo haría por mí. Había que extremar las precauciones, eso también lo descubrí aquel día, cuando me obligaron a humillarme ante aquel niño estúpido y pedirle disculpas por mi «deplorable» acción. Quizá pensaron que de esa manera iban a conseguir que reconociera mi mal comportamiento, pero se equivocaron de pleno: si algo saqué en claro de todo aquello es que las cosas hay que hacerlas bien y que por nada del mundo

debía permitir que la mediocridad y la impertinencia ajena interfiriera en la consecución de mis objetivos. No fue el comienzo de nada ni representó un hito clave en mi vida, pero sin duda alguna aquella experiencia me sirvió de mucho para tiempos posteriores.

»No temas, no te voy a aburrir con más anécdotas como esta, no me gusta hablar de la niñez; la vida de los niños en general es aburrida y monótona y carece de todo interés. Solo te diré que, en efecto, fui afinando la técnica poco a poco, elaborando estrategias mucho más sibilinas que me permitieron satisfacer mis deseos sin soportar la oposición de casi nadie. Tampoco quiero que parezca que yo era más antojadizo de lo normal, todo hay que decirlo, nunca he sido de esa clase de tipos que quieren todo lo que ven. Por el contrario, siempre he tenido muy claro que lo verdaderamente importante puede reducirse a cuatro o cinco cosas muy concretas y nada sofisticadas, y que, por encima de todo, lo esencial, lo que está presente en las ambiciones de todo el mundo y cuyo logro pone al alcance de tu mano todo lo demás, es algo bastante simple: el dinero. En efecto, el puto y asqueroso dinero. Apuesto a que hasta también tú lo sabías.

»Me parece que ya te he hablado de mis padres, tipos mediocres y anodinos donde los haya, pero al mismo tiempo buenos trabajadores y excelentes ahorradores. Y a veces características tan lamentables como esas pueden tener consecuencias positivas para los demás. No es que poseyeran un capital extraordinario, pero habían hecho algo de dinero, lógico si pensamos en lo poco que gastaban. Yo seguía asistiendo al instituto porque me convenía, aunque lo cierto es que apenas conseguía aprobar unas cuantas asignaturas, aquellas que resultaban poco exigentes o en cuyos exámenes se podía copiar con facilidad. Pero mis padres insistían, sin dejarse vencer por la decepción, en que debía aplicarme con más empeño a los estudios. Un día tras otro no paraban de sermonearme sobre el futuro, el trabajo y, ante todo, la conveniencia de llegar a formar una familia como la suya que diera continuidad a la estirpe. Supongo que a ti te habrá pasado igual, es la basura que todos los adolescentes tienen que soportar quieras que no. Pero lo que yo necesitaba no era estudiar, sino dinero. Parece mentira que la gente no sea consciente de eso y que todavía haya idiotas convencidos de que el esfuerzo y la honestidad son lo primordial para triunfar en la vida. Convendrás conmigo en que la gilipollez es el gran mal de este mundo. Así que tampoco tuve que darle demasiadas vueltas a la idea. Si me los cargaba, durante un tiempo tendría casa propia y dinero abundante para sobrevivir. Tampoco era tan mal negocio, ¿no crees?

»No me parece que sea este el lugar para hacerte un relato detallado de su muerte. Aun así ¿quieres saber cómo lo hice? Pues probando,

haciendo varios intentos. Si algo tenía claro es que debía ser un accidente. O al menos parecerlo, claro. Un accidente de coche, por ejemplo. Hay varias formas de provocarlo, incluso para un chaval de diecisiete años no resulta algo demasiado complicado: se puede vaciar el líquido de frenos, provocar el reventón de una rueda, anular la dirección, en fin, ese tipo de cosas que tampoco exigen un conocimiento técnico demasiado especializado. Te puedo decir que intenté lo de los frenos, pero no salió. Quiero decir que sí, que le fallaron los frenos y colisionó con el coche que tenía delante, pero no pasó nada grave. Hubo incluso sospechas de que alguien hubiera podido manipular el vehículo, pero ¿quién podría querer provocar la muerte de aquel tipo tan anodino, un individuo al que, si se hacía difícil encontrarle amigos, resultaba impensable imaginarle ni un solo enemigo? Por suerte, no se investigó demasiado. Al fin y al cabo, los coches fallan y la mecánica tampoco es infalible. Así que hubo que intentarlo de nuevo. Esta vez traté de hacerlo mejor. Por fortuna para mí, en esa época mi padre había empezado a tomar ansiolíticos. Se ve que en el trabajo las cosas no le iban bien y eso provocó que empezara a tener dificultades para conciliar el sueño. El médico tampoco se complicó demasiado la vida y, tal vez para quitárselo de encima, le recetó tranquilizantes. Un día en que mis padres se disponían a visitar a una prima enferma y las predicciones meteorológicas anunciaban lluvia, me decidí a intentarlo de nuevo. La noche de antes fingí un dolor terrible de estómago para impedir que mis padres pudieran dormir con tranquilidad. A la mañana siguiente deshice unas pocas pastillas de citalopram en el descafeinado que tomaba todas las mañanas. Un poco antes me había entretenido en inflar las ruedas del vehículo mucho más de lo recomendable con intención de disminuir su capacidad de agarre. La tacañería de mi padre también ayudó lo suyo: el dibujo de las llantas, que hace tiempo que debían haber sido sustituidas, había perdido casi toda la profundidad. A veces necesitas algo de suerte, desde luego, pero si no te animas a dar el primer paso, jamás conseguirás nada de lo que te propongas. Tal como había planeado, les puse como excusa la mala noche que había pasado y me quedé en casa. Cuando los vi salir a la carretera con su habitual torpeza bajo aquella tromba de agua que casi impedía la visión, tuve el certero presentimiento de que esta vez mi estrategia iba a dar buenos resultados. Aquella carretera plagada de curvas también jugó a favor mío.

»Su muerte tuvo lugar tres meses después de mi mayoría de edad, lo que me permitió hacerme cargo casi de inmediato de la herencia. Como primera medida abandoné el instituto. Ya no necesitaba fingir más, y los estudios, como entenderás a poco que me conozcas, no iban a aportar nada de positivo a mi vida. Tampoco hice cálculos de

ninguna clase. No sabía hasta cuándo iba a poder permitirme vivir de esa manera, plenamente dedicado a mí mismo y a mis placeres, pero lo que no estaba dispuesto a aceptar era ninguna clase de represión. Cualquier tipo de cortapisa hubiera significado añadir más frustración a mi existencia. Era propietario de una vivienda y poseedor de una nada desdeñable suma de dinero. En esas condiciones, solo un tonto se complicaría la vida enredándose en estúpidas elucubraciones acerca de lo que pudiera pasar de aquí en adelante. O vivimos el presente con plenitud o nos pasaremos la vida aguardando la llegada de un futuro de prosperidad y bienestar que, en la inmensa mayoría de los casos, nunca va a tener lugar. Y yo me negaba a morir ahogado en el sino de los mediocres. Eso era, sin ninguna duda, lo único que tenía meridianamente claro en aquella época de mi vida.

Capítulo 9

Un par de días después de la primera entrevista, Inés me llamó de nuevo al despacho del director de recursos humanos —Bisimbre, el «gran jefe» quiere verte.

Tuve dudas antes de entrar. Aunque era mi decisión la que había dado lugar a esta situación, la inminencia de la resolución que iba a serme comunicada hizo que me sintiera como un condenado a muerte a punto de ser alineado frente al pelotón de fusilamiento. ¿Y si me hubiera precipitado? ¿Realmente era esa una manera de arreglar las cosas? ¿Tenía yo algún interés de convertirme en mártir o algo así por asumir aquella clase de sacrificios? ¿Iba a servir de algo mi inmolación? Pero ya no había tiempo para echar marcha atrás, la decisión había sido tomada y la iba a conocer en apenas unos segundos. Así que tomé aire, traté de serenar los nervios y abrí la puerta.

Todo sucedió con bastante rapidez. Giménez me hizo saber que habían tenido en cuenta mi sugerencia y que, en consecuencia, iban a prescindir de mis servicios. Me explicó también que les había costado entender mi gesto. En un principio les resultó incomprensible que un trabajador que había conservado su puesto de trabajo tras un conflicto tan dramático como el que habíamos vivido en la empresa se ofreciese a ser despedido para que otro compañero conservara el suyo; aquello no encajaba de ninguna manera en su concepción de las cosas, en la lógica del mundo laboral en el que nos todos movemos. Esto no me lo dijo él, pero puedo recrear en mi cabeza las suspicacias que mi propuesta habría levantado en los presentes. Seguro que alguno apuntó la sospecha de que en realidad estaba tratando de aprovecharme de la compañía: no es lo mismo rescindir unilateralmente un contrato de trabajo que irse al paro con el paraguas del subsidio y una sustanciosa indemnización acordada con los sindicatos. Tal vez habría quien argumentara que no era bueno ceder ante tipos así y que si yo tenía algún interés personal en abandonar la empresa, debía ser yo también quien asumiese todos los costes. Imagino incluso que más de uno se habría visto soliviantado por el temor a estar siendo víctima de alguna clase de engaño. Pero al final la mayoría consideró que mi propuesta no suponía ningún perjuicio para nadie (salvo para mí mismo, obviamente) y, dado que tampoco era una mala alternativa, rectificó su decisión primera y aceptó que fuese yo, y no Cañada, quien se viera afectado por el ERE.

Sea como sea, Giménez aprovechó para felicitarme por mi actitud tan «desusadamente» generosa y añadió que ojalá sirviera de ejemplo para el resto de empleados. Justo antes de salir, me hizo saber que si en un futuro tenían la necesidad de contratar a más personal, el primer nombre en el que pensarían sería el mío. Recuerdo que pensé en lo barato que sale mentir.

Apenas pude decir mucho más. A partir del mes que viene, iba a pasar a engrosar la abultada lista de desempleados de este país. Había dado un paso trascendental en mi vida de cuyas consecuencias todavía no era del todo consciente. No creo que sea necesario extenderme demasiado acerca de la reacción de Cañada cuando regresé a mi puesto. Primero, como es lógico, tuve que escuchar su negativa a aceptar aquel trueque. Él se veía incapaz de asumir la situación que se iba a presentar a partir de entonces, aquel era un gesto de generosidad tan excesivo que hacía imposible cualquier clase de compensación por su parte; y de cualquier manera su sentido de la equidad le impedía aceptar un sacrificio de semejante desproporción. Repitió varias veces que era una deuda que nunca en la vida podría pagar y que yo no tenía por qué hacerme cargo de los problemas de su familia, ya verían ellos cómo se las apañaban para salir adelante, pero no era justo que yo me quedase en la calle para que en su casa siguiera entrando un salario. Insistió incluso más de lo que yo en un principio había previsto, pero la decisión estaba tomada y mi determinación era firme. Supongo que por la tarde, tras comentarlo con su mujer y ante la necesidad de aferrarse a la más minúscula tabla de salvación, empezó a cobrar peso la parte positiva del asunto y a la mañana siguiente, mucho menos afectado que el día anterior, me garantizó que, pasara lo que pasase en el futuro, yo siempre iba a tener en su familia el apoyo que pudiera precisar, que su casa era mi casa para todo lo que quisiera y unos cuantos ofrecimientos más por el estilo que yo sabía que, llegado el momento y agotada la euforia actual, nunca llegarían a materializarse. Me daba igual. Lo importante era que aquella familia podía continuar procreando sin problemas y, al menos durante un periodo más o menos amplio, seguir confiando en el futuro. Lo que sucediese a partir de ahora con mi vida era un asunto que solo a mí concernía. Y, quién sabe, a veces es necesario tomar decisiones drásticas, casi diría que suicidas, para que algo empiece a cambiar de verdad en nosotros y en nuestro entorno. Más allá de todas las complicaciones que se adivinaban en el horizonte y que ya vería cómo solventar, lo realmente esperanzador era que una nueva encrucijada vital se abría ante mí con nitidez.

El problema mayor fue, como era esperable, Miriam. Miriam y sus planes. Miriam y el derrumbe de sus aspiraciones de ascenso social. Si

yo me iba a la puta calle, conmigo se irían también su nuevo coche, las vacaciones, los restaurantes caros, los vestidos ostentosos y, en general, todo ese mundo de apariencia y banalidad que tanto parecía fascinarle. Aquel día no le dije nada, no me convenía precipitar las cosas, pero estaba claro que tarde o temprano habría que afrontar el problema cara a cara. Durante un tiempo incluso estuve dudando entre ser absolutamente sincero o maquillar de alguna manera las cosas, inventándome una nueva relación de afectados por la reestructuración laboral en la que, esta vez sí, la dirección hubiera decidido incluirme a mí. Sin embargo, me negaba a empezar esta nueva etapa de mi vida con una mentira de ese calibre. Además, tarde o temprano, Miriam acabaría por enterarse. Noticias así corren como la pólvora. No, tenía que ser sincero y contarle la verdad: que había sido yo el que había sugerido a la dirección aquel trueque, quien había solicitado —porque en realidad eso era lo que había sucedido— ser despedido, perder mi trabajo, para que a cambio otro conservase el suyo.

Si comunicarle la nueva situación era ya de por sí complicado, acompañarlo de explicaciones convincentes se iba a convertir en una tarea imposible. De todas las formas, asumí que ella nunca podría llegar a entenderme y traté de prepararme lo mejor que supe para recibir el torrente de reproches y lamentos que me iban a caer encima. Me gustara o no, era un trance al que antes o después tenía que hacer frente.

Por muchas previsiones que hubiera hecho al respecto, fue mucho peor de lo esperado. Miriam se encolerizó hasta niveles desconocidos para mí. Me dijo que era un irresponsable, un imbécil total que había echado nuestra vida a perder, que si lo que pretendía era mandar a la mierda nuestro matrimonio iba por buen camino, que quién coño me creía que era yendo por ahí de salvador de nadie, que por qué me hacía responsable de la vida de otra gente y en cambio me olvidaba de la nuestra, que cómo podía tirar de esa manera el futuro por la taza del váter, que de qué pensaba yo que iba la vida, que esto era lo último que se hubiera esperado de mí, que era mucho más tonto de lo que había sospechado nunca… En fin, podría seguir horas así, detallando todos y cada uno de los insultos que me dedicó en apenas quince minutos. Después salió de casa echando pestes de mi «infinita imbecilidad» y se despidió dando un portazo con tal estruendo que hizo temblar la vajilla del armario. Creo que nunca he agradecido tanto el silencio como entonces. Había sido más violento de lo esperado, pero confiaba en que, con esto, lo peor de la tormenta hubiera pasado.

Miriam se pasó dos semanas sin dirigirme la palabra. Eso hizo que la situación que se vivía en casa fuera totalmente surrealista. Para verse lo menos posible conmigo, ella comía y cenaba fuera de casa. Solo llegaba pasadas las diez, se duchaba, se ponía el pijama, encendía el ordenador, pasaba allí un rato y a continuación se encerraba en el dormitorio. Yo la oía trastear por casa, sentía su presencia indignada a mis espaldas, a veces incluso le preguntaba qué tal le había ido el día, pero lo único que recibía por respuesta era su mirada de desprecio. Creo que durante ese tiempo Miriam llegó a odiarme, y reconozco que me temí lo peor. Nunca hasta entonces había llegado a pensar en la posibilidad de que, a consecuencia de mi controvertida decisión, Miriam pudiese acabar separándose de mí. Es cierto que nuestra relación apenas había traspasado hasta ahora los soporíferos lindes de la mansedumbre, o dicho de una manera menos pretenciosa, que ella y yo nos habíamos soportado bastante bien porque tampoco nos habíamos exigido demasiado. Habíamos sido capaces de acoplar nuestras ambiciones personales a las posibilidades reales, de no demandar del otro nada que este no estuviera en condiciones de cumplir. Por lo que respecta a nuestra intimidad, de aquellas primeras noches de sexo desbordado y febril, imprescindibles para el verdadero descubrimiento como pareja, habíamos pasado —como viene a suceder casi siempre— a espaciados pero fructíferos encuentros sexuales que renovaban periódicamente nuestro afecto mutuo. Digamos que en las carencias respectivas habíamos encontrado buen acomodo, un espacio amable donde reconocernos sin demasiadas estridencias. Pero todo eso había empezado a venirse abajo a raíz del nuevo empleo de Miriam y de las prometedoras perspectivas sociales que se le habían abierto. Esa había sido la primera grieta del muro. Pero esa grieta se había agrandado más de lo esperado tras el golpe que yo mismo le había propinado, o por usar otro símil menos retorcido, tras poner boca arriba sobre la mesa los nuevos juegos de cartas que ambos nos habíamos agenciado. Si ella había dado un paso demasiado temerario hacia delante, yo en cambio había realizado un arriesgado triple salto mortal hacia atrás con la esperanza de que, gracias a eso, volviéramos al punto de partida y pudiéramos iniciar de nuevo el camino juntos sin que ninguno de los dos llevara el paso cambiado. Pero estaba claro que había medido demasiado mal los peligros de aquel movimiento y menospreciado la fuerza arrolladora que es capaz de alcanzar la ambición humana. Visto lo visto, en este momento lo único que todavía mantenía en pie las esperanzas de reconciliación era que, al menos, Miriam aún no había tomado la determinación de irse a dormir a otro lado. Y teniendo en cuenta la carga simbólica que posee un gesto como ese, no era mala señal que todavía compartiésemos cama.

Capítulo 10

—Esta parte es la que más te va a gustar, ya verás, porque es la que más nos atrae siempre a todos. Fíjate si es importante que, si lo piensas, es, junto a la alimentación, una de las dos únicas actividades comunes a todas las especies de la naturaleza. La inmensa mayoría de los animales no hacen otra cosa: Cazan, husmean, se mueven y emigran con el único fin de alimentarse; y se pelean, se exhiben, dominan y se cortejan con el único propósito de aparearse. Ah amigo, qué no darían muchos por un buen polvo. Así que imagínate yo, con casa propia, dinero y dieciocho añitos recién cumplidos. ¿Qué es en lo primero que pensaría cualquiera? Pues a eso mismo entregué mis primeros meses de vida independiente: a follar como un loco. No te hagas el sorprendido, seguro que ya lo habías imaginado.

»Empecé contratando prostitutas. Es siempre lo más fácil, no exige ningún esfuerzo ni requiere de una dedicación especial: una llamada de teléfono y ya está, a la media hora tienes una profesional a la puerta de tu casa. Pero, cómo te lo diría, las putas aburren. O uno se aburre de las putas, que viene a ser igual; fingen, actúan y te halagan sin necesidad. Y por si fuera poco, cuestan dinero. Además, si quieres salirte de lo establecido y les pides algunas de esas cosas que no están en los manuales de primeros auxilios, o se niegan indignadas o te exigen a cambio cantidades exorbitantes. No, el tema de las putas se agotó pronto. Además, yo quería otras cosas, quería llegar más lejos, quería bucear en aguas vírgenes. Ya te advertí de que las prevenciones morales de los mediocres me afectan poco. Y sus límites menos aún. Y en cualquier caso los límites a mí me los pone mi polla, ja, ja, ja. Perdona la grosería, no es mi estilo, aunque algo de humor nunca viene mal, ¿no crees? En fin, como te iba diciendo, yo quería algo más, reducir el sexo al coito es como alimentarse nada más que de ultracongelados: cómodo pero poco sabroso. Todo es susceptible de mejorar, siempre hay nuevos espacios por descubrir, técnicas innovadoras que improvisar. ¿Te da miedo que me ponga procaz? Es que te veo algo sensible con el tema, o eso me parece. Ya sé que te han educado en el respeto al prójimo y esas tonterías de que el sexo es cosa de dos y que además debes sentirte obligado a complacer a tu pareja y bla, bla, bla. ¿Y eso por qué?, me pregunto yo. O mejor dicho: ¿Te has preguntado tú alguna vez si es eso lo que de verdad vas buscando en el sexo? Ya veo que no. Al menos convendrás conmigo en que nadie se propone acostarse con una chica para darle placer a ella. Lo que buscas, por encima de todo, es satisfacer tu propio deseo y

nada más. Un poco menos de hipocresía no nos vendría mal. Si yo quiero follarme a una tía es porque esa tía me gusta, porque me pone, es atractiva y me provoca excitación. No creo que haya nadie en el mundo que piense algo así como: «mira, qué tía más fea, no me pone ni harto de viagra, pero igual le apetece follar conmigo, así que voy a ofrecerme para que disfrute, le voy a regalar unos minutos de placer». No, el mundo no funciona así, o mejor dicho, nosotros no somos así. El feminismo nos ha hecho sentirnos culpables de desear a las hembras, de querer fornicar con ellas, de responder con naturalidad a nuestro instinto animal o, por volver a lo mismo de siempre, de comportarnos como lo que somos. Sí, de acuerdo, estoy contigo en que lo ideal es que sea recíproco, yo te doy y tú me das, sin duda sería lo deseable (aunque tampoco siempre ni en todas las situaciones, no nos engañemos), pero si la otra parte no colabora o no comparte tu sentido de la sofisticación erótica, ¿qué vas a hacer? ¿Volverte a casa con el rabo entre las piernas? ¿Renunciar al placer? ¿Hacerte una paja y ya está? Otra vez estamos con lo mismo: aguántate, reprímete, frústrate. Y yo al menos no estoy por aceptar ese tipo de juego estúpido y castrador. Esas tonterías hace tiempo que dejaron de interesarme.

»Tampoco creas que soy un irresponsable que actúa como le viene en gana. Te olvidas de que conozco perfectamente el mundo en el que vivo y sé que con determinados temas debes extremar las precauciones. Además, hoy en día cualquier "calientapollas" de tres al cuarto te acusa de abusar de ella, por no decir de violarla, y se te cae el mundo encima. No, las cosas hay que hacerlas bien, con tiento, sin precipitarse. Por suerte, mi padre dejó alguna que otra caja de citalopram sin usar y eso me ha venido de maravilla. En cualquier caso, de entrada siempre he tratado de ser persuasivo, antes de nada hay que hacerles ver todas las posibilidades que esconde el mundo del sexo, hasta dónde se puede disfrutar si uno abandona la falsedad del decoro y deja de lado los miedos y las dudas. Con alguna eso me ha dado resultado, no creas. En general, las mujeres de mediana edad, que veían aparecer de repente ante sus ojos la posibilidad de un revolcón con un chaval apenas salido de la pubertad, eran también las más generosas y complacientes. Yo les proponía y ellas, tras alguna indecisión inicial, solían aceptar. Eran presa fácil. Pero por eso mismo tampoco constituían mi objetivo más preciado. Me atraen más las chicas jóvenes, de mi edad, de piel tersa libre de arrugas y todavía no demasiado maleadas por la frustración y la mentira, sobre todo conforme he ido cumpliendo años y las carnes tiernas han cobrado un atractivo mayor. Pero en aquella época no le hacía ascos a casi nada. Era un joven embriagado por la sensación de poder, por el desafío inabarcable del sexo. Cada vez que conseguía que una mujer accediese

a acompañarme a casa, en mi interior se desataba una imparable orgía de androsteronas que me empujaba a llevar el deseo hasta sus últimas consecuencias. Al principio toleraba, aunque no de buena gana, que rehusaran acceder a algunas de mis peticiones, pero con el tiempo aquella pusilanimidad ridícula e infantil solo conseguía sacarme de mis casillas. La única vez que he llegado a golpear a una mujer, me pasé el día siguiente asustado ante la posibilidad de que me hubiera denunciado a la policía. No fue en cualquier caso una agresión demasiado violenta, pero sí lo suficiente para que se asustara y se largara como alma que lleva el diablo sin aceptar excusas ni disculpas por mi parte. Aquello me hizo recapacitar sobre los métodos que podía poner en práctica sin exponerme demasiado y la conveniencia de usar citalopram cuando lo creyese necesario.

»Recuerdo perfectamente la primera vez que lo usé. La chica que me había traído a casa, aunque en el bar parecía abierta y desinhibida, enseguida empezó a no sentirse demasiado cómoda, y no hacía más que cortar cualquier mínimo gesto de intimidad entre ella y yo. Estaba claro que no iba a ser una pieza fácil de abatir. Tengo que decir que no hubiera pasado nada si físicamente no me hubiese atraído tanto, pero me había encaprichado como un idiota de aquella chica y me negaba a dejarla escapar sin siquiera presentar batalla. Me enfurecía sobre todo que su ridícula bisoñez pudiera echar por tierra una de las noches más prometedoras de mi vida. Pero cada vez que pasaba una mano por su hombro o acercaba mi cuerpo al suyo, ella enseguida retrocedía asustada o daba un respingo con cierta aprensión, como si de pronto hubiera descubierto en mí algún defecto físico desagradable o un nauseabundo olor corporal imposible de aguantar. Si no quería follar, ¿a qué coño había aceptado venir a casa? Son ese tipo de cosas lo que me enciende, ¿sabes?, esa manera estúpida de confundir a la gente. No quería usar la violencia con ella, porque sabía que si iniciaba aquel camino es posible que tuviera que terminarlo allí mismo de forma definitiva. Entonces pensé en el citalopram y en que a lo mejor una buena dosis sería suficiente para vencer su terquedad. Me separé de ella y le prometí llevarla a su casa, pero antes le ofrecí una copa de un champán francés de exquisita calidad que acababa de recibir para que no se sintiera molesta conmigo. Ella estaba deseosa de salir de allí cuanto antes, de eso no me cabía ninguna duda, pero por no complicar las cosas o por un exagerado sentido de la educación, aceptó mi invitación. Quizá le puse más pastillas de las que eran estrictamente necesarias, porque lo primero que sintió tras beberlo fueron unas náuseas repentinas y un fuerte ataque de taquicardia. La invité a recostarse en el sofá hasta que se recuperara, circunstancia que aproveché para empezar a desabrocharle la blusa con la excusa de que necesitaba un poco de aire. Me alegró descubrir que su resistencia

había disminuido notablemente. Yo no sabía muy bien en qué medida la droga que le había suministrado iba a permitirme manejarla a mi antojo, pero la única manera que tenía de averiguarlo era actuando. Primero le abrí la blusa, y ya entonces me extasié al contemplar aquellos dos hermosos pechos de ninfa que se agazapaban con timidez bajo un breve y coqueto sostén. Después le desabroché los pantalones, gesto que apenas contó con una leve oposición, lo que me confirmó que cada vez era menos dueña de sus actos. El citalopram estaba provocando el efecto deseado. Cuando quedó completamente desnuda ante mis ojos, no pude reprimir el deseo de pasar la lengua por las partes más sensibles de su anatomía mientras liberaba mi miembro, cada vez más ansioso por tomar parte en aquella función, de las ataduras que impone la vestimenta. Te ahorraré detalles de todos los prodigios que urdí en el cuerpo aún virgen de aquella maravillosa criatura, te veo demasiado impresionable y medroso, pero cuando por fin me sacié de ella, la volví a vestir con sumo cuidado y todavía somnolienta y entumecida, tal como le había prometido, la dejé a la puerta de su casa sin que hasta la fecha haya vuelto a saber nada más de ella. El citalopram, como había previsto, cumplió a la perfección con su cometido.

»Con el tiempo fui depurando la técnica, que consistía en diluir la dosis justa en la bebida y esperar unos minutos a que empezase a hacer efecto. Como las píldoras de citalopram no siempre acaban produciendo somnolencia, empecé a mezclarlas con ciclopirrolona o benzodiazepina, y en general con cualquier fármaco similar que cayera en mis manos. Algunas mujeres apenas tardaban unos minutos en sufrir los efectos y otras, no sé por qué, parecían completamente inmunes a ellos, pero la mayor parte de las veces conseguía cosechar los éxitos esperados. El estado ideal en que pretendía dejarlas era el de la semiinconsciencia, de manera que sin darse cuenta de lo que sucedía, aún conservasen un mínimo hálito que les permitiera ejecutar movimientos por sí mismas. Durante el tiempo que duraban los efectos, ellas eran mías por completo. No hace falta ser un experto para imaginar hasta dónde me llevaba el fragor de mi deseo. La sodomía, por supuesto, era mi práctica favorita, y conforme fui perfeccionando la técnica, también me preocupé en introducir algunas otras prácticas no demasiado ortodoxas. La mayoría apenas recordaba lo que había sucedido; otras, sin embargo, guardaban cierta conciencia respecto a algunos detalles, aunque la solicitud y el cuidado con que yo las recogía de su letargo enseguida apartaban de su mente la más mínima sospecha. Ya se sabe, un chico joven, cariñoso y bien dispuesto como yo difícilmente transmite otras sensaciones que no sean de dulzura y cordialidad. Fue una época que recuerdo con inmenso placer, un tiempo que exprimí hasta sus últimas

consecuencias y que me permitió vivir al límite de casi todo. El problema es que el dinero que me habían dejado mis padres no era infinito, y las deudas que empecé a contraer cuando se me terminó me obligaron a abandonar la casa y por añadidura el lugar donde había vivido hasta entonces. Así que con apenas veintidós años y casi sin dinero en los bolsillos, pero con una amplia experiencia a mis espaldas, me vi obligado a replantearme mi futuro casi desde el principio.

Capítulo 11

No podría decir que todo volvió a ser como antes, pero al menos recuperamos un cierto grado de normalidad en nuestra relación, aunque perdimos, eso sí, un porcentaje importante de intimidad. No es que Miriam me rehusara o se negara a tener sexo conmigo, pero si no era yo quien iniciaba el acercamiento buscándola bajo las sábanas, sabía que de su parte no recibiría la más tímida caricia. Miriam consentía, es cierto, pero con una pasividad lacerante que cada vez ponía menos empeño en disimular. Su pasión se había enfriado por completo, como si ya no quedara nada en el sexo que despertase su interés. Supongo que era su manera de hacerme pagar mi error y que el placer que me negaba a mí, lo obtendría de otros.

Más allá de eso, siempre pensé que lo que más la calmó fue la sustanciosa indemnización que los sindicatos obtuvieron de la empresa como compensación (eso y mi consentimiento a que parte de ese dinero fuese invertido en nuestro nuevo coche). Si a eso le sumamos la prestación por desempleo que durante un par de años iba a seguir percibiendo, pronto comprendió que nuestra situación económica no sufriría por el momento la cuantiosa merma que en un principio preveía y, por tanto, que podíamos seguir manteniendo nuestro nivel de vida al menos a corto plazo. Sea como sea, Miriam se volcó en su nuevo trabajo con más ahínco aún si cabe de lo que venía haciéndolo, como si todo lo demás pasara a un segundo plano y su vida se basara exclusivamente en su estatus laboral. De alguna manera, se convirtió en una adicta al trabajo.

Tengo que decir también que este cambio en nuestro ritmo vida no me afectó de forma negativa; por el contrario, pasé a ejercer con mucho gusto el papel de cónyuge doméstico que me correspondía. Por eso tampoco me vino mal que Miriam se centrase con tanta obsesión en su trabajo. Yo pasaba la mayor parte del día solo y disponía de tiempo de sobras para leer, ver la tele o salir a dar una vuelta por ahí; me levantaba por la mañana a la hora que me apetecía, a veces incluso tardaba horas en vestirme, desayunaba con prodigalidad y luego me entretenía un rato navegando por Internet. Casi siempre me tocaba comer solo debido a que Miriam se quedaba a almorzar con sus compañeros de trabajo y únicamente muy de cuando en cuando hacía acto de presencia a mediodía. De modo que durante aquel tiempo me dediqué a vivir algo así como una segunda adolescencia. Disfrutaba regodeándome en aquel abandono vital tan descarado que me

permitía ser dueño absoluto de mi tiempo y vivir ajeno a casi cualquier tipo de responsabilidades. Quizá por ello fui tan poco consciente de lo que estaba pasando a mi alrededor, y al final terminé por darme de bruces con la realidad como quien se estrella contra un muro surgido de pronto en mitad de la carretera. Por si lo había dudado en algún momento, es cierto que la felicidad nos venda los ojos y nos impide darnos cuenta de la verdadera dimensión de los cambios que están teniendo lugar a nuestro alrededor.

También es cierto eso de la calma que precede a la tempestad. Y yo estaba viviendo una calma total, mi vida se mecía en una placidez tan absoluta que ni siquiera se me ocurrió pensar que fuera el augurio de algo terrible, la antesala de un terremoto devastador. Y si hubiera sido listo, algo debería haber sospechado, aunque tengo que decir en mi descargo que tampoco me preocupaba demasiado lo que Miriam pudiera estar haciendo fuera de casa, no solo porque no soy un tipo celoso o desconfiado, sino porque mi acerado egocentrismo aleja de mí toda preocupación por las actividades de los demás. Miriam vivía centrada en su trabajo y eso a mí me venía muy bien. Yo sacaba rédito de todo eso, de modo que ¿por qué preocuparme? Tampoco soy de esa clase de hombres que andan buscando a todas horas señales ocultas en cualquier cambio o en el más pequeño síntoma que no se ajuste a lo establecido. Era obvio que la forma de vestir de Miriam, su estilo, se había vuelvo más desenfadado y que incluso parecía haber encontrado cierto regusto en exhibir una buena parte de anatomía, pero jamás vi nada malo en ello. Y aun hoy, después de todo lo que pasó, sigo sin verlo. Cuidar la propia imagen nunca es negativo *per se*, y quizá porque uno va cumpliendo años y se vuelve más sensible a los detalles de buen gusto, me encantaba verla tan hermosa las pocas veces que salíamos juntos por ahí o cuando la acompañaba a algún sitio. Y, por encima de todo, ella tenía derecho a vestirse como le viniera en gana. Nunca se me hubiera ocurrido sugerirle nada en un sentido u otro, y menos aún enfadarme por eso.

En cambio, quizá sí debería haberme empezado a preocupar cuando fue alargando de manera poco razonable sus ya de por sí extensas jornadas laborales, y sobre todo cuando, según me decía, se veía obligada a asistir a cada vez más agobiantes cenas de trabajo. O cuando tuvo que largarse un fin de semana entero a una «convención» que iba a tener lugar nada más y nada menos que en Mallorca.

Podría seguir con una docena de indicios más de ese calibre que no quise ver en su momento, tal vez porque tampoco me interesaba verlos. Como he dicho repetidas veces, después del gran desastre que había seguido a mi despido, y quizá engañado por la frondosidad del paraíso en que creía estar viviendo, me desentendí casi por completo

de las actividades de Miriam y me concentré en sacarle el máximo partido a las posibilidades que me ofrecía esta nueva situación. Así que cualquiera puede imaginarse la cara de imbécil que se me quedó la tarde en que Miriam se sentó frente a mí en el sofá y me dijo sin más preámbulos que nuestro matrimonio no funcionaba y que había llegado el momento de ponerle punto final.

—No creo que tenga sentido alargar esto por más tiempo. Ya te habrás dado cuenta por ti mismo de hasta dónde hemos caído. No sacamos nada ninguno de los dos siguiendo por este camino, Gabriel.

¿Por qué camino?, tenía que haberle preguntado entonces, porque lo cierto es que yo hacía meses que no me había movido de mi sitio. Pero no era tan idiota como para no comprender que no estaba hablando de mí, sino de ella misma.

—Me extrañaría que ni siquiera tú te hayas sentido afectado por todo esto —prosiguió—. No hay que ser muy espabilado para darse cuenta de que lo nuestro se ha convertido en una burda representación de lo que debería ser una vida en común, que apenas hay nada que nos una. No voy a entrar en buscar culpables de nada, pero también sería bueno que pensases en algunas de las cosas que han acabado por llevarnos a esta situación, más que otra cosa para que no las vuelvas a repetir en el futuro.

En estos casos, lo habitual es responder a las acusaciones que empiezan a verter sobre ti con los primeros argumentos que encuentras a mano, plantar cara, luchar, rebatir, enfrentarse a lo inevitable. Pero es que yo no sabía muy bien qué decir. No podía argumentar que nuestra relación fuera excelente o que nos encontrábamos en la cúspide de nuestra vida como pareja. Lo único que podía decirle es que a mí no me parecía que lo nuestro atravesase una situación tan crítica como la que ella quería hacerme ver, que de hecho pocas veces me había sentido tan bien como ahora. Que no diéramos el modelo tipo de relación de pareja no significa que no tuviera sus puntos buenos.

—¿Qué camino? —respondí por fin, pero tan a destiempo que Miriam me miró como si estuviera frente a un idiota que no ha comprendido ni una sola de sus palabras—. Es que a lo mejor no hay que ir a ninguna parte, a lo mejor nos vale simplemente con estar, con seguir siendo.

No soy nada bueno tratando de poner en claro mis ideas, lo admito. Pero es que Miriam es una mujer demasiado obvia, apenas le interesan las sugerencias ni las sutilezas. De cualquier manera, ella ya había tomado una determinación y estaba tratando de encontrar la mejor

manera de hacérmela saber. No había ya nada que discutir, la suerte estaba echada desde hace tiempo. Eso es lo que quería que yo entendiera.

—No me obligues a ser más concreta, Gabriel, no es el momento de hacernos daño el uno al otro. Entiendes perfectamente lo que quiero decir. Lo nuestro se ha acabado del todo, está muerto, completamente muerto.

Una afirmación tan rotunda como esa no me dejaba demasiado margen de maniobra. Quizá debería haberle contestado que yo no veía ningún problema en seguir así, que a ambos nos estaba yendo magníficamente bien con aquel llamémosle intercambio de roles sociales: ella era feliz con su trabajo, ejerciendo de eficiente ejecutiva agobiada por las responsabilidades, y yo con mi apocado estilo de vida y mi nula ambición social, pero no sé muy bien por qué me dediqué a mirarla con cara de víctima y farfullé sin demasiada entonación, como si estuviera leyendo la información de un prospecto:

—Quieres decir que te vas, que vas a dejarme solo.

—Quiero decir que tú y yo hemos acabado para siempre. Y sí, me voy. Me voy de esta casa. Me marcho ahora mismo. Ya. No sé qué hago perdiendo el tiempo contigo.

Antes de que me diera tiempo a decir nada, Miriam se dio media vuelta, entró en el dormitorio y empezó como una poseída a llenar una maleta tras otra. Yo me quedé de pie junto a la puerta, incapaz de articular palabra, incluso de realizar movimiento alguno, dando la perfecta imagen de pelele que siempre he sabido representar tan bien. En ese instante ella se giró, me miró con gesto despectivo y añadió:

—Y el coche me lo llevo, por supuesto. Para algo lo hemos puesto a mi nombre.

Capítulo 12

—¿Que qué puedes hacer para sobrevivir en la puta calle sin dinero, sin un techo donde cobijarte, sin ninguna clase de recursos ni nada de valor para vender? Muchas cosas, hombre, muchas cosas. Por ejemplo, puedes robar, que es lo más fácil; puedes matar también, extorsionar, secuestrar, en fin, esas cosas que están al alcance de cualquiera y de las que encontrarás numerosa información en los medios de comunicación. ¿Cuál es el problema? Que pueden pillarte y entonces, como diría un hortera, dar con tus huesos en prisión. Y yo nunca he estado por la labor de entrar en una cárcel, ni siquiera de visita. El mundo está lleno de imbéciles que mandan su vida al carajo por cuatro perras de mierda, que se arriesgan por nada, por un estúpido botín que de ninguna manera logrará sacarlos de la pobreza. Pero más allá de esa evidencia, estaba obligado a buscar una solución rápida y accesible al problema que se me venía encima, porque de milagros y deseos no se vive, eso hasta el más idiota lo comprende.

»Lo primero que hice fue salir de la ciudad y largarme lo más lejos posible; había dejado demasiados acreedores a los que no iba a ser fácil convencer para que me condonaran las deudas. Así pues, me instalé en otra ciudad donde nadie me conociera. Alquilé una habitación bastante cochambrosa en la cual trataba de pasar el menor tiempo posible, pero no estaba en condiciones de derrochar el poco dinero que había conseguido traerme conmigo. De igual manera que había estado viviendo sin limitaciones económicas a lo largo de casi seis años, también era capaz de subsistir con lo justo el tiempo que hiciera falta. Se trata tan solo de actuar en función de las circunstancias. Recuerdo que daba largas caminatas por la zona donde vivía observando bien lo que se cocía alrededor, la gente con la que compartía vecindario, el tipo de negocios que se estilaban, etcétera. Como habrás imaginado, no vivía en uno de los barrios más lujosos. La proporción de extranjeros superaba con mucho la media y la salubridad de algunas calles dejaba bastante que desear. Pero ya en mi primer paseo comprobé que una de las actividades económicas que más proliferaba era la prostitución.

»Qué quieres que te diga, en mi situación tampoco tenía mucho margen de maniobra, y conforme pasaba el tiempo la necesidad de dinero se volvía más apremiante. Y también debo decirte que nunca me ha parecido un mal negocio, todo lo contrario. Pero había un problema básico: conseguir mano de obra, es decir, putas que

trabajaran para mí. Yo, como es lógico, todavía no había entrado en contacto con ninguna organización que me pudiera proporcionar material a precios asequibles, de modo que debía empezar buscándome la vida por mí mismo y hacerme con una porción del mercado sin provocar la animadversión de nadie. Y no fue un trabajo nada fácil, te lo aseguro.

»La primera puta la conseguí merodeando por uno de los polígonos industriales. Me llamó la atención que ejerciera apartada del resto, en un lugar poco accesible y muy mal iluminado, un mal sitio lo mires como lo mires, lo que me hizo pensar que trabajaba sola. También me llamó la atención lo rápido que se asustaba cuando algún hombre se le aproximaba a pie, y deduje que ello se debía a su fragilidad: aquella puta ejercía por su cuenta y riesgo, no formaba parte de ninguna organización ni dependía de proxeneta alguno; se trataba de una chica indefensa. Vistas mis circunstancias, no me pareció mala opción para empezar.

»Le planteé mi propuesta sin demasiados rodeos y le ofrecí un buen porcentaje sobre las ganancias. Creo que lo que más le atrajo de aquel ofrecimiento fue la protección que yo podía brindarle. Como primera medida, dejaría de ejercer en aquel espacio desangelado y hostil y pasaría a hacerlo en la parte vieja de la ciudad, es decir, en el barrio donde yo vivía. Había que empezar cobrando poco por los servicios y, antes de eso incluso, se hacía también necesario mejorar su aspecto físico. Necesitaba ganar kilos con rapidez, la extrema delgadez de sus miembros y la protuberancia de sus huesos desmotivaría a los futuros clientes y, lo que es peor, nos impediría exigir un precio razonable por sus servicios. Pero el problema más grave que hubo que solventar fue su dependencia de la heroína. Ahí es donde tuve que trabajar duro.

»Ya en aquellos años se trataba de una droga en desuso, circunscrita a los sectores más marginales de la sociedad y ampliamente rechazada a causa de sus letales efectos para la salud. Por ese motivo, su precio en el mercado había descendido mucho. En cualquier caso, yo necesitaba dinero para proporcionarle a mi puta su dosis diaria, así que, aun siendo consciente del riesgo que eso suponía y el modo en que me comprometía, no me quedó más remedio que pedirlo prestado. Pero aquel esfuerzo tuvo su recompensa: a través de esta primera puta pude trabar contacto con algunas otras chicas más, amigas o conocidas suyas, adictas o no a las drogas, a varias de las cuales conseguí convencer para que participaran en el negocio. Esa fue sin duda la mejor aportación de aquella pobre chica a la causa, porque como profesional valía bien poco. Gracias a eso, su muerte por sobredosis un año y medio más tarde apenas afectó a las cuentas. Para entonces ya me había hecho con un plantel de chicas de suficiente

nivel como para permitirme seguir ganando dinero sin problemas. De alguna manera, y aunque te suene mezquino, fue como retirar maquinaria en desuso; en esta clase de vida, mi querido amigo, los romanticismos no sirven para nada.

»El éxito más rotundo lo obtuve con Adiouma, una joven senegalesa que nada más llegar a España había perdido a su hermano y que conocí cuando ejercía la prostitución de manera esporádica y nada profesional en los lugares más insospechados y con los tipos más execrables, los cuales, en muchos casos, ni siquiera le pagaban. Yo la saqué de aquel pozo, le ofrecí un trabajo bien remunerado y le enseñé a mostrar respeto por sí misma, devolviéndola al mundo de los vivos. Era extraordinariamente atractiva, y a tenor de lo que decían los clientes, todo lo voluntariosa que se hacía necesario para no defraudar. Y aunque a veces, llevada por unas ridículas prevenciones morales y religiosas de las que no conseguí liberarla jamás, le daba por cuestionar la falta de decoro de aquel trabajo, entre advertencias acerca de lo que podía esperarle si escapaba de mi manto protector y avisos nada velados de las represalias que le esperaban si me traicionaba (en este mundo, como comprenderás, hay poco espacio para el romanticismo) conseguí que siguiera conmigo unos cuantos años.

»No te negaré que los comienzos fueron muy duros, que hubo que comprar a demasiada gente y que los beneficios tardaron mucho en llegar. Pero unos pocos años después de llegar a la ciudad, había conseguido encarrilar de nuevo mi vida. Volvía a disponer de dinero en abundancia, las chicas trabajaban bien y yo las retribuía como se merecían, e incluso conseguí trabar una buena amistad con el jefe de la comisaría de la zona. Ya imagino que la idea que puedes tener de un proxeneta es la de alguien despiadado y brutal, que abusa de sus chicas y las explota sin concederles ningún respiro. Pero tampoco es necesario actuar así. En primer lugar, exceptuando a Adiouma, yo normalmente no me acostaba con ellas. Se trataba de mis empleadas, no de mis concubinas. Les exigía, eso sí, como cualquier empresario exigiría a sus trabajadores, absoluta honestidad y total compromiso, pero también les concedía un espacio propio y permitía que disfrutasen de abundantes periodos de descanso. Si alguna quería dejar de trabajar conmigo, solo tenía que devolverme todo el dinero que yo había invertido en ella y, a partir de ese momento, era libre para ir donde le apeteciese. Si tienes buena mano para tratar con la gente y sabes resultar convincente, ni siquiera hace falta abusar de la mano dura.

»Te he contado ya algo de Adiouma, ¿verdad?, la que fue mi estrella durante un tiempo, mi debilidad por aquel entonces. Pero es que esa

chica tenía algo especial, resultaba imposible no sentirse atraído por su físico, su capacidad para provocar deseo era infinita. No podía retirarla del negocio porque una parte importante de los ingresos provenían de ella, pero al mismo tiempo la deseaba para mí, quería que fuese mi chica, que fuese mía. No sé si llegué a estar enamorado de ella, aunque no lo creo —mucho me temo que por suerte soy inmune a esa clase de debilidades de la mente—, pero te puedo asegurar que la deseaba con todas mis fuerzas.

»Debo admitir que tengo un problema cuando me dejo llevar por mis impulsos más primarios: me gusta exprimirlos al máximo. Para mí, el sexo no se reduce tan solo a ese juego de caricias y gemidos que parece ser suficiente para la mayoría; para mí, exige ante todo apurar hasta el límite las posibilidades que ofrece cada cuerpo, es investigar, rebuscar en las oquedades más íntimas, en los pliegues menos visibles, es incluso extraer placer de donde otros solo encuentran dolor o servidumbre, es en suma implicarse hasta llegar a la entrega absoluta y la total abducción. Ahí, te lo reconozco, fui mal empresario: los productos que están disponibles para la venta no deben ser nunca de uso del vendedor, acabas maleándolos y estropeándolos. Y yo maleé demasiado a Adiouma. Primero porque le consentí más de lo que hubiera sido recomendable, porque la mimé en exceso y porque le concedí demasiados caprichos; y luego porque me excedí en algunos juegos, y también porque las marcas que iba dejando en su cuerpo eran demasiado explícitas. A veces estas cosas se te van de las manos, ya sabes. Y nadie está libre de cometer errores.

»Nunca supe muy bien qué pasó. Como te he dicho, supongo que a consecuencia de su férrea educación religiosa, Adiouma siempre se había sentido culpable por dedicarse a este trabajo, y a veces era víctima de fuertes remordimientos que a menudo la hacían llorar. Y por mucho que me esforcé en explicarle cuánto tenían de liberador y de sublime aquellos juegos lascivos en los que tanto me gustaba enredarme, nunca llegó a aceptarlos de buena gana. En cualquier caso, tampoco le di demasiada importancia; nunca pensé que aquellos lamentos pudieran tener mayores consecuencias, entre otras razones porque para mí apenas pasaban de rabietas de niña mimada. Pero un día conoció a un compatriota suyo e hizo amistad con él. Adiouma no era de las putas más baratas, pero por lo visto aquel tipo ganaba el suficiente dinero como para contratar sus servicios. Y supongo también que, tan conmovido por su desdicha como arrebatado por su belleza, empezó a considerar la posibilidad de sacarla de allí y huir juntos de esta sociedad corrompida y viciada en que ambos habían caído sin proponérselo, para instalarse en otro lugar donde iniciar una vida más acorde con los preceptos sagrados de su religión. Cuando me

enteré, no me quedaron demasiadas alternativas. Nunca he sido partidario de complicarme la vida sin necesidad, las decisiones drásticas solo deben tomarse cuando es estrictamente necesario. Si hubiera sido otra chica, tal vez habría podido incluso hacer la vista gorda, no lo sé, pero Adiouma era la musa del negocio, y sobre todo hubiera sentado un precedente inaceptable para todas.

»Quitarnos a aquel tipo de en medio no fue difícil, y el hecho de que fuera extranjero jugó a nuestro favor: nadie exigió resultados inmediatos ni hubo presiones externas sobre la policía. Además, había cometido el error de contarle a un compañero de trabajo algo sobre cierta chica que había conocido y con la que tenía planeado fugarse. Así que el caso se cerró pronto, prácticamente al poco de iniciarse, y en apenas unas semanas volvimos a respirar tranquilos.

»Dejando de lado este incidente, que me gustaría que quedase como lo que fue, una anécdota más, el imparable crecimiento de Internet y las enormes posibilidades que abría me permitió ampliar el negocio y ofrecer nuestros servicios a un sector de población cada vez mayor, y aquello sí que supuso un verdadero salto cualitativo en todos los sentidos. Además, el dinero fácil siempre ha sido un buen reclamo para las ambiciosas, y mi nómina de asalariadas aumentó en la misma proporción. También permití que mis chicas trabajaran en algunas películas baratas, en general no se cobraba mucho pero servía para complementar los ingresos habituales. Además, cuantos más excesos y más depravación había en los guiones, mayores eran las cantidades que recibíamos todos, ellas incluidas, por supuesto. Es verdad que en un principio algunas mostraron reparos en protagonizar cierta clase de cintas, pero, como creo haber dicho ya, si alguna de esas lógicas reticencias iniciales amenazaba con convertirse en una férrea negativa, tenía argumentos de sobra a mi disposición para hacerlas entrar en razón enseguida. Hasta el más tonto es capaz de comprender que con escrúpulos no hay negocio que pueda prosperar.

Capítulo 13

Al irse, Miriam no solo se llevó consigo el coche, sino que dejó íntegra a mi cargo la hipoteca del piso, que no por reducida dejaba de resultar bastante gravosa, al menos en mi situación. Ya sé que podía haber acudido a los tribunales para exigirle a mi todavía esposa legal la aportación económica que le correspondía, pero preferí dejar las cosas como estaban. No es que conservase la esperanza de recomponer en un futuro nuestra truncada relación, pero lo que estaba por completo fuera de mi ánimo era entrar en disputas con nadie, y menos aún con ella. Nunca he sido de esa clase de tipos que parecen disfrutar creando situaciones de conflicto a su alrededor. Con un disgusto que llevarme por delante era más que suficiente.

Por ese motivo, mi vida, ya de por sí de una modestia ejemplar, pasó a convertirse en un auténtico monumento a la parquedad. Pero lo cierto es que yo tampoco necesitaba más. Incluso en determinado momento llegué a pensar en desprenderme de parte del mobiliario de la casa por innecesario. Con una cama para dormir y una mesa donde comer era más que suficiente. Si de algo puedo presumir es de que a lo largo de los años he sabido conformarme siempre con lo justo, casi diría que con lo imprescindible, sin que la posibilidad de poseer más o menos objetos tenga para mí la menor importancia. Mi alejamiento de la ostentación y de las imposiciones sociales no es una mera pose. De esa manera, además, podía dedicar parte de mis reducidos ingresos a cosas que merecieran realmente la pena, como por ejemplo la música.

Una de mis carencias formativas más flagrantes ha sido desde siempre la musical, así que, digamos que en un ataque de exacerbación artística, me dio por apuntarme a una escuela de música que había cerca de casa para tomar clases de guitarra. Nunca hasta entonces había mostrado el menor interés por tocar instrumento alguno, de hecho no recuerdo haber sentido inclinaciones musicales en mi juventud, pero como ahora disponía de todo el tiempo del mundo, me pareció una buena idea con la que ir llenando mis largas horas de asueto. No sé muy bien por qué escogí la guitarra, quizá porque el violín o los instrumentos de viento me resultaban demasiado exigentes, o tal vez pensé que, puesto que no tenía la menor intención de dedicarme profesionalmente a la música, un instrumento más liviano e informal, como la guitarra, encajaría mejor en mi forma de ser.

A los treinta y tres años los dedos de la mano ya se han desarrollado

por completo, por lo cual resulta imposible adquirir la destreza necesaria para convertirte en un buen intérprete, aunque eso, la verdad sea dicha, me daba igual. Yo disfrutaba como un niño deslizando mecánicamente mis gordos dedos por el traste e intentando extraer de aquel artilugio sonidos que no resultasen del todo desagradables al oído. Pese a ello, era consciente de que, por mucho empeño que pusiese, jamás lograría convertirme en un buen guitarrista, así que mis continuos fracasos tampoco me afectaban demasiado. Como se dice vulgarmente, yo era inmune al desaliento.

Sin embargo, en la misma academia donde yo invertía mensualmente una nada despreciable suma de dinero a cambio de ningún avance notable, había también una muchachita de no más de dieciséis años cuya destreza me dejaba a menudo boquiabierto. Siempre he admirado la sensibilidad femenina para las artes, sobre todo para aquellas disciplinas que exigen una refinada receptividad sensorial, y Sonia, que era como se llamaba la joven, representaba el mejor ejemplo de ello. Sin aparente esfuerzo, era capaz de extraer de su guitarra un universo sonoro tan complejo y tan abundante en matices que cada vez que la escuchaba me sentía absolutamente subyugado. Contemplar cómo sus estilizados dedos de avezada guitarrista se movían con sutileza sobre los grises trastes del mástil me parecía el súmmun de la estética. A veces, cuando la oía tocar en una de las aulas, por muy lejos que llegaran sus notas, me esforzaba en aguzar al máximo el oído para, repudiando el resto de sonidos que trepidaban a mi alrededor, disfrutar con plenitud de su talento musical. Sonia era además la niña mimada de la profesora, algo normal si tenemos en cuenta que se trataba de la única alumna en la que podía encontrar una compensación no económica a sus esfuerzos didácticos. De hecho, al poco tiempo de entrar yo en la academia la animó a que se lanzará a ofrecer su primer recital en público. Creo que aceptó no tanto porque confiara en sí misma, sino porque no hubo alumno de la academia que no le insistiera para que aceptase aquel reto.

No habíamos hablado demasiadas veces ella y yo, aunque nos conocíamos lo suficiente como para que mi presencia en aquel concierto no resultara extraña para nadie. En el aula, quizá un tanto amilanada por su papel de alumna siempre sometida al criterio del profesor, me había dado la impresión de ser una chica tímida y reservada, poco dada a reacciones extemporáneas. Pero en el escenario, sin más contrincante que ella misma, pareció engrandecerse como la gran artista que era y se apropió por completo de toda la sala, cosechando a su término una amplia ovación y el reconocimiento sincero de todo el público.

Yo no quería abandonar aquel lugar sin decirle antes cuánto me había gustado su actuación, porque era verdad que me había seducido por completo. Aún me duraba el sobrecogimiento y de alguna manera tenía la necesidad de hacérselo saber, y también de transmitirle mi agradecimiento por el magnífico momento que me había regalado, así que al término del concierto me quedé un rato más en la calle aguardando el momento de su salida. Pero cuando lo hizo, anticipándose a mí y a cualquier otro que, como yo, estuviera esperándola, surgió de no sé muy bien dónde un muchacho a simple vista unos cinco o seis años mayor que ella, de aspecto descuidado y modales algo bruscos, y colocó sus labios sobre los de Sonia dando lugar a un beso tan estremecedor que pareció detener el mundo a su alrededor. No sabría decir por qué me afectó tanto, pero la realidad es que me dejó descolocado, petrificado más bien, a apenas un par de metros de ellos, sin saber qué hacer ni qué decir. A cambio, pude ver con detalle cómo sus lenguas se entrecruzaban con descomunal ansiedad, dando lugar a una demostración amatoria tan poco recatada como incontestable. Cuando se separaron, Sonia reparó por fin en mi presencia y me saludó con total naturalidad, como si no hubiera pasado nada, es decir, como si aún no llevara en sus labios la saliva caliente de otra boca que no era la suya.

—Qué alegría, Gabriel, verte también por aquí. Gracias por venir.

Y me dio dos besos que apenas me rozaron las mejillas.

Más allá de aquel incidente, se la veía radiante, absolutamente feliz, consciente de hasta qué punto había brillado en el concierto. Yo le dije cuánto había disfrutado escuchándola, y añadí, en un halago que demostraba mi falta de conocimientos musicales, que pocas veces había oído interpretar «Recuerdos de la Alhambra» con tanta aflicción. Entonces, no sé bien a cuento de qué, Sonia me presentó al muchacho que justo hacía unos segundos acababa de comerle la boca.

—Gabriel, te presento a Kike. Kike, este es Gabriel. Estudia guitarra conmigo en la academia de música. Está empezando ahora, pero ya se le ven maneras.

Estreché su mano con más resignación que afecto y acompañé aquel gesto con un «hola» poco convincente. Luego llegaron algunas amigas más y entonces no me quedó más remedio que pasar a un insignificante segundo plano. En ese momento sentí que se apoderaba de mí una creciente e irremediable sensación de ridículo.

Ni siquiera hice mención de despedirme. No hacía falta ser un lince para darse cuenta de que si alguien sobraba en aquel grupo informal que se acababa de crear era yo. Así que admití mi derrota y me di la

vuelta, convencido de lo poco que me unía a Sonia y de que nuestro mutuo interés por la guitarra era a todas luces insuficiente para crear un lazo de amistad entre nosotros, por básico que fuese. Había tanta diferencia de edad que cualquier propósito en ese sentido quedaba anulado por extemporáneo. «Si algún día esta chica adquiere reconocimiento internacional», me dije para consolarme, o tal vez buscando el lado positivo del asunto, «podré decir que fui de los primeros en disfrutarla». Eso, al menos, no podría quitármelo nadie.

Sin embargo, no había dado ni tres pasos cuando una mano se posó en mi hombro y me detuvo.

—¿Ya te vas? ¿No te vienes con nosotros a tomar algo por ahí para celebrarlo?

Era Kike, el «amigo» de Sonia que ella misma acababa de presentarme. Aquello me desconcertó tanto que no supe qué decir. No solo no me lo esperaba, sino que en un primer momento pensé que aquella invitación no iba dirigida realmente a mí.

—Demasiadas chicas para mí —añadió sonriente, en alusión a las amigas de Sonia que en este mismo instante la rodeaban—. Tómate una cerveza con nosotros y así me haces compañía.

No sé muy bien por qué no rehusé aquella invitación tan inverosímil y me atrevería a decir que antinatural. Estaba claro que yo no pintaba nada dentro de aquel grupo juvenil, mi presencia desentonaba de modo flagrante, convirtiéndome a lo sumo en un mero detalle de exotismo, en una vieja figura de porcelana china que alguien ha dejado por descuido en un muestrario de grabado contemporáneo. Probablemente doblaba la edad a la mayoría de aquellas chicas, y de algunas incluso podría pasar por su padre. Pero el caso es que sin pensármelo dos veces, como llevado por un rapto inesperado que desde luego no nació de mi cerebro, decidí aceptar aquel ofrecimiento y me quedé con ellos, o mejor dicho, me quedé con Kike, ya que fue el único de todo el grupo con el que tuve lo que se podría llamar una conversación al uso.

Por lo visto, hacía apenas dos meses que conocía a Sonia. No me contó demasiadas cosas sobre ella, aunque de las pocas palabras que le dedicó deduje que había un afecto real entre ambos. No podría decir con seguridad si eran novios formales, aunque el beso que le había regalado hacía un rato indicaba que sí. Me contó que él era estudiante de Filosofía, pero que estaba pensando en abandonar la carrera porque la enseñanza reglada, con clases presenciales y aburridos libros de texto, le parecía un error y una pérdida de tiempo. Me resultó un tipo curioso, de esos que tienen mil proyectos en la cabeza pero que a la

hora de la verdad nunca los llevan a cabo. Tenía labia, sabía contar las cosas sin que resultasen pesadas o recurrentes, se le veía un tipo con sentido del humor y además era guapo. «Te has llevado a una chica que no te mereces», debía haberle dicho, pero ni aunque hubiera habido confianza entre nosotros me habría atrevido a tanto. Además, era un asunto que no me concernía para nada.

Por mi parte, no soy demasiado amigo de entrar en confidencias con desconocidos (y tampoco con conocidos, para qué engañarnos), pero aun así le conté que había roto con mi mujer hacía poco y que en ese momento me encontraba en paro. También le dije que mi afición por la guitarra había nacido tan solo hacía unos meses y que, a pesar de lo que había dicho Sonia al presentarme, era un negado total para la música. Creo que no le conté mucho más sobre mí, no tanto por pudor, sino porque siempre he pensado que mi vida no es un tema de conversación interesante para nadie. Y menos aún para mí.

Me hubiera gustado haber hablado algo con Sonia, que era la verdadera razón por la que había aceptado la invitación, pero cuando dejamos el bar, ella y Kike se disculparon aduciendo que tenían cosas que hacer y nos dejaron allí abandonados a aquel colectivo de estrógenos que formaban sus amigas y a mí, quienes un poco superados por las circunstancias nos limitamos a mirarnos sin saber qué decir. Visto lo visto, dado que ya nada bueno podía sucederme aquella noche y alargar la situación solo podía provocar incomodidad a ambas partes, me despedí de las muchachas, di media vuelta y regresé sin más pretextos a casa. De camino, aún me dio por pensar que mi inapropiada presencia aquella tarde tal vez sirviese para que aquellas chicas se echasen al menos unas cuantas risas a mi costa. Menos es nada.

Fue a la semana siguiente, justo al final de una de las clases, cuando Sonia salió a mi encuentro. Primero me agradeció mi asistencia a su recital y mis palabras de ánimo, estaba realmente feliz por la manera en que todos la habíamos tratado y se sentía, me dijo, en deuda con todos nosotros. En esta ocasión, sin embargo, después de haberla sorprendido enfrascada en aquel beso tan espectacular —y me atrevería a añadir que tan intempestivo— con su novio, me resultó imposible volver a ver en ella a la joven talentosa y aplicada que descubrí en las primeras clases. Ahora Sonia me parecía más adulta, más experimentada y, por tanto también, más tergiversadora; de alguna manera, la viva inocencia que pudo llegar a transmitirme al principio se había desintegrado casi por completo. Aunque suene a frase hecha, siempre he creído que la edad es algo que se lleva en el

cerebro más que en el cuerpo.

Pero fue cuando me preguntó si tenía prisa, ya que quería hablar un momento conmigo, cuando volví a desubicarme por segunda vez. Como he dicho antes, nuestra relación dentro de las paredes de academia era bastante formal, y fuera de ellas, inexistente. No creo que hubiera muchas cosas de las que ambos pudiéramos conversar, más allá de acordes, notas y arpegios, asuntos en los que además Sonia me superaba con amplitud. En cualquier caso, dado que no dejaba de resultarme una chica simpática y agradable, accedí sin reparos a su petición y nos fuimos a tomar un café a un bar próximo.

Siempre he sido consciente de que mis aptitudes musicales son completamente nulas. Por ese motivo, los halagos que Sonia me regaló al poco de comenzar nuestra conversación nunca llegaron a afectarme. Y menos aún pude tomarme en serio su propuesta de hacer un dúo musical conmigo, de empezar a ensayar algunas piezas juntos que, llegado el momento, pudiéramos interpretar en público. Ella era una guitarrista con talento y yo un simple pulsa cuerdas, una completa nulidad como artista; ni por asomo llegué a creerme que estaba hablando en serio. Desde el primer momento tuve claro que tras aquella propuesta insensata había algo más, que se trataba de un subterfugio que escondía otros objetivos, algún propósito escabroso de difícil coartada. Por eso no me sorprendió nada lo que dijo a continuación.

—También querría pedirte un favor, Gabriel. Es un tema un poco delicado, pero sé que eres buen tío y que me entenderás perfectamente. Mira, Kike y yo llevamos ya un tiempo juntos, pero ambos vivimos con nuestros padres y necesitaríamos un lugar donde poder vernos, supongo que ya me entiendes, un lugar con intimidad. Ya sé que así a simple vista puede parecer una petición abusiva, pero tú vives solo, ¿no?, y hemos pensado que a lo mejor no te importaría dejarnos tu casa de vez en cuando, sería solo un rato, y te aseguro que no mancharíamos nada ni eso, somos muy cuidadosos, en ese aspecto no te crearíamos ningún problema, te lo prometo.

Si todavía no había sabido encajar con deportividad el golpe recibido cuando la sorprendí besándose con su novio a la salida del concierto, la petición que acababa de hacerme me dejó completamente noqueado. Quería que les prestara mi casa para acostarse juntos, ese era el motivo por el que deseaba hablar conmigo: buscaba mi complicidad para fortalecer aquella relación que, para qué negarlo, tan pocas simpatías despertaba en mí. Lo del dúo y toda esa mandanga de tocar juntos era el precio que estaba dispuesta a pagar por mi consentimiento. Tal vez yo fuera el único de sus conocidos que

tenía piso propio, o quizá les había parecido lo suficientemente idiota como para pensar que iba acceder sin más a su petición, alguien a quien se puede manipular usando recursos de adolescente. No sé si sentí lástima de mí mismo o tan solo decepción, pero en cualquier caso ni siquiera tuve deseos de oponerme, como si mi opinión apenas tuviera importancia, o como si en efecto no me importase dejarme utilizar como un pelele.

—¿Quieres que os deje mi casa? —Ella me miró con tanta expectación que creí advertir un resplandeciente brillo en su mirada; fue sin duda la señal que faltaba para que me sintiera desarmado por completo, para volver a caer rendido a sus pies como un esclavo ante su amo— No sé, en fin, en realidad tampoco es tan grave, ¿no? Siempre y cuando no abuséis, bueno, no veo demasiados problemas. Si ambos estáis de acuerdo, no creo que yo pueda decir mucho al respecto, ¿no te parece?

Su sonrisa fue todo lo que yo necesitaba como recompensa: una sonrisa que iba dirigida solo a mí, y que por si fuera poco era absolutamente sincera.

—Joder, tío, gracias —dominada por el entusiasmo, se abalanzó para darme dos besos en las mejillas—. Eres mucho mejor tío de lo que creía, en serio. Uffff, cuando se lo cuente a Kike…

—Y por lo del dúo no te preocupes —añadí para acabar de redondear el pastel—. No hace falta que te sacrifiques tanto. Tú eres mil veces mucho mejor guitarrista que yo, solo conseguirías echar a perder tu carrera.

Tampoco era tan grave, en eso tenía razón. Aquella chica, a pesar de todo, me caía bien. Y a mí me costaba muy poco concederle aquella prerrogativa. Se trataba de prestarles mi dormitorio de vez en cuando, nada más que eso, una concesión que además no me exigía ningún esfuerzo. Y de esa manera la hacía feliz. No se gana nada encerrándonos a cal y canto entre nuestras cuatro paredes, a veces ser generoso con los demás tiene su recompensa: nos hace sentirnos bien, por ejemplo, o simplemente nos sentimos importantes al comprobar que nuestras acciones generan felicidad en los demás. Si no recuerdo mal (hace tanto tiempo que dejé el instituto que confundo los nombres con facilidad), creo que era Aristóteles quien decía que la virtud se premia a sí misma. Y al menos en este instante concreto de mi vida, estaba convencido de que el griego tenía razón.

Capítulo 14

—Cuando empiezas a hacer dinero de verdad, casi sin que lo busques te llueven del cielo cientos de oportunidades para incrementarlo. Es una de las cosas que he aprendido en esta vida: *dinero llama dinero*. Hay tipos insignificantes que se dejan la piel tratando de sacar adelante proyectos arriesgados que al final se vienen abajo porque les falta lo primordial: dinero para ponerlos en marcha. Y yo ahora nadaba en dinero. Tenía tres clubes montados en la capital y el negocio estaba funcionando mejor que nunca. Además, en los últimos tiempos me había llegado material de primera calidad y la clientela no escaseaba. ¿Qué más necesitaba para complicarme la vida? Acuérdate de que en aquellos años había en este puto país un negocio boyante del que casi todos sacaban tajada: la construcción. Así que me asocié con un tipo que había pasado varios años dedicado a la albañilería, no demasiado inteligente pero sí muy voluntarioso, y nos dedicamos a levantar moles de ladrillos en casi cualquier espacio susceptible de ser edificado que encontramos. En dos años iniciamos tres urbanizaciones en los alrededores de la capital y unos cuantos bloques de viviendas que duplicaron por diez mis ganancias. Esos sí que fueron buenos tiempos.

»En aquella época, cómo me acuerdo ahora, incluso me quedé para mí con una de las putas que nos llegaban del este. Mi relación con Adiouma, después de lo que había pasado, estaba definitivamente acabada; de hecho, hacía tiempo que había prescindido de ella traspasándola a un empresario de otra ciudad —en estos casos siempre es mejor alejarlas lo más posible de tu entorno, no hay nada peor que crear mal ambiente entre el personal—. De modo que en cuanto vi a Mirela supe que la quería para mí. Ahora sí que podía permitírmelo. Y te puedo decir que no me decepcionó lo más mínimo. Mirela estaba libre todos esos prejuicios religiosos que habían echado a perder a Adiouma y, lo que es mejor, dispuesta a experimentar hasta sus últimas consecuencias el infinito mundo del placer. Con ella me entregué a toda clase de perversiones, juntos recorrimos los más delicados vericuetos del deseo y la lascivia. Pero no temas, no te daré detalles, prefiero dejarlo a tu imaginación, que siempre será mucho más fecunda y retorcida. Además, son cosas que requieren una sensibilidad especial para ser apreciadas, y tú, mucho me temo, careces de ella. Solo te diré que, al menos en ese aspecto, no hice nada de lo que antes o después haya tenido que arrepentirme. El arrepentimiento, además, es una debilidad propia de mentecatos y

cobardes. Y yo soy más partidario de otro de esos refranes con que las abuelas nos aburrían en la infancia: a lo hecho, pecho.

»Una de las muchas cosas que te proporciona el dinero es facilidad para hacer contactos, para llegar a las esferas más altas. Y si encima te dedicas a la especulación urbanística, a la fuerza, y casi sin que te des cuenta, acabas estrechando relaciones con el mundo de la política. Y te diré una cosa: nada hay más ridículo y pretencioso en esta vida que la política. Pura banalidad. Pura fachada. Y por si fuera poco esconde la mediocridad más aplastante que te puedas echar a la cara. No te puedes imaginar la de palurdos que hay metidos a alcaldes y concejales, por otra parte las presas más fáciles con las que te hayas tropezado nunca. Fáciles y baratas, todo hay que decirlo. Si yo te dijera las minucias por las que se venden algunos… Cuatro regalos de mierda y ya los tienes comiendo en la palma de tu mano: un par de viajes lujosos, alguna que otra cena en restaurantes bien escogidos, unos cuantos trajes con que asistir a las recepciones de rigor… Con menudencias como esas ya consigues aligerar considerablemente el papeleo e incluso te ahorras más de un trámite absurdo. Y si de lo que se trata es de acceder a determinadas licitaciones públicas, lo mejor son las donaciones a los partidos. Menudo invento los partidos políticos… Ahí sí que tendría para escribir un libro, pero un buen libro de terror, ja, ja, ja.

»¿Quieres que te diga de verdad lo que mejor funcionaba? Las putas. Una buena noche de putas te abre el despacho de los más cerriles. No hay casi nada que una buena puta no pueda conseguir. No te daré nombres, a estas alturas ni a ti ni a mí nos interesan esas cosas, pero hasta alguno hubo de esos que luego salían en los periódicos y en las revistas. Recuerdo un alcalde que se pasó mes y medio viniendo todas las noches a uno de mis clubes. Menuda pieza el politicucho. Venía expresamente del pueblo para echarse un polvo. Al final hubo que pararle los pies. Una cosa es que seas generoso con quien puede facilitarte las cosas y otra que te tomen por un imbécil al que pueden usar para todo lo que se les antoje. Y por eso no paso. Que un idiota sin sustancia posea la firma que te va a permitir construir un lujoso pabellón de deportes en un roñoso pueblo de mierda que no llega a los cien habitantes no significa que se crea con derecho a reírse de ti o, emulando su impresionante riqueza verbal, “a tomarte por el pito del sereno”. Faltaría más. Hay cosas por las que no se puede pasar, ya me entiendes. No solo está en juego tu prestigio, es mucho más que eso: se trata de exigir ese mínimo respeto que debe prevalecer en todo negocio, algo a lo que nunca estaré dispuesto a renunciar. Normalmente estas cosas se resuelven con una rápida conversación entre amigos, dos palmaditas en la espalda y un “hala, venga, que no

se vuelva a repetir, ¿vale?”. La mayoría se da cuenta del terreno que pisa y cuáles son las reglas, y entra en razón con rapidez.

»Pero ¿qué sucede si el político de turno se cree intocable y amenaza con irse a la prensa a contarlo todo? Ya te he dicho antes que no soy demasiado partidario de tomar soluciones drásticas sin necesidad, y a veces con un simple chantaje de manual, unos papeles demasiado comprometedores que pueden salir a la luz o una velada referencia a la buena salud de su familia es suficiente. Pero en cierta ocasión nos topamos con uno que iba de gallito, tú ya me entiendes, y hubo que elevar las amenazas hasta donde a nadie nos gusta. ¿Cuál fue el problema? Pues lo habitual en estos casos: quería más dinero y más poder, exigía no solo una lógica compensación por su colaboración, sino tomar parte activa en el negocio, llevarse un porcentaje de los beneficios. Nos amenazó con llevar todo el asunto ante los jueces, estaba dispuesto incluso a cargarse su carrera política con tal de salirse con la suya; por lo visto se trataba de uno de esos tontos suicidas que se piensan que si se pegan un tiro en la sien conseguirán llevarse a alguien más por delante. Tenía cierto peso en el partido, así que había que hacer las cosas con tiento, sin precipitarnos ni cometer errores innecesarios. Dado que no tenía familia, hubo que actuar directamente sobre él. No creas que tengo el menor prejuicio en quitar de en medio a quien me estorba, y te aseguro que en determinado momento estuvimos planteándonos muy en serio esa posibilidad. Pero todo, al final, resultó mucho más sencillo que eso. Instalamos cámaras en su domicilio, grabamos cada uno de sus movimientos durante varias semanas, reventamos su correo electrónico y sus cuentas personales y, lo que a la postre resultó más efectivo, entramos desde su dirección IP en todas las páginas de pornografía infantil que encontramos en la red y llenamos su disco duro con miles de imágenes y videos donde menores indefensos eran sometidos a las mayores vejaciones. Y por si todavía quedaba alguna duda, realizamos varias fotografías de niños desnudos en su propia casa, algunos de ellos con muestras de haber sido espantosamente violados. En unas semanas tan solo lo habíamos convertido en uno de los mayores pederastas del país. Nos salió caro, este tipo de trabajos se tienen que encargar a verdaderos profesionales, pero mereció la pena. Al final, llegó por sí mismo a la conclusión de que era mucho mejor conformarse con la cantidad que desde un principio le habíamos ofrecido que arriesgarse a ir a la cárcel por un delito que, además de hacerlo merecedor del desprecio de la opinión pública, lo convertiría en objeto de capricho de otros presos. Todavía guardo ese disco duro en mi poder, por si un día se decidiera a hablar más de lo recomendable. En estos temas, todas las precauciones son pocas.

Capítulo 15

Lo que más me molestaba era encontrarme algún calzoncillo tirado por ahí siempre en el lugar menos apropiado, a la vista de cualquiera, o sus viejas y malolientes zapatillas deportivas abandonadas en medio del pasillo, para que me tropezara con ellas cada vez que me levantaba por la noche para ir al baño. Nunca he sido un amante del orden, de hecho tiendo a amontonar los papeles de propaganda con que nos bombardean los buzones en el primer sitio que veo, o dejo durante semanas la ropa sucia, pendiente de la lavadora, sobre el respaldo de alguna silla. Aquella era mi casa y por tanto podía permitirme cierto grado de abandono sin molestar a nadie. Sin embargo, aquel joven, al que había acogido por tiempo indefinido en mi hogar, debía hacerse cargo de su situación: vivía de prestado en un piso que no era el suyo, lo cual lo obligaba a aceptar ciertas reglas y a mostrar un poco de respeto hacía su propietario, o sea, hacia mí. Me parece que permitirle dormir en mi casa ya suponía un gesto de generosidad más que notable por mi parte; lo mínimo era que él, en contrapartida, tratara de pasar desapercibido la mayor parte del tiempo, o cuando menos de no llamar la atención más de lo imprescindible. Son cosas que no me gusta hacer, siempre he detestado las situaciones violentas, al final acaban por generar un mal ambiente que a nadie beneficia, pero se estaba ganando a pulso que tarde o temprano tuviera que llamarle la atención.

Hacía ya unas semanas que Kike, el novio de Sonia, vivía en mi casa. Todavía no sé muy bien cómo ni por qué lo permití. Es cierto que su situación se había complicado mucho en las últimas fechas: por lo visto, había discutido violentamente con su padre y, según me dijo, este le había negado la entrada en casa de manera definitiva. Los padres de Sonia tampoco aceptaban de buen grado la relación que mantenía con su hija, lo que hacía imposible cualquier clase de ayuda por esa parte. Según me dijo, solo le quedaba yo. De cualquier modo, el propio Kike era consciente del abuso que esto suponía, y tanto él como Sonia me estaban muy agradecidos por la forma en que me había comportado con ellos; a menudo me insistía en que nunca habrían llegado a este extremo si hubiesen tenido otra alternativa. «Me apañaré sin problemas en la habitación del ordenador», me dijo cuando me pidió mi ayuda, «echamos un colchón en el suelo y a mí con eso me vale».

Vivo en una casa pequeña, de solo dos habitaciones, ni siquiera

puedo ofrecer un dormitorio para invitados. Ambos la conocían bien porque a menudo iban allí a hacer el amor. Pero una cosa es prestarles de cuando en cuando mi cama para sus encuentros amorosos y otra muy distinta alojar las veinticuatro horas del día a un joven que, por otra parte, no guardaba ninguna relación conmigo. Estaba claro que si me hubiera negado tampoco habría quedado como un egoísta; de hecho, tan razonable era decir sí como decir no. Pero el caso es que dije que sí, que si solo iba a ser por unos días, Kike podía quedarse a dormir en mi casa. Recuerdo que esto sí lo remarqué bien clarito: a dormir. Y lo cierto es que durante los tres o cuatro primeros días, el susodicho solo aparecía por casa a partir de las nueve o nueve y media de la noche, y antes de las diez del día siguiente ya estaba de nuevo en la calle. Pero se ve que poco a poco fue cogiendo confianza y cada día amanecía un poco más tarde, de manera que a la semana y media no salía de casa hasta la hora de comer, y a las dos semanas ya hacía más uso de mi ordenador que yo mismo. La cosa se desmadró hasta tal punto que dos semanas después era la propia Sonia la que venía a visitarlo cuando acababa su horario escolar y ambos se pasaban las tardes enteras encerrados en la habitación, sin que por lo visto se les ocurriera que a lo mejor también yo tenía necesidad de usar el ordenador. Sé que esto que voy a decir quizá suene despreciable y sucio, pero el único consuelo que yo obtenía de aquellas visitas eran sus gemidos y las risas entrecortadas que, traspasando las estrechas paredes de la habitación, tenían la virtud de llenar el anodino ambiente de mi casa de pasión y entusiasmo, o lo que es lo mismo, de ganas de vivir.

Tengo una hermana cinco años mayor que yo con dos hijos a los que veo muy de vez en cuando. Vive en un pueblo a unos treinta kilómetros de mi ciudad, y por ese motivo nuestro contacto se limita a un par de encuentros anuales y poco más. No hay, pues, demasiada confianza entre nosotros. Sin embargo, hacía un par de días había recibido una llamada suya invitándome a comer en su casa el sábado siguiente. A pesar de nuestro distanciamiento, no encontré ningún motivo razonable para no acudir, así que acepté. Quizá, me dije también, dadas las condiciones en que se estaba desarrollando mi vida, no me vendría mal estrechar un poco las relaciones familiares —las cuales, debido en buena parte a mi apatía social, había descuidado más de lo debido—, teniendo en cuenta además que, como bien se sabe, son las únicas con las que puedes contar cuando todo lo demás empeora. Esa circunstancia, quiero decir mi prolongada ausencia durante ese día, le dio pie a mi pareja de huéspedes a anunciarme que, si no tenía inconveniente, aprovecharían para pasarse el sábado entero

sin salir de casa, «descansando» según sus propias palabras. Insistieron mucho en que no debía preocuparme, que ellos cuidarían perfectamente de la casa durante mi ausencia y que a mi vuelta lo encontraría todo en perfecto estado. A pesar de esa promesa —aunque debería decir que más bien «a causa» de esa promesa—, ya empecé a sospecharme algo cuando segundos después de lograr mi aprobación, los dos tortolitos tomaron al asalto la cocina y se prepararon uno de esos desayunos pantagruélicos que en otros países de latitudes más septentrionales suele servir de sustento hasta la noche. No era tan tonto como para no saber que hay gestos que, más allá de su alcance práctico, albergan un valor cualitativo que nunca se debería tomar a la ligera.

Cuando subí al autobús de línea, todavía me sentía un poco enfadado. Me irritaba sobre todo que aquella pareja pudiera pensar que yo era estúpido y que no me estaba enterando de nada, es decir, que no me daba cuenta de la manera en que se estaban aprovechando de mí. Había transcurrido ya casi un mes desde que Kike se instalara «temporalmente» en mi casa y era obvio que intenciones de trasladarse a otro sitio no se le veían demasiadas. Si no fuera por su novia, por Sonia, hace tiempo que le habría dado una patada en el culo, eso también lo tenía claro. Es verdad que no se podía decir que yo estuviera sacando algo positivo de todo esto, pero me agradaba lo que no sabe nadie la gratitud que aquella joven ponía en sus palabras cuando se dirigía a mí, la dulzura con que me hablaba, todo el cariño que transmitía su mirada, sus ojos, su rostro, en fin, ese impagable reconocimiento que me mostraba siempre que tenía ocasión. Y para mí, un mínimo gesto amable de Sonia compensaba de sobras el disgusto de encontrarme veinte calzoncillos sucios encima del sofá. Y aunque suene ridículo confesarlo, me daba miedo perder eso.

No me costó demasiado descubrir el motivo que escondía la invitación de mi hermana: el año que viene su hijo mayor iba a empezar el instituto, y había pensado que en vez de ir y venir todos los días con el autobús escolar, «con el peligro que hay en las carreteras hoy en día», sería mucho mejor si yo le dejaba quedarse en mi casa. Mi primera reacción fue algo parecida a lo que sientes cuando entras al cine y te das cuenta de que ya has visto antes la película: una profunda e irrefrenable decepción, unida a la sensación de que ya te lo sabes todo, de que vas a ser capaz de anticipar cada uno de los planos que vienen a continuación y de que nada va a lograr sorprenderte. Lógicamente, yo nunca había hablado a mi hermana ni de Sonia ni de Kike, y menos aún de que tenía a este último instalado a cuerpo de rey en mi propia casa. Para ella, yo llevaba viviendo solo desde el abandono de Miriam, así que en buena lógica había pensado que

consentir que mi sobrino viviera conmigo durante los años de instituto no iba a suponerme demasiados inconvenientes. No creo que sea necesario dar muchos argumentos para que se comprenda hasta qué punto me desagradaba aquella idea. No solo por tener que convivir durante tres o cuatro años con un menor de edad, más exactamente con un adolescente —un periodo de la vida, como es bien sabido, cuyas características principales son un egocentrismo atroz y un individualismo extremo inaceptable para los demás—, si no porque además eso implicaría el deber de responsabilizarme de él. Por suerte, como todavía quedaba mucho tiempo por delante (su propuesta iba dirigida al curso que viene), le dije que ya lo hablaríamos más adelante, pero que de cualquier manera yo no me consideraba preparado para cuidar de nadie y que ese era el motivo por el que ni siquiera tenía mascota.

De regreso a casa, durante el tiempo que duró el trayecto, estuve dándole vueltas a todas las posibles excusas que podía encontrar para lograr que mi hermana abandonara por sí misma aquella idea. Tener que decirle que no sin una buena razón me parecía demasiado violento; al fin y al cabo, se trataba de mi sobrino, y si ya había aceptado alojar en mi casa por tiempo indefinido a un perfecto desconocido, ¿cómo iba a negarme a hacer lo propio con alguien de mi propia familia? Hay que ver cómo se me habían complicado las cosas estas las últimas semanas. Y, si lo miraba fríamente, lo peor aún estaba por venir. De momento, seguía cobrando la cantidad que me correspondía como prestación de desempleo, pero aparte de que conforme pasaba el tiempo esta disminuía cada vez más, en no demasiados meses se me terminaría del todo. Es verdad que todavía no había empezado a buscar trabajo, pero también lo es que aún confiaba en que en algún momento me llegaría alguna oferta de los organismos correspondientes. Fuera como fuese, debo confesar que tampoco tenía demasiada prisa por abandonar mi estatus actual. Como creo haber dicho antes, estaba viviendo lo más parecido que pueda imaginarse a una segunda juventud, haciendo y deshaciendo a mis anchas sin tener que dar cuenta a nadie de mi comportamiento, de mis idas y venidas ni de mis dejaciones, y salvando los incidentes de estas últimas semanas —nada grave, en cualquier caso—, aún no había visto ninguna señal que me hiciera pensar que actuaba en contra de mis propios intereses.

Puede que me hubieran entendido mal, o que pensaran que en realidad iba a pasar todo el fin de semana fuera de casa, o tal vez creyeron que llegaría mucho más tarde o no se dieron cuenta de la hora que era, pero el caso es que cuando entré en casa y los encontré a

todos allí, alborotados y con el desmadre propio de una fiesta, se quedaron tan cortados como si quien acabara de entrar por la puerta no hubiese sido yo sino el padre de todos y cada uno de ellos.

He de decir, no obstante, que aquello tampoco me molestó en exceso. Un nutrido grupo de muchachos se había montado una pequeña fiesta en el salón de mi casa y habían sacado un par de botellas del mueble-bar —de las que por cierto ya habían dado buena cuenta— mientras hacían sonar en mi equipo de música unos cedés horrendos que alguien debía de haber traído de casa (porque lo que era seguro es que no podían haberlos sacado de mi colección personal, lo que al menos me aseguraba que no me habían desordenado demasiado los armarios). Eso era todo: una sencilla fiesta privada que casi con toda probabilidad ni siquiera habría llegado a molestar a los vecinos (el volumen de la música no era muy superior al que yo mismo pongo habitualmente). Soy del todo sincero cuando digo que, más allá de la sorpresa inicial, no me enojé ni me molesté. Pero por la forma en que Sonia me miró, comprendí que para ellos el incidente sí había alcanzado una gravedad especial, casi como si los hubiera sorprendido cometiendo un delito inconfesable o en plena orgía salvaje. Su rostro se puso lívido; parecía incapaz de actuar en un sentido u otro, como si temiese una violenta reacción por mi parte y que acto seguido los echara sin contemplaciones a la calle. El resto de muchachos, al ver la actitud de Sonia, debieron de pensar que estaba a punto de desatarse una terrible tormenta y, emulando a su compañera, dejaron de inmediato de hacer aquello que estaban haciendo (charlar, en la mayor parte de los casos) y se limitaron a aguardar expectantes el desarrollo de los acontecimientos. El único que no pareció sentirse afectado por mi presencia, aunque prefirió continuar sentado en el suelo al fondo del salón como si no hubiera sucedido nada sin dejar de darle caladas a lo que enseguida identifiqué como un canuto de hachís, fue Kike. Era él, sin duda alguna, quien me conocía mejor que nadie.

—Lo siento —farfulló torpemente Sonia—, pensábamos que no ibas a venir tan pronto... Ya sé que debimos avisarte… Ahora lo recogemos todo.

Y se giró con rapidez para tomar dos de los vasos, por suerte ya vacíos, que había a su espalda. Estaba tan nerviosa que fue incapaz de coordinar los movimientos e hizo que uno de ellos cayera al suelo haciéndose añicos. Me dio pena verla tan superada por las circunstancias, tan asustadiza y tan frágil, tan hermosa. Puedo ser muchas cosas, y a veces incluso me cuesta mostrar tristeza ante el dolor ajeno, pero lo que no soy de ninguna manera es un ogro desalmado. Por eso no me gustó nada verla tan afectada por algo a lo

que ni yo mismo daba importancia.

—Déjalo ahí, Sonia, no te preocupes. No pasa nada. Lo estabais pasando bien, ¿no? Pues por mí podéis seguir con la fiesta. No me importa, en serio. Podéis seguir con lo vuestro. No pasa nada.

Y mirando los trozos de cristal que se esparcían ahora por el suelo, añadí:

—Ahora mismo lo recojo, no te preocupes. Lo único que quiero es que tengáis cuidado, no os vayáis a cortar. Que a nadie se le ocurra quedarse descalzo, ¿vale?

Fui a por la escoba y empecé a recoger los restos de cristal dispersos por el salón. Los chavales todavía seguían allí parados, torpes e indecisos, como si aún no tuvieran claro si lo mejor era recoger los bártulos y salir de inmediato por la puerta o continuar la fiesta como si no hubiera ocurrido nada.

—¿De verdad no te importa que hayamos hecho esto sin consultarte?

Supongo que para Sonia mi actitud tolerante era tan incomprensible como la de un padre que felicita a su hijo después de que este le haya presentado cinco suspensos en una misma evaluación. Y eso era precisamente lo que me animaba a mostrarme cada vez más comprensivo e indulgente: tenía la inexplicable necesidad de hacerle ver a aquella joven que yo era un tío enrollado, *guay*, un *colega*, yo que sé, no domino el lenguaje de los jóvenes, alguien en quien podía confiar por completo y de quien jamás se sentiría decepcionada. Si había admitido en mi casa a Kike era por ella. Por muchas justificaciones que me empeñara en buscar y por muchas vueltas que quisiera darle a esta historia, esa era la única verdad. Y no dudo de que ellos lo sabían tan bien como yo.

—Vosotros seguid con lo vuestro. Yo voy a aprovechar para mirar un poco Internet, ahora que puedo.

Le sujeté la barbilla con la mano y le sonreí. Aquella era la primera vez que rozaba su piel. Me sentía verdaderamente poderoso, había conseguido poner aquella situación en mis manos, era yo quien mandaba, y eso acarreaba un riesgo cierto que hasta yo mismo, tan torpe para las relaciones humanas, fui capaz de prever: podía llevarme a cometer errores de bulto de los cuales tal vez tuviese que arrepentirme más adelante. Así que lo dejé ahí, di media vuelta y me encerré en la habitación del ordenador.

Fue Kike quien entró tras de mí a los pocos minutos.

—Has estado muy bien, en serio. De puta madre, ¿sabes? Hasta a mí me has impresionado.

Aunque me costara reconocerlo, aquel joven me intimidaba un poco. No tendría más de veintidós o veintitrés años, pero poseía una madurez impropia de su edad, una prestancia que multiplicaba su atractivo por diez.

—No hubiera estado mal que me hubieseis avisado —dije yo—, pero de cualquier manera tampoco estabais haciendo nada malo. Y una vez llegados a este punto, ya no tenía mucho sentido desmontaros la juerguecita, ¿no te parece?

Yo estaba sentado en la silla frente al ordenador y él me miraba de pie, desde arriba, con aquel porro humeante todavía entre los dedos, haciendo alarde de una innegable seguridad en sí mismo.

—¿Sabes? Me pareces tan buen tío que te mereces algo más. Te portas estupendamente con nosotros, y creo que ya ha llegado el momento de que te compensemos un poco. Creo que es justo.

Me daba algo de reparo mirarle directamente a los ojos. A pesar de que hace un instante me había sentido el gran dominador del evento, el padre magnánimo a quien no le cuesta el menor esfuerzo perdonar los excesos de sus hijos, estaba claro que aquel joven sabía mucho más de mí que yo de él, y eso le otorgaba un poder real e insoslayable.

—¿Has visto a la chica de melenita corta que había justo al lado de la lámpara de pie, al fondo del salón? —prosiguió— Te voy a contar un secreto sobre ella: se tira a todo bicho viviente. Si yo le sugiero que se quede esta noche a dormir contigo, te aseguro que no se va a negar. ¿Qué te parece? ¿Te gusta la idea?

Ahora era yo quien se había quedado lívido como un cadáver. Creo que hasta se me puso cara de susto. No me había fijado en aquella joven, al menos no con la suficiente intensidad como para recordarla con detalle, pero si no me había engañado mi sentido de la percepción, la mayoría de las chicas que había en aquella fiesta eran menores, seguramente compañeras de clase de Sonia, de su edad en cualquier caso. Lo que aquel tipo me estaba proponiendo era no solo peligroso, sino absolutamente insostenible.

—Te puedo asegurar que no te decepcionará —insistió Kike en vista de mi tardanza en reaccionar y supongo también que de la cara de incredulidad que se me debía de haber quedado—. De todos modos, es solo una sugerencia. Si hay otra chica que te guste más, a lo mejor podíamos arreglarlo. Es cuestión de hablarlo. Por intentarlo que no quede.

—No entiendo lo que me estás diciendo —me costó horrores recobrar el dominio de mí mismo, y cuando lo hice, parecía que las palabras se negaban a llegar con fluidez a mis labios—. No sé qué te hace pensar que yo… No conozco de nada a esas chicas, y además yo no soy de esa clase de gente. Me ofende que hayas llegado a pensar eso de mí.

Kike dio una calada a su porro y esta vez expelió el humo con tan poco cuidado que me llegó al rostro. El olor a hachís se hizo entonces tan intenso que tuve la sensación de haberme fumado yo mismo unos cuantos canutos. En cualquier caso, no era aquel un olor que me desagradase; de alguna manera me remitía a mis años locos de juventud.

—Ok, me parece que ya te entiendo. La que realmente te gusta es Sonia, ¿verdad? También podríamos arreglar eso, no te preocupes, solo tengo que hablar con ella, es una chica muy razonable. ¿Te gustaría entonces que se lo propusiese a ella? ¿Es eso lo que de verdad te apetecería?

El corazón me dio un brinco tan fuerte que hasta llegué a sentir dolor. No supe qué decir, ni siquiera fui capaz de decir no, sencillamente no; no me levanté ni di un golpe en la mesa; no actué con la determinación que una barbaridad de ese tamaño exigía; no supe dejar salir toda mi ira y expulsar de una vez por todas a aquel tipo de mi casa. Creo que en ese momento tuve tanto miedo que me quedé paralizado como un muñeco: miedo a verme desarmado por completo, miedo a que todos supieran quién era yo de verdad, miedo a no ser capaz de ocultar mis deseos más profundos y mis anhelos más flagrantes, miedo a sentirme descubierto, desnudo, desguarnecido. Pero sobre todo miedo a que todos supieran de una vez por todas qué se escondía realmente bajo aquella apariencia física cuya identidad pública respondía al nombre de Gabriel Bisimbre.

Capítulo 16

—Te diré una cosa: el mayor error que puedes cometer cuando te dedicas a esto de los negocios es flaquear. Como los que te rodean perciban en ti el menor signo de debilidad, estás perdido, van a por tus restos como carroñeros ávidos de sangre. Eso es algo que he tenido claro desde el principio, y ese ha sido uno de los motivos por los que siempre he evitado caer en sentimentalismos estériles. Pero aquella chica, Mirela —ya te he hablado varias veces de ella—, esa chica valía su peso en oro. Tres años juntos y jamás me había pedido nada. Ni un solo capricho. Es verdad que yo la inundaba de regalos, que la llevaba conmigo a los mejores hoteles del mundo, que le compré las joyas más espléndidas que puedas imaginar. Ella me correspondía bien, no pienses en ningún momento que bajo tanta benevolencia pudiera esconderse el más mínimo residuo de altruismo. En absoluto. Pero la generosidad, y esto se ha dicho ya numerosas veces, es un privilegio solo al alcance de los poderosos. Y aquella petición tampoco me pareció desorbitada: Mirela quería que yo trajese a su familia a España, que la sacara del mundo de privaciones básicas de donde procedían y la instalase aquí, en nuestra ciudad, donde tendría al alcance de la mano un lujo y una prosperidad con los que nunca había soñado. Es probable que yo pecase de ingenuidad y actuara como un infeliz al no considerar en toda su amplitud las consecuencias de una decisión como esa; tal vez me dejé llevar por el optimismo, por un exceso de confianza en mis fuerzas. Todavía hoy me cuesta encontrar una explicación razonable que justifique todos mis errores. Pero, sea como sea, accedí a ello, es decir, mandé traer a España a la madre y a los hermanos de Mirela, los instalé en un piso, el cual amueblé con mi dinero, les compré ropas nuevas y, además de todo eso, los acepté tal como eran —ignorantes, zafios, inmundos, ridículos— sin exigir ninguna contrapartida; pero lo peor de todo es que también les di trabajo: los metí en mis propios negocios, un error que solo los principiantes más inexpertos son capaces de cometer, un disparate que, como no podía ser de otra manera, acabó por salirme muy caro.

»Bojdan y Grigore: así se llamaban los hermanos de Mirela. A Bojdan le di el control de uno de mis clubes y a Grigore lo puse al frente de la seguridad de varias de mis obras. Se trataba de que no hicieran nada, de que dejaran que todo transcurriese por su propia lógica sin intervenir más allá de lo imprescindible, de que no pusieran en práctica ninguna idea nueva. Y por un tiempo todo fue bien. Además, en agradecimiento, Mirela se mostró más fiel y sumisa que nunca, una

auténtica gatita que nunca me ponía mala cara fueran cuales fuesen mis exigencias. Llegué a pensar que incluso habría aceptado morir en mis manos si con eso satisfacía alguno de mis extravagantes caprichos. Hasta tal punto llegaba su sometimiento en aquel tiempo.

»Las cosas, como he dicho, no fueron mal al principio, aunque también es verdad que el carro hacía tiempo que estaba en marcha y que, en general, se movía por inercia. Hasta yo mismo disponía de más tiempo libre, entre otras razones porque iba delegando cada vez más tareas en mis colaboradores. No quiero que parezca que estoy responsabilizando a los demás de la tragedia, en absoluto. Un jefe que delega en un incompetente es tan responsable como este de lo que pueda suceder. Elegir bien es, quizá, la primera obligación de todo jefe. Y yo elegí mal, tome las peores decisiones y, en consecuencia, no puedo eludir ahora mis responsabilidades respecto a lo que sucedió. Fue culpa mía, y lo reconozco.

»Tampoco debería olvidar que las circunstancias externas comenzaron a variar demasiado deprisa. No hará falta que te remueva la memoria. Solo con mencionarte la palabra Lehman Brothers entenderás lo que quiero decirte. El atasco del crédito nos pilló en plena política expansiva. La burbuja nos explotó en las manos y nos quebró los dedos. Acabábamos de adquirir unas cuantas hectáreas de terreno urbanizable para iniciar en apenas unos meses la construcción de varias urbanizaciones de lujo. Era un proyecto que había nacido en la cabeza de mi socio y que yo acepté sin exigirle demasiadas garantías. La euforia es un estado terrible para los negocios, te hace perder la perspectiva y asumir riesgos que de otra manera nunca habrías aceptado. El capital que necesitábamos para iniciar la construcción no llegó; los bancos habían cerrado de un día para otro el grifo del dinero, de repente ya no había efectivo. El crédito interbancario había caído hasta niveles ínfimos y las entidades carecían de liquidez para asumir nuevos préstamos. Por otra parte, los terrenos de los que ahora éramos propietarios pasaron en apenas unas semanas a no valer casi nada: nadie conseguía dinero para edificar, cientos de proyectos similares amenazaban con venirse abajo. En esas circunstancias resultaba imposible deshacernos de todas aquellas hectáreas ya sin valor. El asunto se nos fue de las manos. En apenas unos meses, ante la imposibilidad de asumir los vencimientos de los créditos ya concedidos, tuvimos que declararnos en quiebra.

»Pese a lo terrible de la situación, todavía me quedaban los clubes que, no demasiado afectados por la crisis, seguían dando sus buenos dividendos. La situación no era tan dramática como podía parecer a simple vista, todavía había espacios por los que seguir avanzando. Mi capital personal había quedado a salvo —la gran ventaja de las

sociedades, como ya sabes, es que no involucran el patrimonio propio — y, aconsejado por mi asesor financiero, ya me había puesto a estudiar ciertos proyectos especulativos que, a tenor de las circunstancias, prometían una rentabilidad bastante sustanciosa.

»El problema, sin embargo, vino con mi socio: por lo visto, se había metido por su cuenta y riesgo en ciertos proyectos personales de dudosa eficacia que justo en este momento exigían un aporte extra de capital. Por ese motivo, la quiebra de nuestra compañía hizo que el suelo temblara bajo sus pies, amenazando con tragárselo enterito. Si no solucionaba las cosas con rapidez, en apenas unos meses se vería abocado a la ruina. Y no se le ocurrió otra cosa que venir a mí.

»A partir de ahí, todo se complicó hasta alcanzar niveles casi esperpénticos. Mi relación con aquel tipo era puramente mercantil, yo no me sentía en absoluto responsable de nada que no tuviera que ver con nuestros negocios en común. Buena parte de los errores que nos habían conducido a la quiebra habían sido idea suya, y aun así yo jamás se lo había echado en cara. Podía haberme negado sin más cuando me propuso aquel nuevo plan de expansión, pero no lo hice; Y por ese motivo yo era tan culpable como él. Y así lo asumí. Pero cuando quiso entrevistarse conmigo para decirme que yo tenía que soltarle, así por la cara, no sé cuántos cientos de miles de euros que necesitaba de un día para otro, le contesté sin más contemplaciones que lo sentía mucho pero que yo no tenía nada que ver con sus negocios particulares y que, por tanto, no iba a hacerme cargo de sus deudas privadas. Aquel tipo me conocía muy bien y sabía que cualquier clase de amenaza acabaría volviéndose en su contra. Así que actuó con mucho más sigilo y buscó atacarme por donde sabía que yo presentaba más debilidades.

»A lo largo de estos años, mi socio había trabado una buena amistad con Grigore, el hermano de Mirela al que yo había metido en el negocio de la construcción. Obviamente, cuando la empresa se fue a la mierda, él también se quedó sin trabajo. Yo acepté hacerme cargo de su manutención, como le dije a Mirela, era su hermano y no iba a dejarlo tirado en la calle, pero su futuro laboral debía depender a partir de ahora exclusivamente de él, se había acabado el ejercer de padre de una familia que no era la mía. Uno admite hacer el tonto por un tiempo, pero lo que no soporto es que se crean con derecho a exigirme cosas que dependen únicamente de mi voluntad. Quizá debí de sorprenderme por la facilidad con que mi Mirela aceptó mi negativa. Lo que no hubiera imaginado jamás es que escondiese en su sangre tanta hostilidad hacia mí, tanto odio alimentado a lo largo de estos años, tanto afán por restregarme por la cara las lujosas botas de piel de cocodrilo que yo le había comprado con mi dinero.

»¿Has oído esa expresión que dice “cría cuervos…”? No temas, no voy a aburrirte con monsergas de cura de pueblo y menos aún a lanzar discursitos bienintencionados sobre la traición, la ingratitud y tonterías por el estilo. Aquí cada cual juega con las cartas que le han tocado en suerte y todo lo demás sobra. La única regla que cuenta es la propia supervivencia, los sentimientos solo valen para los sentimentales y los blanditos. Me dolieron algunas cosas, eso no te lo negaré, y me dolió sobre todo la actitud de Mirela. Pero me dolió por la manera en que me había tenido engañado hasta entonces, por la facilidad con que había caído en su trampa. O dicho de otro modo: por lo tonto que fui. Le había permitido saber tanto de mí, le había abierto de tal manera mis entrañas y mis vísceras que, sin darme cuenta, acabé por ponerme por completo en sus manos, o lo que es lo mismo, le había dado el poder de destruirme.

»Contactaron con un abogado rastrero y aprovechado dispuesto a llevar a cabo su plan hasta las últimas consecuencias. Sí puedo imaginar de dónde obtuvieron la información que me incriminaba sin margen de duda, las fotografías acusatorias, los datos precisos, las pruebas irrefutables: mi amante preferida me la había jugado bien jugada. Ahora la imagino durante estos largos años rumiando en soledad toda su inquina, todo aquel odio silente que, sin yo saberlo, sin ni siquiera ser capaz de anticipar la más mínima sospecha, había ido acumulando contra mí. No les otorgo a Bojdan y Grigore, aquel par de paletos con pinta de orangutanes, la menor capacidad para urdir un plan como ese: fue ella, sin duda alguna, quien lo organizó todo, quien puso de acuerdo a todos mis enemigos para acabar conmigo. No era la cárcel el castigo peor que se me venía encima, por descontado. Lo peor, por encima de todo, era el fracaso, el hundimiento total o, lo que es más degradante aún, la victoria de mis adversarios. Sí, yo tenía muchos enemigos, me había ganado a pulso el odio de mucha gente a la que había apartado del camino de un simple manotazo, auténticos incompetentes a quienes tan solo les había hecho ver su poco talento para los negocios, su falta de nervio y de perseverancia para moverse siempre hacia delante, a lo cual había que añadir, no sé si en un grado de maldad comparable —pero por lo visto mucho más determinante para nuestro putrefacto sistema judicial—, media docena de cadáveres a los que casi nadie echaba ya de menos. En eso consistía el legado que yo había dejado a lo largo de todos estos años, y esa fue también la principal arma que mi amante Mirela, sus estúpidos hermanos y el conspirador de mi exsocio blandieron frente a mí para demostrarme que, al menos por esta vez, yo era la víctima y ellos, mis verdugos.

»Con las cuentas del banco bloqueadas como medida provisoria

tomada por la autoridad judicial, mi capacidad para luchar se vio notablemente mermada. Podía haber presentado batalla con mis escasas armas, haberme enfrentado hasta morir, o, mejor aún, haber intentado arrastrarlos conmigo en la caída, enterrarnos todos juntos bajo el putrefacto lodazal de la derrota. Y estuve a punto de hacerlo, no te quepa duda, pero al final me rendí. Y no fue el miedo ni la cobardía lo que me frenó, eso que te quede claro, sino el sentido común.

»Nunca se sabe las vueltas que da la vida, ¿sabes? Además, nada hay más primario en el ser humano que dejarse llevar por las emociones, actuar a la ligera, sin criterio, como si el fin del mundo estuviera a la vuelta de la esquina. Cuando acepté que todo estaba perdido y que por tanto ya no tenía sentido plantar batalla —salvo que quisiera morir aplastado por mi propia ira—, firmé los papeles que pusieron ante mí y les traspasé a los tres hermanos la propiedad de todos mis clubes y de todas mis putas. O lo que es lo mismo: firmé mi rendición incondicional. Hiciera lo que hiciese, luchase hasta las últimas consecuencias o me rindiese, estaba condenado a perderlo todo. De esta forma, al menos evitaba que el caso saliera a la luz y acabar finalmente en la cárcel. De todos los males que se cernían sobre mí, llegué a la conclusión de que este era el menor. Ya sé que no es mi estilo, y puede que hace cinco años hubiera elegido morir matando. Pero, por lo visto, incluso a mí me afecta eso que se llama “el paso del tiempo”. Sea como sea, la rendición era la única opción que me ofrecía en un plazo indeterminado la posibilidad de tomarme la revancha, vengarme a su debido tiempo. Ya sabes: el tiempo, en ocasiones, es tu mejor aliado.

»De entonces acá, apenas me han sucedido cosas. Bueno, cosas que podamos comentar entre tú y yo, quiero decir. Además, me temo que tienes la manía de tamizar todo lo que sucede a tu alrededor con ese estricto sentido de la moralidad que tanto te acompleja, así que tampoco me entenderías. En la vida se triunfa y se fracasa, hay cosas que salen como has previsto y otras donde todo se va a la mierda; eso es inherente a nuestra existencia, forma parte de nuestra condición, la “condición humana” que dicen los “intelectuales”. Pero lo que nunca aceptaré porque se trata también de lo más terrible, de lo verdaderamente imperdonable, es que nos anulemos a nosotros mismos como individuos por actuar conforme a los principios y las normas de los demás, ese ente abstracto que se viene en llamar “sociedad”. Aceptar que las cosas son así solo porque otros han decidido que sean así no es más que el primer paso hacia el suicidio vital. A pesar de que no puedo considerarme viejo, yo he vivido mucho más que la mayor parte de la gente de mi edad, eso te lo

aseguro. He disfrutado y he gozado en mis propias carnes de placeres reservados solo a los más valientes, a los más osados, a los auténticamente privilegiados. Y te diré una cosa de la que, a día de hoy, no tengo la más mínima duda: solo lo intenso es verdadero, de igual manera que solo lo efímero es real. La eternidad no existe. Existen el hoy y el ahora. Existe el tengo hambre y como; tengo sueño y duermo, tengo sed y bebo, tengo deseo y follo. Ese es el único motivo por el que estamos aquí: sobrevivir a toda costa, y además hacerlo al menor coste posible. No le busques más misterios a la vida, todo es más elemental de lo que parece. Ya lo decía Shakespeare: “Ser o no ser, esa es la cuestión”. Simple pero cierto, ¿no te parece?

Capítulo 17

Me sudaban las manos. En apenas unos segundos me había transformado en un auténtico manojo de nervios. Me sentía como el estudiante inexperto que no se atreve a sacar la chuleta el día del examen o el chaval que ha decidido robar su primer paquete de chicles del supermercado. Aunque, obviamente, lo mío era mucho más grave. Lo mío era uno de los actos más mezquinos a que puede entregarse un ser humano. Lo mío era una auténtica indignidad.

No me siento orgulloso de lo que pasó. Nunca lo he comentado con nadie ni creo que lo haga jamás, me podría la vergüenza y el miedo a la denigración pública. Pero, a pesar de eso, tampoco puedo decir que a día de hoy me haya arrepentido. Y eso es lo más duro de asumir. Todos actuamos mal alguna que otra vez, todos tomamos decisiones incorrectas a sabiendas de que lo son; no estoy hablando de errores o de meteduras de pata, estoy hablando de comportamientos indignos realizados con total conocimiento de causa. Pero dejarnos llevar por conductas despreciables que de ninguna manera toleraríamos en los demás, que nunca consentiríamos ni a nuestros seres queridos bajo ninguna circunstancia, no es algo que resulte fácil de asumir. Más aún si, como digo, apenas sientes el menor remordimiento o estás convencido de que, si se te volviera a presentar la misma oportunidad, actuarías de idéntica manera.

Estábamos allí los tres, Sonia, Kike y yo, sentados en el salón de mi casa, callados, fríos, tal vez confusos. Solo pensar en cómo habíamos llegado a esa situación hacía que me sintiera un miserable sin escrúpulos para quien la palabra moralidad carece de significado. Pero no quería dar marcha atrás; a pesar de todas las dudas que me reconcomían por dentro y de sentirme agobiado por tal cúmulo de contradicciones, era consciente de que aun si hubiese querido deshacer los pasos dados hasta ese instante, tampoco habría podido. El deseo era tan fuerte, tan poderoso, tan tiránico, que aunque suene a ridícula exageración puedo decir que me sentía esclavizado por él.

Desde el momento en que Kike me sugirió aquella posibilidad, algo parecido a un intenso fuego interior —una fuerza abrasadora y brutal desconocida hasta entonces— se desató dentro de mí, un terremoto de magnitud desconocida que me llevó a decir, puede que hasta sin ser realmente consciente de mis palabras: «¿De verdad harías eso por mí? ¿De verdad se lo pedirías?».

Sabía que mi respuesta me ponía por completo en sus manos, que me estaba entregando a un juego perverso y sicalíptico cuyas consecuencias resultaban imposibles de prever, pero no pude evitarlo. Fue como esas fantasías con las que nunca has llegado a soñar de verdad porque sabes que son inalcanzables, porque tendrías que ser otro, vivir en otro tiempo, en otro país, disponer de otros medios, encontrarte en otras circunstancias, habitar otras realidades, para permitirte el lujo de aspirar a ello. Y de repente, sin buscarlo siquiera, sin hacer el más mínimo esfuerzo por aproximarte a aquel sueño imposible, va alguien y te lo planta delante de las narices y encima te dice: «es todo tuyo, tómalo si lo deseas, sáciate de él».

—Claro que sí. Si yo se lo pido, no tengas la más mínima duda de que aceptará. Sonia es una chica muy complaciente.

Y ahora estábamos allí los tres, esperando a que el gran hacedor, ese individuo cada vez más extraño y arcano que respondía al nombre de Kike, decidiese que había llegado el momento de dar comienzo al espectáculo. En mi fuero interno me moría de ganas por saber qué había dicho ella, cuál había sido su primera reacción: «¿Pero estás bien de la cabeza? ¿De verdad quieres que me acueste con Gabriel? ¿Y a cuento de qué? ¿Qué pretendes con ello?». Esa pregunta también me la había hecho yo varias veces: qué pretendía sacar de mí, cuál era su verdadero propósito, qué objetivo escondía tras todos sus movimientos. Pero más allá de enredarme en complejas elucubraciones que por descontado nacían en mi cabeza y no en la de él, debo admitir que lo desconocía casi todo de aquel tipo y que, por tanto, me resultaba complicadísimo ponerme en su lugar.

Se trataba en cualquier caso de un encuentro consentido por ambas partes. Sonia tenía dieciséis años, la legislación nacional le otorgaba plena capacidad para mantener relaciones sexuales con quien quisiese; en ese aspecto era casi tan adulta como yo. Por tanto, no eran las consecuencias legales de aquel hecho lo que me preocupaba. Mi verdadero temor residía en que una vez probado aquel alimento vedado a los mortales acabara por volverme adicto a él, de que ya no pudiera reprimir nunca más la necesidad de su cuerpo, que pasara por siempre a depender de ella, a amarla con la desesperación de un fanático. Me aterraba convertirme en un pelele incapaz de dominar sus impulsos atávicos: ese era el verdadero riesgo que entrañaba aquel acto. Pero todavía peor eran mis sospechas de que eso era precisamente lo que Kike esperaba que pasase.

—Bueno, yo creo que me voy a ir ya. Si os parece, en un par de horas estaré de vuelta, ¿vale? Ahora a pasarlo bien y a disfrutar, que es lo que toca.

Cómo odié la sonrisa prepotente y falaz con que se despidió de nosotros. Fue entonces cuando tuve la sensación de que todo lo que fuera a suceder a partir de entonces estaba estudiado de antemano, que respondía a un plan perfectamente engrasado que se estaba cumpliendo punto por punto. Es cierto que me había dejado engañar por la juventud de aquel individuo, hasta el punto de impedirme tomarlo demasiado en serio. Pero por lo que estaba viendo, aquel chaval no daba un solo paso sin antes haber estudiado adónde le conducía; de hecho, podíamos estar hablando de un embaucador profesional: era fácil deducir que había sido capaz de manejar a Sonia con la misma maestría con que me había manipulado a mí. Visto desde esa perspectiva, los dos, Sonia y yo, éramos sus víctimas.

—En fin —empecé diciendo no sé muy bien por qué, quizá porque yo era el adulto y me sentía obligado a romper el hielo, a salir de aquel *impasse* de dudas y escrúpulos que amenazaba con estancarse para siempre—, ya estamos aquí —puse las manos sobre las rodillas y traté de adornar mi rostro con el gesto más amable que pude—. Espero que estés convencida de esto, lo último que yo querría es que, no sé, que te sintieras incómoda o violenta.

Ella me devolvió una sonrisa igual de artificial y afirmó con la cabeza. Aunque apenas la conocía, tuve la sensación de que para Sonia la situación era tan difícil y tan absurda como lo estaba siendo para mí.

Como no sabía qué más añadir, me puse de pie.

—De acuerdo entonces. ¿Te parece que pasemos al dormitorio?

Parecíamos dos jóvenes inexpertos a punto de perder la virginidad. Si hubiese estado menos dominado por el deseo, tal vez habría tenido la oportunidad de darme cuenta de hasta qué punto me estaba denigrando a mí mismo, de qué manera me estaba convirtiendo en un sátiro repugnante e impúdico, en un viejo verde que ha perdido el control de sus actos. Pero yo me moría de ganas por verla desnuda, por tocarla con mis torpes manos ya callosas y gordas, por paladearla con usura. Aquella muchacha era un privilegio al que de ninguna manera estaba dispuesto a renunciar.

Cuando entramos a la habitación, Sonia se quedó de pie, se puso seria y sin el menor ápice de delicadeza me dijo:

—Bueno, tú dirás qué hacemos. ¿Quieres que te la chupe?

¿Eso era lo que tantas veces había imaginado? ¿En eso iba a consistir aquel polvo sublime con el que llevaba tantas noches soñando? ¿En un acto meramente físico, en un simple intercambio

carnal? ¿En un proceso mecánico estrictamente regulado y marcado por fases rígidas y frías, puro automatismo? ¿Y qué es lo que esperaba entonces? ¿Que se hubiese deshecho nada más verme, que se hubiera tumbado en la cama y me hubiera dicho «hazme tuya» o alguna gilipollez por el estilo? ¿Hasta ese punto había perdido yo el sentido de la lógica? ¿De tal manera se había mermado mi capacidad de entendimiento?

—Vale, sí. Házmelo así.

Qué pobreza la mía. El deseo me dominaba de tal modo que, aunque hubiese albergado el propósito de deleitarme en la más torpe sofisticación erótica, nada había más lejos de mí en ese momento que la sutileza y el refinamiento. Yo era puro hombre, bestia sedienta, ansia irracional. Había perdido todo vestigio de humanidad para acabar reducido a simple animal, a pura víscera batiente, a sangre y huesos, estricta necesidad corporal. Y como bestia me comporté: fuera de mí, enajenado de cualquier escrúpulo moral o espiritual, me dediqué a profanar el cuerpo de crisálida de aquella ninfa inocente con la brutalidad de un violador, arrebatado por un ansia tiránica que privó a aquel juego, en otras ocasiones balsámico, del más mínimo rastro de complicidad. Usé de ella como habría usado de un objeto cuya única función consistiese en serme útil. Hasta ese punto perdí todo rasgo de sensibilidad, hasta tales niveles inmundos me degradé a mí mismo. Hasta tal grado de profundidad buceé en los interiores de mi propio yo.

—¿Por qué has aceptado? No tenías ninguna obligación. De hecho, siempre pensé que te negarías. Cuando Kike me dijo que aceptabas, tengo que confesarte que no me lo creí.

Ahora sí, ahora mi tono era dócil y amansado, tan suave como el de un confidente, tan cálido como el de un amante satisfecho. Poco a poco, el ser humano que había sido yo hasta hace dos horas comenzaba a regresar a mis entrañas.

—Me gustas. Me caes bien.

Aquella respuesta no me la esperaba. Y quizá por eso me costó creerla. Tal vez fuese cierto que le caía bien, no lo sé, pero no tenía a Sonia por una de esas muchachas para quienes entregarse a un hombre tiene la misma trascendencia que tomar un café. Además estaba Kike: aquel tipo jugaba un papel primordial en todo esto, un rol que distorsionaba las apariencias, que empañaba la realidad. Yo sabía —presentía, intuía, sospechaba— que el motivo que Sonia no quería desvelarme residía fundamentalmente en él.

—No te creo —le dije con una rotundidad que a mí mismo me sorprendió; puede que una vez saciado el instinto, regresara el individuo—. Nunca he sentido que me miraras de una manera especial, nunca he visto en ti el menor gesto de aproximación hacía mí. No, Sonia, ese no es el motivo. Y lo sabes.

—¿Qué más te da? Tú querías esto, ¿no? Y lo tuviste. Lo demás no importa. Ya lo disfrutaste.

—¿Eso significa que no vamos a repetirlo más? ¿Que solo has accedido por una vez?

¿Repetir el qué? ¿Aquel amago de aproximación sexual tan torpe, tan urgente, tan pobremente ejecutado? ¿Aquella sucia violación encubierta?

—No me hagas esas preguntas, vas a acabar por agobiarme. Tú querías follar conmigo, ¿no? Pues entonces ¿a qué viene tanto darle vueltas a algo que ya ha pasado? No te entiendo, Gabriel, y me parece que tú tampoco te entiendes a ti mismo. Esto era lo que querías, y esto has tenido. ¿Qué sentido tiene enredar más las cosas?

Sí, tenía razón. Sonia tenía razón. Toda la razón del mundo. Desde luego, no era el tiempo de las preguntas. En apenas diez minutos Kike, tal como había anunciado, estaría de vuelta. Y sería entonces el momento adecuado para plantear todas las preguntas que se agitaban dentro de mi cabeza, para tirar del hilo hasta acabar desmadejando la bobina entera, para dejar de una vez por todas al descubierto no solo los cuerpos, sino sobre todo las almas y los espíritus, o lo que es más exacto, las mentes.

Capítulo 18

Durante todo el tiempo que duró aquel encuentro, ni por un segundo dejé de tener la sensación de que quien estaba frente a mí era yo mismo, de que aquel rostro idéntico al mío que me hablaba con total falta de escrúpulos y sin un ápice de sentimientos no era mi copia ni una falsa reproducción mía, un burdo duplicado barato y sin firma, sino mi propio yo multiplicado. Aquella voz, aquel tono tan poco enfático pero terriblemente efectivo y, sobre todo, esos ojos que buscaban los míos con la insistencia de un obseso, no dejaban de recordarme a mí mismo cuando, por ejemplo, me veía todas las mañanas frente al espejo y me observaba con detenimiento y escrutaba hasta en sus últimos detalles el rostro lacio y deteriorado que me define ante los demás, la prueba indiscutible de mi individualidad. Solo el contenido de la narración me era ajeno, solo el mensaje infame que se escondía bajo aquel cúmulo de palabras no me pertenecía, no podía ni debía ser mío.

—Y ese es, grosso modo, el resumen de mi vida, el camino algo pedregoso pero firme que me ha traído hasta aquí. Era eso lo que querías que te contara, ¿no es cierto? Para eso querías verme.

No supe qué decir. Tampoco era necesario: mis ojos de estupefacción lo decían todo. A juzgar por lo que me había contado, me encontraba frente al tipo más abyecto del planeta, la más perfecta representación del asesino inclemente y sin escrúpulos, calculador y arrogante, capaz pasar por encima de todo y de todos para hacer valer su voluntad.

—No te preocupes por decir lo que piensas —continuó él, en vista de mi silencio, nacido sin duda del asombro—. Como comprenderás, a estas alturas no me voy a indignar por tan poca cosa. Sé que eres un hombre de moral intachable y buenos modales. Doy por hecho que estarás escandalizado.

Yo no sabía nada de aquel tipo. Todo lo que me había contado podía ser cierto o una simple invención creada por una mente torturada y siniestra. ¿Quién era en realidad? ¿Qué otra cosa conocía yo de él excepto su asombroso parecido físico conmigo? ¿Y si tan solo estaba jugando a algún juego extraño cuyas reglas yo era incapaz de desvelar? ¿Y si todo respondía a un triste truco de embaucador emocional, de tramposo entrometido?

—No puedo decirte nada, es que no sé qué decirte. Nunca me había pasado nada parecido, nunca había conocido a alguien… como tú.

Me miró con gesto firme y aguzó la mirada; después añadió, como si aquella pregunta escondiera algún sentido oculto, todavía incomprensible para mí:

—¿Te doy miedo acaso? ¿No has tenido en ningún momento la sensación de que estabas en peligro? ¿Has llegado a temer por tu integridad?

No había pensado en eso hasta el instante en que me planteó la pregunta. Y cuando me dispuse a contestar, me di cuenta de que la respuesta que iba a darle tal vez no era la respuesta lógica que hubiera correspondido, dado el tenor de lo que me había contado y de su explícita asunción de los crímenes más abominables.

—No. Ni siquiera ahora.

Él se retiró un poco hacia atrás y relajó el rostro. Tuve la sensación de que mi respuesta venía a significar la confirmación de todas sus suposiciones, el dato que precisaba para dar el último paso que le quedaba en la dirección adecuada.

—Y tampoco has hecho mención de levantarte ni una sola vez de esta mesa. No te has puesto de pie en todo el rato que llevo hablando ni me has plantado cara o me has hecho reproche alguno, es más, ni siquiera te he visto el más tímido gesto de desaprobación. Te diré lo que pienso: creo que has disfrutado escuchando mi historia tanto como yo contándotela.

Todo lo que me había confesado me parecía repugnante, de hecho era repugnante, injustificable, un disparate de principio a fin, la obra de un loco o de un maníaco o algo peor. Pero era cierto que en ningún momento se me había pasado por la cabeza marcharme de allí, dejarlo solo mientras profería aquella sarta de aberraciones sin sentido. Muy al contrario, no me había perdido ni una sola palabra de su discurso.

—Ni siquiera sé si lo que me has contado es verdad o te lo has inventado de principio a fin —dije no sé si como justificación o como disculpa, o simplemente para salir del paso, una excusa demasiado torpe, lo admito. Aun así, segundos después me pregunté si realmente me quedaba alguna duda acerca de la veracidad de su relato.

—La verdad, la mentira… Si supieras lo cerca que conviven una de la otra, hasta qué punto se necesitan mutuamente, incluso las veces que intercambian los papeles…

Después se sonrió con cierta insolencia, sabiéndose seguro dominador de aquel envite, y volvió a aproximarse a la mesa para situar su rostro lo más cerca posible del mío.

—Te diré algo más que aún no te he contado. ¿Sabes cuál es el instante de placer más intenso que he llegado a sentir en toda mi vida? No, no es por donde tú piensas. El sexo es placentero, sin duda, y lo es más cuanto más lo llevas a sus límites. Pero no va por ahí la cosa. Es algo mucho más simple que todo eso: el mayor placer te lo provoca el ejercicio sin límites del poder, el poder absoluto, quiero decir, como por ejemplo tener la vida de otra persona por completo en tus manos. Convertirte en el único dueño de su vida.

¿Qué podía decir yo ante eso? Creo que nada. Tan solo seguir escuchando.

—En esos momentos no exagero si te digo que te sientes Dios, que eres Dios, que eres lo máximo, que no hay nada por encima de ti en este puto mundo. Llevas una pistola en la mano y solo por eso un hombre se arrodilla ante ti y te implora y llora como una niña y te promete todas las mentiras que en ese momento se te ocurran exigirle. ¿Has torturado alguna vez a alguien? Ya imagino que no. Deberías probarlo, deberías experimentar lo que se siente cuando todos los límites han desaparecido, cuando entre ti y el absoluto no media ni un solo milímetro. Tu mente se siente tan enteramente libre para crear, para disponer, para decidir, que es como si una virulenta explosión interior te llevase hasta una dimensión nueva, como si abandonases por un instante el envoltorio de tu cuerpo mortal y te convirtieses en otro, en el gran todopoderoso, en el dueño único de la vida y la muerte, del bien y del mal —cerró los ojos por un instante, como si estuviera concentrándose en el recuerdo de algún aroma inusitado, de alguna sensación embriagadora—. No te puedes imaginar hasta qué punto humillar a alguien hace crecer en ti una fuerza vital que te eleva sobre el mundo como si todo dependiera de ti. Cada golpe que asestas, cada nueva sacudida eléctrica que descargas, cada centímetro que estiras de la soga, son miles de megatones que enaltecen tu *yo*, cientos de kilos de poder incontestable que empequeñecen el mundo a tu alrededor. Sabes que con un solo movimiento de tu parte, con apenas un gesto, esa escoria indefensa y servil que agoniza de dolor dejará de sufrir para siempre: ese es tu gran poder, ese es tu privilegio, lo que te convierte en dueño y señor del universo. Prolongar la agonía, alargar el sufrimiento, estirar el límite del aguante humano. Ver en sus ojos la súplica que nunca vas a atender, distinguir en sus labios el ruego de un perdón que no estás dispuesto a concederle, de una piedad que no vas a consentir. Tú y él, él y tú, pero tú lo eres todo y él no es nada. Nada en absoluto. Un cuerpo gimiente y acabado, un trozo de carne dolorido y lacerado. Todo eso está en tu mano, el poder sobre la vida y la muerte. Igual que un dios todopoderoso. Esa es la verdadera esencia de la vida, lo que de verdad nos define como seres

vivos: decir, aunque solo sea por un instante, yo soy mi propio límite, yo soy la medida de todas las cosas.

Creo que fue entonces cuando se levantó de la mesa y sin siquiera despedirse abandonó el lugar.

Capítulo 19

Todo se mecía en una atmósfera nebulosa y dulce, producto sin duda de los canutos que nos habíamos fumado él y yo. Joder, la de años que hacía que no me fumaba un porro. Pero se estaba bien en aquel ambiente, con el ánimo relajado y las mentes perdidas en insípidas divagaciones acerca de todo y de nada, sin preocupaciones estúpidas ni miedos indefinidos.

Kike había llegado con unas cuantas chicas bajo el brazo y todo, de repente, entró en una vorágine de dinamismo y agitación en la que, sin poder evitarlo, también Sonia y yo caímos presos. Mi afán por saber, por conocer hasta sus últimos detalles el cómo y el porqué, había quedado arrinconado por completo a consecuencia del delirio que inundó la casa en apenas unos segundos.

—¿No pensaréis que esto iba a terminar así tan pronto? De eso nada, la fiesta no ha hecho más que empezar.

A continuación me tomó del brazo y me llevó aparte. Sacó una pitillera del bolsillo y extrajo uno de los muchos canutos que llevaba ya liados.

—Ha merecido la pena, ¿a que sí?

Yo todavía conservaba en mi cabeza las muchas preguntas que estaba deseando hacerle, aún sentía la necesidad de encontrar explicación a lo que acaba de suceder, de llegar hasta el fondo del asunto, de conocerlo todo. Pero él fue mucho más rápido y no me dejó opción.

—Mira, hay cosas que si no se viven en primera persona, nunca se podrán valorar en su justa medida. Una de las maneras de aceptar la parte de la vida a la que nunca vamos a tener acceso es aparentar que no nos interesa, que no va con nosotros ni con nuestra forma de ser. Es una estrategia que da resultados, sin duda. Y mientras no los pruebes, nunca echarás de menos un buen bocado de verdadero caviar o un filete de buey de Cobe. Eso es así. Pero ¡ay de ti cuando alcanzas el centro mismo del universo! Entonces todo lo demás te parece superfluo y sin sentido, y empiezas a desvivirte por llegar lo más lejos posible, por subir hasta la cima del Everest si hace falta. ¿Verdad que Sonia ha merecido la pena?

Pero en vez de esperar mi respuesta, se encendió uno de los porros y, tras darle un par de caladas, me lo puso en la boca.

—Esto no ha hecho más que empezar, Gabriel. Tú simplemente déjate llevar, no hagas preguntas, no cuestiones nada, no analices. Solo sé tú mismo.

Cuando regresamos al salón, algunas de las chicas ya se habían desvestido. Yo miré a Sonia en busca no de su complicidad sino todo lo contrario, tal vez de un gesto que me hiciera comprender que aquello tampoco iba con ella, que se sentía tan perdida en aquel estrambótico episodio como yo mismo. Pero, por desgracia, en ese momento se hallaba de espaldas a mí y me resultó imposible intuir siquiera las sensaciones que le provocaba todo aquello, en qué medida se sentía parte de aquel extraño ritual.

—Te presento a Esther —me dijo Kike mientras me traía a una joven de rostro deliciosamente cristalino—. Ya verás cuánto vale, fíate de mí. Y recuerda lo que te he dicho: tú solo déjate llevar.

Me quitó el canuto, le dio otro par de caladas y me lo volvió a pasar. Yo casi fui incapaz de cogerlo porque en ese momento unos dedos expertos comenzaron a hurgar subrepticiamente dentro de mi bragueta. Y luego todo se fue llenando de humo, de risas, de resuellos, y segundos después llegó más gente, surgieron voces nuevas, risas más altisonantes todavía, y todo empezó a perder corporeidad, y yo empecé a sentirme bien, y dejé de pensar en Sonia y de buscarla con insistencia entre la gente, y fue entonces Kike quien se sentó a mi lado y me acercó un vaso de whisky, a mí no me gusta el whisky pero acepté aquel vaso y le di uno, dos, hasta tres sorbos seguidos, y en ese momento me di cuenta de que Kike estaba desnudo y me eché a reír, y él también se rio conmigo, y luego nos siguió Esther, o la chica que estaba a nuestro lado, porque ya no recuerdo quién era, y entre los dos me quitaron la ropa, mientras el humo dulce seguía desplegándose como un mantra a nuestro alrededor y el sabor a madera del whisky se reproducía en mi boca, y creo que fue entonces cuando una lengua ondulante se puso a lamer mis genitales, o a lo mejor ya llevaba rato lamiéndolos, no recuerdo, y todos nos reíamos a la vez, y Kike me pasaba otro canuto, y yo entonces le preguntaba por Sonia y él me decía sin dejar de reír todas son Sonia, Gabriel, todas son Sonia, y entonces notaba el esperma que empezaba a subir por mi miembro y acto seguido me retorcía en un esplendoroso orgasmo que me hizo gemir como un poseído, entregado por completo al éxtasis, abandonado al placer más absoluto.

Luego, tal vez producto de una alucinación, o quizá dominado por el sueño, lo vi todo desde arriba, como si estuviera en un escenario y aquello no fuera más que una película de serie B que alguien estaba rodando desde las alturas en un impresionante picado. La cámara se

movía con elegancia sobre las figuras cimbreantes que llenaban el espacio. Yo trataba de distinguir el cuerpo de Sonia, vislumbrar algún detalle de su anatomía que lo hiciera reconocible, pero con tanta carne desnuda, con tanta piel sudorosa, el conjunto se desdibujaba y perdía concreción. El humo, además, iba creando un ambiente vaporoso donde costaba distinguir lo real de lo imaginario. Cada vez más alta, la cámara dejaba de mostrar objetos físicos reconocibles para ofrecer una simple amalgama de formas, líneas y volúmenes, a veces estáticos, a veces borrosos, que apenas nada significaban. Luego la cámara siguió subiendo y entonces vi los tejados de algunas de las casas más próximas, y también las calles y los parques, y a continuación vi los ríos, los bosques, las carreteras y los pueblos, los mares y las montañas, y todo siempre igual de borroso y de sucio, indefinido, oscuro, apagado, falso, hasta llegar a lo más alto, a lo más distante, hasta alcanzar la oscuridad infinita del universo, la nada que sigue a la muerte.

—Te has portado como un campeón.

La voz ocre de Kike sonó en mis oídos como un latigazo inesperado, devolviéndome de nuevo al mundo de los sentidos, ese que todos, en mayor o menor medida, somos capaces de percibir.

—¿Dónde está la gente?

A nuestro alrededor se extendía un paisaje casi desolador de colillas apuradas hasta el límite, vasos a medio vaciar, restos de comida desperdigados por el suelo, escupitajos, residuos de polvo blanco, algún que otro charco de sustancia indefinible, e incluso más de una prenda íntima olvidada en fragor de la batalla. A mi lado, solo Kike. Pero ni rastro de Sonia.

—Se han ido, salvo que alguno se haya quedado dormido por la cocina o el cuarto de baño —de nuevo, aquella sonrisita de confabulador, aquel cínico gesto de saberlo todo, de estar al tanto del menor de los indicios—. Tenías que haberte visto, Gabriel, estuviste impresionante.

Sí, algo quería recordar de lo que había pasado allí. Pero me faltaba precisión, de momento solo era capaz de rescatar algunos instantes, breves relámpagos de luz que, si he de ser sincero, tampoco me causaban demasiado orgullo. Allí mismo, en el salón de mi casa, había tenido lugar una orgía salvaje en la que yo había tomado parte. Cómo, por qué, eran preguntas para las que en este momento no se me ocurrían respuestas. ¿Me había dejado arrastrar por las turbulencias de la tormenta o me había entregado como el más aplicado de los

conversos? ¿Qué papel había jugado yo en todo esto? ¿Qué consecuencias iba a tener mi comportamiento en el futuro?

—¿Y Sonia? —pregunté tratando de restar dramatismo a mi tono de voz, como si únicamente me estuviera interesando por el estado de una persona lejana, sin demasiada conexión conmigo— ¿También se fue?

—Sí, supongo. Si te soy sincero, le perdí la pista a los pocos minutos de llegar. Había tanto donde elegir.

¿Y quién era ese Kike que reposaba a mi lado, tirados ambos en el suelo, apoyados en el respaldo de uno de los sillones y completamente desnudos? ¿Quién eres, Kike? ¿Qué pretendes de mí?

—¿Y quién era la gente que llegó contigo? ¿Eran todos amigos tuyos?

—Sí, bueno, amigos míos y también amigos de los amigos de mis amigos, yo qué sé, no se me ocurrió pedirles el DNI. A ti tampoco parecía importante demasiado quién era la chica esa a la que te follaste encima de la mesa mientras los demás te jaleábamos.

Y a continuación lanzó dos o tres carcajadas bastante estridentes.

En efecto, algo recordaba de eso, pero de una manera demasiado turbia, como si se tratara de hechos segmentados e inconexos. Tenía la sensación de que mi mente se empeñaba en esconder en algún discreto rincón de mi cerebro cada una de las acciones que yo había llevado a cabo aquella tarde. Pero hasta donde era capaz de recordar, no había hecho nada que pudiese considerarse indigno o reprobable, no había abusado de nadie ni forzado a ninguna chica a hacer algo que no quisiera. No obstante, de pronto me surgió una duda que, si quería estar del todo conforme conmigo mismo, quizá sí convenía aclarar cuanto antes.

—Dime una cosa, Kike, ¿todas las chicas que trajiste eran menores?

—Yo qué sé, ya te lo dije, no les pedí el DNI. ¿Pero de verdad eso te importa algo? Te aseguro que nadie estaba aquí contra su voluntad, eso puedo garantizártelo al cien por cien.

¿Y por qué me preocupaba tanto esa circunstancia? ¿Se trataba quizá de esa frontera límite de la que sabemos que, una vez franqueada, ya no hay posibilidad de regreso? De todas las maneras, un poco antes había hecho el amor con una chica de dieciséis años y, para qué negarlo, lo último que sentía en estos momentos era remordimientos y mala conciencia. ¿Significaba eso que había perdido todo sentido de la moral, de lo éticamente reprobable? ¿Acaso estaba

dejando de ser un ser humano íntegro, civilizado, con capacidad de discernir entre el bien y el mal, para convertirme en una bestia insaciable que solo obedece a sus impulsos más irracionales? ¿Era yo también, como creía haber oído decir una vez a alguien, un monstruo amaestrado?

Pero más allá de todo eso, más allá de cualquier otra cuestión que tuviese que ver con lo que había pasado, con la inconveniencia o no de mis acciones, incluso con Kike, con Sonia o conmigo mismo, había otra pregunta que me urgía responder cuanto antes:

—Kike, ¿y quién coño se va a encargar de recoger todo esto mañana?